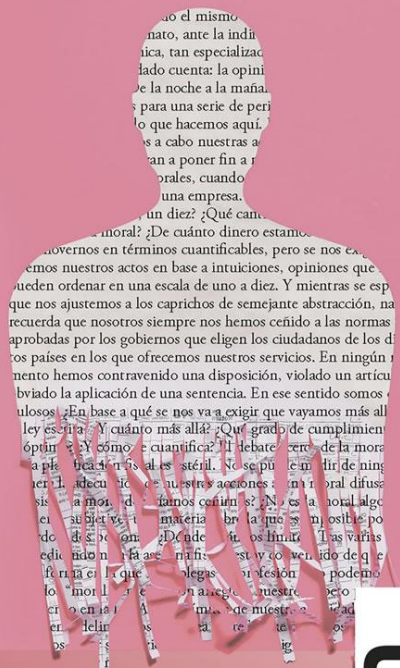
ADRIÁN GRANT

NADA ILEGAL, NADA INMORAL



CABALLO DE TROYA

ADRIÁN GRANT

Nada ilegal, nada inmoral

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@caballodetroyaeditorial

@CaballoTroyaEd

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A mis padres

Si conoces la posicion que adopta una persona hacia los impuestos, puedes determinar toda su filosofia. El codigo tributario, en cuanto lo conoces, encarna la esencia de la vida [humana]: la codicia, la politica, el poder, la bondad, la caridad.

DAVID FOSTER WALLACE,
El rey pálido

¿Sabe?, en esto parece como si todos alguna vez se hubieran puesto de acuerdo para mentir y siguen mintiendo desde entonces. Todos dicen que odian el mal, pero en el fondo todos lo quieren.

DOSTOIEVSKI,
Los hermanos Karamázov

VIERNES

1

Como el último agricultor había vendido sus campos de mostaza antes del invierno, los surcos y las flores amarillas ya no formaban parte del paisaje, un páramo de grúas, zanjas y barro sobre el que se alzaba el bloque de oficinas que la densa niebla de Luxemburgo impedía ver a más de diez metros de distancia. Grandes carteles al pie de la autopista anunciaban promociones de viviendas y un centro comercial de próxima construcción, pero el único edificio finalizado era el gigante de cristal y acero con forma de H en el que se habían encendido pocas luces a esas horas de la mañana.

Un guardia de seguridad vigilaba la puerta principal, disimulando un bostezo al despedir a las limpiadoras del turno de madrugada, que cerraban sus abrigos de colores camino de la parada de autobús mientras parloteaban en un portugués espeso. Algunos contables llegaban a la oficina con la cabeza ya perdida en las hojas de cálculo que esperaban incompletas en sus portátiles, que se balanceaban dentro de sus maletines de cordura. Aún no había nadie sentado tras el mostrador de la recepción que pudiese oír el suave taconeo subiendo por la escalera del aparcamiento. Salió una mujer delgada, de piel blanca y pelo largo, unos cuarenta años. Salvo el guardia de seguridad, que se fijó en su culo poco antes de contener otro bostezo, no había nadie más que pudiese reparar en la mujer en

ese momento, que ágil y suave subió las escaleras hasta llegar a la cuarta planta, vacía y oscura, pero caliente por la calefacción y abrigada por la moqueta. Recorrió en silencio las oficinas abiertas de largas mesas a rebosar de ordenadores, post-its, calculadoras y bolígrafos de plástico con el logotipo de la empresa y, cuando llegó al fondo de la sala, giró el picaporte de acero (frío, limpio), abriendo la puerta de madera maciza sin barnizar sobre la que se podía leer su nombre y su cargo en letras minúsculas de palo seco:

marie coussin, partner

Dejó su bolso oscuro sobre el enorme escritorio blanco, vacío a excepción de un portátil entreabierto y desconectado de la corriente. El despacho era acristalado y estaba insólitamente despejado. La mujer miró durante un momento a través del ventanal; la tenue figura de un operario trepando por una inmensa grúa amarilla que surgía de entre la niebla atrajo su atención durante unos segundos, hasta que su móvil empezó a zumbar con urgencia. Lo encendió, borró los doce correos que no le interesaban y contestó («ok») a una breve nota de Harm Hillen («llegaré en 15 minutos»). Se sentó y encendió el ordenador.

Tras un par de minutos, la puerta de madera se abrió mientras Marie leía la prensa digital. Entró un hombre pequeño, relleno y nervioso que la saludó y permaneció junto a la puerta en silencio, esperando una respuesta. Marie siguió pinchando sobre los titulares, uno tras otro, hasta que consideró oportuno arrastrar un *salut* fuera de sus labios entreabiertos, suavemente pintados, al que el hombre bajo, de nombre Didier Dubois, se aferró para vomitar las ideas que rebotaban en su cabeza.

—Los defensores de la democracia —dijo el hombre bajo

rascando el aire con índices y corazones— estarán muy contentos. Publicar esta información costará muchos puestos de trabajo. Por no hablar de los recursos públicos que se van a malgastar gestionando la crisis. Mucho trabajo por delante. Bueno, y nosotros. No dejan de entrar correos. Todo el mundo está preocupado. Podemos olvidarnos de captar nuevos clientes durante una temporada. Y lo que nos va costar mantener los que ya tenemos. Tanto que explicar. No habrás dicho nada todavía, ¿verdad? Aún esperamos el comunicado oficial. Cuidado. Es muy fácil dejarse llevar por estos hijos de puta. Y la prensa. ¿Has visto lo que dicen algunos? Pero si les vendimos estructuras a casi todos esos cabrones. El único criminal, un cobarde: «fuente anónima». Descrito como un héroe cuando no es más que un criminal, un maldito criminal. ¿Y todo para qué? ¿Política? Todo esto es política. Pura política. No podían dejarnos hacer nuestro trabajo. Leemos la ley y hacemos números. ¿Por qué tanto interés?

A cada frase corta, Didier hacía temblar su cuerpo gelatinoso, su camisa malva (el último botón desabrochado, la corbata púrpura en la guantera del coche), sus pantalones negros y su labio inferior, carnoso y húmedo. Frotaba la palma de su mano izquierda contra los milímetros de cabello que germinaban de su cogote afeitado.

—Tendríamos que publicar más *rulings* por cada imbécil que hablara mal de nosotros. ¿Qué dice este periódico? ¿Ahora no le gusta la estructura de deuda híbrida que le montamos con un establecimiento permanente en Barbados? Porque si tan mal le parece lo que hacemos, a lo mejor no le importa que subamos a internet cómo chupa sus beneficios a través de Luxemburgo para que su grupo editorial no tribute en el resto de Europa.

—No creo que revelar más *rulings* sea una buena idea —dijo Harm, paternal y sonriente, apoyado contra el marco de la puerta: había llegado en silencio mientras Didier desbarraba.

Harm se acercó a Didier y puso la mano en su hombro: tenía las uñas bien cortadas, limadas y brillantes; las manos, grandes y venosas, estaban cubiertas por un vello rubio y abundante; la piel, algo seca, carecía aún de las imperfecciones de la edad. Al estirar el brazo, el puño blanco de su camisa recién planchada asomó por la manga de su traje marengo, suave ojo de perdiz, hábilmente entallado a su cuerpo atlético, largo, holandés.

—Buenos días, Harm. ¿Has leído la prensa? —preguntó Didier.

—No revelan nada sobre quién ha filtrado los documentos —dijo Marie.

—Es natural que la —Harm hizo una breve pausa para escoger la palabra adecuada— *fuente* quiera preservar su anonimato, pero antes o después se revelará su identidad, seguramente por el rastro informático. Supongo que no habrá sido tan idiota como para seguir trabajando en la empresa, pero nunca se sabe. Si alguien se ausenta, especialmente sin dar explicaciones, ya podemos sospechar. De todas formas, lo más lógico es que el culpable se haya marchado hace tiempo, porque la mayoría de los documentos que se han filtrado tienen al menos un año de antigüedad. De hecho, muchas de las estructuras que salen en esos papeles están totalmente obsoletas.

—Pero eso da igual siempre que el objetivo sea difamar y decirle al mundo lo terribles que somos —comentó Didier con amargura.

—Entiendo que es fácil dejarse llevar por la rabia en estas situaciones y pensar que alguien ha intentado hacernos daño porque no nos comprende o porque piensa que lo que hacemos está mal. Pero hay que buscar otros motivos que (creo yo) pueden haber tenido más peso a la hora de orquestar el robo de documentos. Entiende que tenemos información sensible cuya revelación perjudica principalmente nuestra relación con los

clientes, y eso es algo que siempre viene bien a la competencia.

—Pero Harm, eso no tiene sentido —interrumpió Didier—. Si algún competidor estuviese detrás de todo esto, estaría tirando piedras sobre su propio tejado. Hoy nos ha pasado a nosotros, pero esta guerra la podemos hacer todos. Y ninguno la podemos ganar porque nos dedicamos a lo mismo.

—Puede ser, pero ahora debemos apartar el quién y el porqué y centrarnos en las consecuencias inmediatas. He pasado la madrugada en conferencia con los socios de Nueva York, y hemos analizado con Dan todas las posibles líneas de actuación. Lo más urgente era una nota de prensa, que ya está preparada y en la que, básicamente, nuestro comentario es que no tenemos comentarios, salvo que siempre nos hemos ceñido a la ley, a diferencia de quienes han publicado los documentos, que han cometido un delito y serán llevados a juicio por ello.

—¿No es una posición algo agresiva? —preguntó Marie.

—Eso mismo es lo que le preocupaba a Dan, pero el resto de la junta ha decidido (y estoy de acuerdo con ellos) que lo prioritario es evitar un efecto dominó y que filtraciones como ésta puedan repetirse, aun a riesgo de mostrar una imagen demasiado agresiva, que por otra parte ya están fabricando los medios sin necesidad de que hagamos nada. Tenemos que esforzarnos para que estos, digamos, *acontecimientos* sean algo excepcional. De hecho, deberíamos reunirnos con el departamento cuanto antes y explicar al equipo, de la forma más suave que podamos, que si a alguien se le ocurre publicar más documentos estará cometiendo una ilegalidad y sufrirá consecuencias penales.

—¿Cuánto le puede caer al ladrón? ¿Dos? ¿Tres años?

—He consultado a Laurent y me ha dicho que hasta cinco de prisión, más una multa.

—Espero que sirva de ejemplo —dijo Didier.

La mañana avanzaba, la bruma se iba disipando y dejaba al

descubierto el homogéneo cielo gris. No había forma de saber dónde estaba el sol. Las mesas del espacio abierto se ocupaban a partir de las ocho, y en una hora la oficina bulliría de oficinistas, algunos de traje entero con la corbata bien anudada, la mayoría con la camisa o la blusa desabrochadas y un jersey de pico por encima. Marie, Didier y Harm siguieron discutiendo en el despacho, mientras la máquina de café, en una habitación contigua, empezaba a funcionar. Saludos apagados, buenos días, bostezos, qué tal anoche, los empleados tecleando, contestando al teléfono, encendiendo los ordenadores (el rumor de sus ventiladores confundiéndose con el zumbido del sistema de climatización), una bandeja con cruasanes y mermelada en la mesa de las secretarias, la impresora escupiendo papel, la trituradora engulléndolo y, por encima de todo, un francés alsaciano, un francés valón, un francés con acento italiano, alemán y español: un francés sencillo y de acentos impenetrables inundando la habitación.

2

Lento y torpe, Rodrigo Castillo se arrastró por los pasillos vacíos del piso que compartía con otros dos españoles: Lucas García y Jaime Gamarra, ambos de vacaciones en España desde el fin de semana anterior. Se dirigió a la cocina, se sirvió un bol de cereales y lo llevó al salón, donde los rumió ensimismado, mirando por la ventana el cielo gris y los edificios grotescos de su calle, la rue de Strasbourg, que al caer el sol se llenaba de camellos que vendían la heroína que los yonquis, refugiados bajo los soportales del edificio de servicios sociales, se inyectaban en los pies; a pocos metros, en la perpendicular rue du Fort Wedell, las putas negras golpeaban sus anillos contra los escaparates para llamar la atención de los peatones. Sin

embargo, durante el día la rue de Strasbourg no era más que una calle fea, una mezcla de edificios de finales del siglo diecinueve y bloques de hormigón de los años ochenta, adornados con las luces de neón de los restaurantes asiáticos e indios, los bares africanos y los comercios locales: tiendas de lámparas o de audífonos, ópticas, papelerías, autoescuelas, supermercados asiáticos, fruterías, kebabs y bocadillerías formaban el grueso de la economía legal de la calle.

Rodrigo rumiaba, la barba morena raspándole el cuello. Con su delgada mano izquierda sostenía el bol, y con la derecha empuñaba la cuchara, con la que pescaba los cereales de una leche casi helada. Unas gotitas cayeron sobre su incipiente barriga, que absorbió su camiseta gris llena de lamparones.

Tras el bol de cereales y una ducha rápida, Rodrigo se trajeó y salió por el portal a la rue de Strasbourg, con sus aceras consteladas de chicles tiznados. Caminó hasta la estación central y esperó al autobús entreteniéndose con el teléfono, deslizando el pulgar por la pantalla en busca de correos, noticias y mensajes. En un grupo de WhatsApp uno de sus amigos había compartido una noticia encabezada con la foto de un enorme edificio de cristal que no era otro que la oficina en la que Rodrigo trabajaba desde hacía unos meses.

Devoró el artículo, según el cual alguien del departamento de asesoría fiscal, al que Rodrigo pertenecía, había enviado a una asociación de periodistas una serie de acuerdos entre las autoridades fiscales luxemburguesas y un buen puñado de multinacionales de todo tipo: farmacéuticas, fabricantes de coches, fondos de inversión, restaurantes de comida rápida o marcas de cerveza. Muchos de esos documentos llevaban la firma de los jefes de su propio departamento —Didier Dubois, Marie Coussin y Harm Hillen—, y aunque aún llevaba poco tiempo en la empresa, ya le habían mandado redactar algo similar. Los documentos, a los que la prensa se refería como

rulings, pero que Rodrigo conocía por ATAs o *advance tax agreements*, constituían buena parte del trabajo de su departamento, y eran uno de los servicios más populares que ofrecían a sus clientes para lograr seguridad jurídica en sus transacciones: financiación, repatriación de dividendos, fusiones y adquisiciones, todas esas transacciones eran cuidadosamente examinadas para dar con la fórmula que garantizase el menor impacto fiscal posible, fórmula que se ponía por escrito en un documento que las autoridades fiscales luxemburguesas estampaban y cuyo contenido daban por válido indefinidamente.

Al llegar a la última parada, el autobús abarrotado se vació de oficinistas que caminaban prácticamente de puntillas, evitando el barro y los charcos de la calle a medio terminar en la que se erguía el inmenso edificio de la empresa. Al llegar todos a la enorme puerta giratoria, se formó una larga cola de jóvenes contables, auditores y asesores de diversas razas y nacionalidades, con especial abundancia de franceses, belgas y alemanes. La mayoría caminaban solos, en silencio, la ropa oscura y los ojos aún somnolientos, necesitados de un café, de un cruasán y de un zumo de naranja.

Rodrigo subió a la cuarta planta y se dirigió a su puesto; allí estaban, en una mesa con seis asientos, tres contra tres, sólo dos de sus compañeros, que le saludaron. Ambos eran sus superiores, ambos habían llegado antes que él.

«Mierda», pensó Rodrigo.

Colgó el abrigo, encendió la pantalla e introdujo su usuario, que consistía en la primera y última letra de su nombre y primer apellido (ROCO, por Rodrigo Castillo) más una cifra aleatoria de tres dígitos (211), y su contraseña. Comenzó a filtrar correos. Imprimió los documentos legales que había recibido sobre la incorporación de una serie de sociedades en Irlanda; los clasificó, los guardó en una carpetita de plástico y

los depositó sobre la mesa del gerente del proyecto, que en ese momento estaba ausente. Aprovechó el viaje para servirse un café de la máquina, volvió a su asiento y saludó a Frederick, que se sentaba frente a él y acababa de llegar con una excusa: atasco en la carretera de Trier. Rodrigo volvió a zambullirse en el caudal de correos que no cesaba: cinco más desde que se había levantado. Uno de ellos contenía un documento que debía revisar minuciosamente. Lo envió a la impresora más cercana. Esperó unos minutos, se levantó de nuevo y recogió de la bandeja el papel grapado, caliente, perfectamente alineado. Volvió a su puesto de trabajo, presionó suavemente las hojas contra la mesa y sintió cómo se enfriaban, incapaces de retener el calor eléctrico de la impresora. Contempló durante unos instantes el primer folio, sobre el que se podía leer en grandes letras cursivas el nombre en clave del proyecto. Alzó la mirada y advirtió que sus compañeros de oficina comenzaban a salir de la habitación para reunirse en la salita del café, en torno a cuya única mesa se iban concentrando los asesores fiscales, los contables, las secretarias y otros empleados de la oficina. Rodrigo guardó sus papeles ya tibios en la cajonera y se unió a sus compañeros.

3

—Pensándolo mejor —dijo Harm—, ¿es buena idea que salgamos los tres a hablar con el equipo? Va a ser una reunión muy corta, y no quiero que piensen que estamos muy afectados.

Marie se ofreció a salir sola para que los empleados no se sintieran tan intimidados.

—Perfecto, muchas gracias —dijo Harm.

Marie se levantó y salió de la habitación hacia la sala de

café, donde ya esperaban los empleados.

Al cerrarse la puerta de madera, Harm y Didier se quedaron frente a frente, sin decirse nada. El primero eliminaba rápidamente los correos no deseados de su teléfono móvil, patinando con los dedos sobre la pantalla. Didier miraba por la ventana, atraído por el ruido de las máquinas de construcción: grúas, taladros, retroexcavadoras y hormigoneras se abrían paso entre el barro para cavar profundas zanjas sobre las que se alzarían altas torres de metal. Volvió la vista hacia Harm y rompió el silencio de la habitación.

—Jamás había recibido un golpe como éste en todos mis años de asesor fiscal. De verdad que no sé cuáles van a ser las consecuencias. Hemos tenido alguna filtración, claro, pero nunca algo de semejante magnitud. ¿Sabes lo que me preocupa? La atención de los medios. ¿Cómo coño hemos llegado a ser la portada de los diarios de medio mundo? ¿Habría sido así hace diez años? Estoy convencido de que detrás de esto hay intereses oscuros, seguramente políticos, que espero que se aclaren. ¿Tú qué opinas?

—Yo no quiero sacar conclusiones precipitadas —respondió Harm—. Antes de señalar a nadie tenemos que actuar con precisión, y eso pasa por identificar a la fuente. Dada la enorme cantidad de documentos filtrados, tiene que haber un rastro informático. He informado a Henri Digiacomo, del departamento de informática: tengo constancia de que es el empleado más apropiado para tratar este tipo de asuntos de rastreo.

—¿No habíamos contratado un servicio externo para esto?

—Sí, pero hemos de asegurar que el departamento de informática no esté encubriendo al filtrador.

—¿Crees que pedirán la cabeza de alguno de nosotros?

—Todavía es pronto para saberlo, pero debemos mantenernos unidos y dar un mensaje coherente: este tipo de

filtraciones escapan a nuestras responsabilidades y son imposibles de prevenir, de eso estoy convencido. De cara a nuestros empleados y al exterior, el mensaje es muy sencillo: los criminales son los que han filtrado los documentos, no nosotros. Somos víctimas. Siempre hemos cumplido la ley y nunca hemos hecho nada malo. Bueno, eso mismo debería estar diciendo Marie al resto del equipo. Espero que no se asusten mucho y empiecen a pensar que vamos a reducir personal. Yo, desde luego, no tengo intención alguna de hacerlo, porque estoy convencido de que, tras unos meses difíciles, el negocio volverá a florecer. —Harm sonrió—. Estos escándalos, bien manejados, se olvidan rápidamente, y con la estrategia correcta volveremos a experimentar crecimiento en nuestro negocio. Supongo que lo más difícil será convencer a los americanos de ello. Por lo que he podido ver, están muy nerviosos. Más tarde tengo una reunión con un cliente y seguramente me encuentre con Dan, que está volando de urgencia desde Nueva York. Va a ser una reunión complicada.

—A todos nos van a tocar muchas reuniones complicadas. ¿Vas a hablar tú con el informático? —preguntó Didier.

—Si quieres acompañarme no tengo inconveniente, pero no va a ser una reunión muy larga. Sólo quiero decirle lo que buscamos y que no descarte ninguna posibilidad. Él sabrá mejor que nosotros lo que tiene que hacer.

—Entonces me voy a tomar el aire.

Didier salió del despacho de Marie justo cuando la masa de empleados se dispersaba, esparciéndose en todas direcciones. Sin escapatoria, a Didier le llovieron los buenos días, los tienes un minuto y las insistencias de varios subordinados que buscaban monopolizar su tiempo para aclarar cuestiones fiscales, concertar reuniones o simplemente hacerle la pelota. Con la cabeza gacha y a zancadas rápidas, Didier dijo ahora no y salió al rellano a tomar el ascensor. Subió a la azotea, abrió la

pesada puerta de emergencia e impidió su cierre interponiendo entre ésta y la jamba una piedra que alguien se había molestado en llevar hasta allí. Salió al exterior y aprovechó el aire fresco, las finas gotas de lluvia que le refrescaban la calva. Se palpó la americana y encontró el paquete de tabaco, extrajo de él un cigarrillo, lo encendió y comenzó a dar caladas profundas, nerviosas, encadenadas, mientras buscaba en su teléfono algún correo importante.

4

Los empleados sorbían café de máquina y agua de surtidor de sus vasitos de papel mientras hacían bromas acartonadas, esperando la llegada de los tres socios del departamento que habían convocado la reunión y que aún permanecían encerrados en uno de los despachos, a través de cuyas traslúcidas paredes se podían ver sus siluetas: el atlético Harm Hillen, sentado en una silla con el respaldo hacia delante, el pequeño Didier Dubois, que caminaba de un lado a otro como una fiera enjaulada, y la esbelta Marie Coussin, que permanecía de pie, quieta junto a la pared. Ella fue la única en salir de la oficina para reunirse con los demás empleados.

Marie Coussin entró en la salita y todo el mundo giró la cabeza hacia la puerta, que se cerró a su paso; Harm y Didier siguieron hablando en el despacho. El corro de la mesa se abrió por la cabecera y Marie se paró junto a ella, apoyando sus manos contra el borde de la tabla blanca de contrachapado. A Rodrigo, al igual que a muchos de sus colegas, la elegancia discreta y el trato glacial de aquella mujer le producían una sensación de incómoda atracción, y cada palabra, cada gesto, cada movimiento de ella, se sucedían ante sus ojos de forma terriblemente armoniosa.

Una vez se hubieron reunido todos a su alrededor, Coussin comenzó su discurso con un tono de voz tan leve que obligó a muchos a inclinarse hacia ella, estirando el cuello y entornando los ojos, los picos de las corbatas oscilando peligrosamente sobre los vasitos de café:

—Como sabéis, anoche se filtraron a la prensa varios *rulings* que hicimos entre 2010 y 2015. Lo primero que quiero que sepáis es que los responsables han cometido un delito y serán llevados a los tribunales por publicar información confidencial. También sé que muchos estáis preocupados por las graves acusaciones de algunos medios de comunicación, pero es importante que seáis conscientes de que en ningún momento hemos hecho nada ilegal. Quiero recordar que estos documentos los hemos elaborado siempre de acuerdo con la ley luxemburguesa, por lo que no hemos hecho nada equivocado. Por tanto, y pese a lo que digan, no tenéis nada de que avergonzaros. Son los responsables de la filtración quienes han incumplido la ley, y no vosotros. Durante los próximos días veréis periodistas alrededor del edificio, puede que alguno intente entrar, pero no están autorizados a hacerlo. Hemos redoblado nuestras medidas de seguridad, pero no dudéis en avisar a recepción si veis entrar a alguien ajeno a la empresa. Finalmente, si algún periodista os hace alguna pregunta relacionada con este asunto, os ruego que os remitáis al comunicado oficial que publicaremos en las próximas horas. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

Los empleados se miraron en silencio sin que nadie se atreviese a alzar la voz. Muchos de ellos estaban ocupados procesando la información que Coussin les había proporcionado de forma tan sucinta y eficiente.

—Entonces no os robaré más tiempo. Que paséis una buena mañana.

Coussin se dio media vuelta y volvió a su oficina, de la que

justo salía Didier Dubois, taconeando con decisión, varios hombres a sus espaldas admirando su fino perfil, dibujado con delicadeza por su falda de cintura alta. Rodrigo, ajeno a la contemplación estética, salió de la sala de café y se dirigió al cuarto de baño, se metió en un cubículo y cerró la puerta con llave, sentándose sobre la tapa del váter, escrupulosamente limpia. Sacó el teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta y se entretuvo durante varios minutos leyendo de nuevo la prensa nacional: apreció que no todos los medios recogían la filtración, o al menos no se hacían eco de la noticia en portada. Por lo general, los diarios que no contaban con una versión impresa le daban gran importancia a la noticia, mientras que los periódicos más establecidos publicaban un artículo al que sólo podía accederse utilizando el buscador.

Pasados unos quince o veinte minutos, Rodrigo tiró de la cadena sin haber usado el retrete, salió del cubículo y fue a lavarse las manos con jabón para disimular: el tenue aroma cítrico que desprendían al secarse le satisfizo.

Frederick esperaba a Rodrigo en su puesto de trabajo, con ganas de comentar lo ocurrido. Rodrigo regresó, desbloqueó su ordenador tecleando mecánicamente su contraseña, revisó su bandeja de entrada y volvió a sacar de su cajón la versión impresa del proyecto que acababa de imprimir: cincuenta y dos diapositivas a color con la reestructuración de una empresa farmacéutica de la que jamás había oído hablar, con una estructura demencial (aunque en sus papeles sólo figuraban las compañías relevantes para el proyecto), abigarrada de sociedades incorporadas en Luxemburgo, Países Bajos, Reino Unido, Irlanda. Antes de zambullirse en las transacciones, conectadas entre sí con una maraña de flechas, abrió el chat de comunicación interna y leyó el mensaje de su compañero de mesa, que por lo general permanecía impasible cuando recibía mensajes, procurando no cambiar el gesto reconcentrado,

aparentando seguir inmerso en infinitas hojas de cálculo o en farragosas argumentaciones legales.

bueno
crees que deberíamos empezar a preocuparnos?

Frederick era un alemán de veinticuatro años que había estudiado la carrera de Derecho en la Universidad de Maastricht. Tras especializarse en fiscalidad internacional, terminó en Luxemburgo como la opción más sencilla, pues preparar el examen del colegio de asesores fiscales de Alemania suponía un gran esfuerzo. En ese momento

ni idea
pero marie parecía bastante afectada

Frederick aparentaba estar absorto en los pormenores de un análisis de transparencia fiscal, comparando una entidad registrada en Caimán con su subsidiaria en Luxemburgo. El objetivo era recabar suficientes argumentos para que las autoridades luxemburguesas calificaran a la entidad caribeña como transparente a efectos fiscales, lo que podría, en función de las circunstancias, lograr que ningún país reconociese su competencia a la hora de recaudar impuestos con respecto a los dividendos distribuidos a la compañía de las Islas

esperemos que no nos echen a la calle en los próximos días
planes para comer?

Caimán, logrando así un tipo efectivo del cero por ciento. Rodrigo, por su parte, intentaba comprender los diferentes pasos del plan que tenía encima de su mesa: absorciones, incorporaciones, escisiones, compraventa, préstamos entre

subsidiarias, repagos, entidades híbridas, liquidaciones parciales. Su cabeza empezó a recalentarse, intentando seguir el rastro del dinero: distribuciones de dividendos que se convertían en préstamos de extraño funcionamiento, pagos de intereses ridículamente altos, incorporación de entidades en países lejanos con el principal objetivo de beneficiarse de alguna laguna. ¿Quién demonios había elaborado todo eso? El dinero

había pensado socializar un poco con los gabachos
te apuntas?

fluía en la estructura que manejaba Rodrigo, rebotando de caja en caja a través de flechas, siendo cada caja una compañía registrada en un país exótico, pequeño, ignoto: islas caribeñas, peñones en el canal de la Mancha, minúsculas naciones alpinas, protectorados, zonas especiales de comercio en Oriente Próximo, lugares en los que la vida corriente no parecía existir, sino sólo otro despacho como el suyo, en el que jóvenes como él, con el mismo papel frente a ellos, intentaban descifrar la telaraña de transacciones de un plan de reestructuración que, a las cinco de la tarde (hora de Europa continental), sería discutido paso a paso en teleconferencia con los asesores de tres continentes. Para poder seguir el hilo de la discusión que se producía, Rodrigo se esforzaba por entender la lógica del proyecto, pero su escasa experiencia laboral le impedía comprender la estructura, provocándole un leve dolor de cabeza que intentaba mitigar dando sorbos a un café que se había quedado frío con el chorro de aire que manaba del climatizador situado sobre su cabeza, escondido tras el techo registrable. A mediodía las mesas se empezaron a

vaciar. Frederick bloqueó su ordenador y se dirigió a la cantina en busca de un bocadillo, mientras Rodrigo permaneció en su puesto durante media hora más, confuso, llevándose las manos a la cabeza, atusándose la barba, quitándose la americana y arremangándose la camisa blanca. Continuó trabajando hasta la una, cuando miró a su alrededor y, al advertir que era prácticamente el único que trabajaba en el espacio abierto, decidió bajar a la cantina.

El comedor, una sala ruidosa con techo bajo y el aire acondicionado apretando a los empleados para que volvieran pronto a sus puestos de trabajo, estaba situado en la planta baja y, para ofrecer una gran variedad de comidas (vegetariana, asiática, francesa, carne a la parrilla), sus fogones apenas desprendían olor alguno. Sosteniendo su bandejita, atiborrada de pan por los lados y con una lasaña humeante en el plato, Rodrigo se dirigió a una de las mesas del fondo, en la que sus colegas francófonos charlaban animadamente. La mesa de seis tenía dos asientos vacíos, los demás estaban ocupados por cuatro fiscalistas vestidos con chinos y jerséis de pico los hombres, pantalón oscuro y fina blusa la única mujer. Uno de ellos, de pelo revuelto, dientes torcidos, huesudo y con unas gafas como dos lupas, hablaba en francés con acento belga:

—Me ha llamado todo Namur preguntándome por el asunto. Hasta mi madre ha visto la noticia, así que tienen que estar dándole mucha importancia. Me ha preguntado si nos van a detener o algo.

Otro fiscalista, grasiento y sudoroso, recostado en su asiento con un antebrazo apoyado sobre su cabeza, le replicó:

—Es increíble cómo los medios lo exageran todo. El único que va a ir a la cárcel es el que ha robado los documentos, pero

eso da igual, porque apenas pisará la prisión y se llevará en su bolsillo el buen dinero que le habrán dado por llevarse los *rulings*. Si no fuera porque no va a volver a encontrar trabajo en su vida, no sería mal negocio. Si se lo monta bien, incluso le darán pasta por ir a hablar a las televisiones.

La mujer, de nombre Joséphine —rubia, delgada y muy guapa, de intimidantes ojos azules—, expresó su opinión apresuradamente, intentando disimular el fuerte acento de algún pueblucho perdido en las inmediaciones de Nancy:

—Yo creo que se están mezclando asuntos políticos deliberadamente, cuando en realidad es una cuestión de dinero. Nuestro trabajo es técnico, y los que hablan de ello en los medios no tienen ni idea de cómo interpretar los *rulings*. El dinero es lo único que buscaba el filtrador, el dinero es lo único que buscan los periódicos que publican la noticia, y la mentira es lo único que necesitan para conseguirlo, porque relacionan todo esto con la política, y nuestro trabajo no es político. Están ensuciando nuestro trabajo, haciéndonos quedar como los malos, cuando los malos son ellos, los que engañan, los que buscan dinero a nuestra costa, mientras nosotros pasamos horas elaborando los documentos que algún interesado roba para venderlos a algún periódico.

La mesa entera asintió e hizo varios gestos de aprobación a la intervención de Joséphine. El hombre fofo, de nombre Laurent y natural de Metz, quiso completar las palabras de Joséphine:

—Sobre todo las horas: si nos las pagaran como le van a pagar al filtrador por robar nuestro trabajo, podríamos estar retirados.

Y todos soltaron alguna risa forzada.

Rodrigo devoraba su lasaña con la cabeza gacha, intentando entender todo lo que decían en ese francés rápido y de acentos diversos. Quiso intervenir en algún momento para que su silencio no llamara la atención de sus compañeros, pero no

daba con las palabras adecuadas, así que decidió permanecer callado.

Y Joséphine dijo:

—Pero bueno, ¿nadie sabe quién lo ha robado?

Y Laurent:

—Ha sido Harm, se ha hartado de todo y quiere irse a vivir a una playa en Curaçao.

Todos volvieron a reír.

Y el fiscalista flaco de pelo revuelto:

—Pero es verdad que podría haber sido alguien de nuestro departamento. ¿No sería divertido averiguar quién lo ha hecho? Como en una película de detectives.

Marco, un italiano con la cabeza afeitada, dijo en un excelente francés:

—Lo más probable es que el que lo haya hecho lleve años sin trabajar con nosotros. Si habéis echado un ojo a los *rulings* que se han filtrado, no hay ninguno que sea reciente. Habrá sido alguno de los becarios que han pasado por la oficina, o algún gerente despechado con la promesa de un buen cargo en la competencia si se llevaba nuestro trabajo.

Rodrigo logró intervenir:

—¿Crees que la competencia está detrás de esto?

Y siguió un largo debate sobre las razones que podrían tener otras asesorías fiscales para orquestar el robo de documentos. Todos parecían coincidir en un asunto clave: el dinero era el motivo.

5

Harm preguntó a Marie cómo se había tomado el equipo su pequeño comunicado.

—Nadie me ha preguntado nada, pero podía ver la confusión

en sus caras. Los más jóvenes parecían verdaderamente asustados, desorientados.

—Bueno, podría haber sido peor. Ahora voy a reunirme con el informático. ¿Quieres acompañarme?

—No, gracias. Tengo mucho que hacer.

Harm abandonó el despacho de Marie y atravesó los pasillos en busca de la sala b1.100, en la que se había citado con Digiacomo. En su camino se encontró con algunos de sus subordinados, hola David, qué tal Joséphine, mientras procuraba no olvidar el nombre de pila del informático («Henri, Henri, Henri», murmuraba). Tomó el ascensor con paredes de cristal y sintió un leve vértigo al ver el suelo del enorme rellano acercándose con rapidez. Las suelas de sus zapatos derby, de un marrón oscuro idéntico al de su cinturón, se deslizaron por los pasillos entarimados de una madera cálida, seca y rugosa, levemente barnizada. Paredes blancas lisas y altas, sillas de diseño y alfombras de vivos colores (rojo, verde manzana, naranja) desfilaron ante sus ojos.

Abrió la puerta de la sala, Digiacomo se levantó de su silla sobresaltado, buenos días Henri, dijo Harm, y se dieron la mano. Digiacomo volvió a sentarse, Harm se quedó de pie junto a la puerta.

—No te robaré mucho tiempo, Henri, pero, como habrás podido ver, estamos en una situación delicada y necesitamos tu ayuda.

—Sí —murmuró Digiacomo.

—Realmente no sé cómo funciona esto, así que corrígeme si digo alguna barbaridad, pero lo que necesitamos es alguna manera de averiguar si la persona que filtró los documentos ha dejado algún rastro en los ordenadores que nos permita averiguar su identidad. Entiendo que muchos de estos documentos están almacenados en una carpeta común a la que tiene acceso toda la oficina. ¿Es posible saber quién ha

accedido a ella?

—Hay formas de saberlo, sí —dijo Digiacomo.

—Fantástico. ¿Cuánto tiempo tardarás en hacer lo que tengas que hacer?

—El lunes debería tenerlo.

Harm miró al techo, murmuró algo ininteligible y, apoyando las manos sobre el respaldo de una silla, contestó a Digiacomo que le parecía bien, que tener un nombre el lunes a primera hora sería perfecto.

—De todas formas —continuó Harm con su sonrisa irresistible—, esto nos pasa por ser unos analfabetos informáticos, menos mal que os tenemos a vosotros, Henri.

Antes de salir por la puerta, Harm dio las gracias y le dijo, profético, que se esperaban grandes cambios en el sistema informático de la empresa.

—Si hay algo de bueno en esta situación, Henri, es la oportunidad que va a tener tu departamento de afianzar su peso dentro de la compañía —dijo Harm.

—Adiós, gracias —respondió Digiacomo, y se quedó solo de nuevo en la habitación b1.100.

Digiacomo recogió su portátil, su teléfono y su agenda, el bolígrafo dentro de la espiral y sujeto a ella por el clip del capuchón, y volvió a su puesto de trabajo en la planta baja, donde los empleados vestían camisas de manga corta por las que se escapaba algún tatuaje, pantalones anchos y deportivas, coletas los hombres y pelo corto las dos o tres mujeres que poblaban un espacio abierto que albergaba alrededor de una treintena de informáticos. Saludó en silencio y se encerró en su despacho, que compartía con los otros dos jefes del departamento. Antes de abandonarse a su trabajo, reflexionó acerca de la orden que había recibido de Harm Hillen: ¿por qué había dado un plazo tan largo para resolver el asunto? Un fin de semana era demasiado tiempo para un trabajo tan simple,

que podría liquidar en unas horas. Digiacomo, jugando con un bolígrafo entre los dedos y con la mirada perdida, reconoció que no tenía tanto trabajo pendiente que justificara una fecha tan tardía, y aunque lo tuviera, era consciente de la extrema prioridad de la tarea que le había asignado Harm Hillen: no había nada más importante que hacer en ese momento. Por lo que había leído, alguien había filtrado unos documentos que revelaban acuerdos fiscales entre grandes multinacionales y el Gobierno de Luxemburgo, acuerdos que permitían ahorrar millones de euros en impuestos por todo el planeta. Los documentos, dada su enorme cantidad, tenían que haber sido obtenidos digitalmente. El filtrador había dejado un rastro informático, eso era lo más probable. Ahora bien, ¿cuáles serían las consecuencias para el filtrador una vez se revelase su identidad? Evidentemente, si estaba aún en plantilla sería despedido de manera fulminante, y probablemente entraría en prisión o tendría que pagar alguna multa. ¿Era eso justo? Por un lado, reflexionó Digiacomo, es cierto que, de tratarse de un empleado, habría roto el contrato, en el que se prohíbe de forma clara hacer pública cualquier información relacionada con los clientes. Sin embargo, la revelación, si bien podría tener efectos negativos sobre la empresa, a Digiacomo le parecía positiva en cierto modo, ya que se había revelado un secreto importante, algo que, bien mirado, resultaba indignante. «Mientras yo pago religiosamente mis impuestos —pensó Digiacomo—, hay un grupo de millonarios que se dedican a mover el dinero de un país a otro para que nadie les quite un céntimo. ¿Es eso correcto?»

A las cinco de la tarde, harto de clavar sus ojos vidriosos en la enorme pantalla, Digiacomo apagó su ordenador, se echó la mochila al hombro y, despidiéndose tímidamente de sus compañeros, salió del edificio camino de la estación de tren, donde se había citado a las seis con otros dos belgas que

viajaban a Lieja en coche para pasar el fin de semana. Digiacomo esperó unos cuarenta minutos escuchando música a través de unos cascos enormes, que le envolvían con sonidos graves perfectamente definidos, al ritmo de los que mecía su cabeza con suavidad. Paseando por la entrada principal de la estación, contempló el techo de cristal con formas curvas, los frescos del hall central, de una modernidad anacrónica, las bocadillerías y el enorme kiosco en el que la gente compraba revistas, chicles y paquetes de cigarrillos.

Llegó el coche, un Renault Twingo con un contable al volante y un comercial de Amazon en el asiento del copiloto. Digiacomo se sentó en la parte trasera, subió el volumen de la música y se recostó contra la ventana izquierda, mirando el paisaje y evitando conversar con sus compañeros de viaje, que se contaban su vida. Siguieron la autopista E25 y pasaron por Arlon. Atravesaron las Ardenas al atardecer y Digiacomo recordó al verlas las áreas de servicio en las que se había detenido alguna vez a fumar un cigarrillo o a comer un cono de patatas fritas. El trayecto duró unas dos horas, incluyendo el atasco en la radial de Lieja.

El conductor paró finalmente frente a la estación de Guillemins, enorme, blanca e iluminada, mientras una fina lluvia caía lentamente y en silencio, acariciada por la luz amarillenta de las farolas. Digiacomo tomó allí un autobús amarillo, rojo y gris lleno de gente triste y subió por el boulevard D'Avroy hasta la plaza Saint Lambert, que estaba oscura, inexplicablemente vacía y silenciosa. El autobús siguió un poco más por la place du Marché, con las terrazas a medio llenar, remontó Féronstrée y paró frente al museo Curtius, donde Digiacomo se bajó. Contempló la iglesia de Saint Barthélemy, abundancia de color entre el gris y el marrón de la piedra, las tejas y la madera con las que se había construido la ciudad de Lieja, y se fijó en los arcos iluminados, en el reloj

dorado del campanario: eran las ocho y media de la tarde.

Subió hasta el impasse Hubart y atravesando el arco del colegio llegó a la casa de su padre, la fachada parcialmente cubierta con el cadáver de una enredadera.

Abrió la puerta vieja con su llave vieja y subió por las angostas escaleras hasta el primer piso; las luces estaban apagadas y el aire era frío. La calefacción llevaba apagada todo el día y de la cocina llegaban los olores de colillas ahogadas en latas de cerveza y los restos de la cena del día anterior, una *mitraillete* con salsa andaluza. Su padre había salido. Digiacomo no prestó atención al desorden y dejó la mochila en su habitación, con la cama hecha y las sábanas de colores gastados: un turquesa apagado, un violeta desvaído y un amarillo pálido que una vez habían sido brillantes. Digiacomo se sentó a su escritorio, sobre el que había estudiado diligentemente todas las asignaturas de primaria y secundaria, sus primeros éxitos con la física y las matemáticas, sus duros años en la carrera de Informática, con los grandes volúmenes sobre programación, impenetrables y fascinantes. El orgullo de sus padres, Digiacomo había sido el primero en llegar a la universidad. Hijo de emigrantes calabreses, su padre había trabajado en las minas de carbón de Trembleur. Habían llegado a mediados de los setenta y, como muchos otros italianos, se habían instalado en las cuestas de Saint-Léonard, donde las casas eran baratas. El padre de Henri se llamaba Carlo por insistencia del abuelo, partisano fusilado en el cuarenta y cuatro, pocos meses después del nacimiento de su único hijo. Así, Henri, al que pusieron nombre francés y no enseñaron el italiano para que se integrase en Bélgica con más facilidad, provenía de una familia de obreros comunistas triturados, generación tras generación, por los patrones, los fascistas y la globalización: cuando las minas de Trembleur cerraron, Henri apenas tenía dos años. Así, Carlo se reconvirtió en taxista hasta

que le llegó la jubilación, mientras su madre trabajó hasta su muerte, cinco años atrás, fregando suelos, lavando platos y sirviendo mesas en una pizzería que habían montado unos vecinos de Saint-Léonard. Henri había vivido toda su vida en Lieja y, salvo un par de veranos en Calabria y algún viaje de estudios, no se había movido de allí hasta que terminó la universidad y fue reclutado por una de las grandes asesorías de Luxemburgo. La oferta fue recibida con suspicacia por su familia, pero al ver que las cosas le iban bien, decidieron callar.

De su padre y de su abuelo había heredado Henri las manos hinchadas y el cuello grueso, un tronco robusto y la cara redonda. El pelo negro y espeso, que le caía lacio y se recogía en una coleta, lo había sacado de su madre, así como las pecas que se difuminaban en su nariz. Tenía Digiacomo una baja estatura, acorde con la dieta belga y la tradición mediterránea, aunque su padre había tenido mejor planta: cuerpo grande, brazos largos y manazas.

La habitación de Henri tenía poco espacio, apenas un pasillo con una cama nido y un escritorio, y la ventana, al fondo, pequeña, daba a un patio desangelado al que nadie accedía y que carecía de puertas: sólo era posible llegar a él si se saltaba desde una de las ventanas. Aún había sitio para un armario y unas baldas atornilladas a la pared, sobre las que descansaban algunos libros y una respetable colección de cómics. La casa, por lo demás, era humilde pero relativamente espaciosa. El edificio tenía tres pisos: la planta baja, con un trastero inmenso lleno de herramientas y muebles rotos, cajas de cartón y lámparas polvorientas; la primera planta albergaba el salón, la cocina, el baño y el cuarto de Henri, independiente y alejado del resto. El segundo piso lo constituía exclusivamente la habitación de sus padres, una buhardilla reformada.

Lo primero que hizo Henri tras soltar la mochila fue encender su viejo ordenador de sobremesa, que aún utilizaba

para tareas básicas: revisar correos, chatear, navegar por internet. Pudo comprobar que no había conexión y, tras suspirar irritado, salió de la habitación y se dirigió al módem, en el salón junto al televisor. Efectivamente, estaba desconectado. Antes de regresar a su habitación, encendió el horno y sacó una pizza del congelador.

6

Las luces se fueron apagando a las seis de la tarde, los oficinistas recogieron sus abrigos de los percheros y se fueron a sus casas, a los pueblos cercanos a Luxemburgo, a Metz, Nancy, Arlon, Trier, pero también a sitios más lejanos, compartiendo coche: Frankfurt, Bruselas, Lieja, Lille e incluso París. Rodrigo ordenó sus papeles, recogió su americana y se guardó el portátil en el maletín con la vaga intención de terminar de escribir un par de correos durante el fin de semana. Se despidió de sus compañeros de mesa, todos ellos tecleando frenéticamente para terminar lo antes posible, y tomó un autobús de vuelta a la Gare.

Una vez allí, hizo una compra de emergencia (leche, huevos, cerveza) y volvió a su piso vacío, donde abrió una lata de Palm y se recostó en el sofá, relamiéndose los bigotes pegajosos de espuma mientras con una mano se escribía por teléfono con su grupo de amigos españoles, que planeaban una cena en el restaurante indio de la avenue Pasteur. Tras apurar la lata se dio una ducha rápida y se puso una camisa de cuadros azules, unos chinos y unas deportivas blancas. Agarró una chaqueta y salió del piso, cogió el primer autobús de camino a Glacys y caminó desde allí hasta el restaurante a pesar de una fina lluvia que le caló los hombros. Llevaba una media hora de retraso.

Resguardado junto a la puerta, uno de sus amigos —un

gallego impecablemente trajeado y con el pelo negro engominado— fumaba vicioso mientras hablaba a gritos por teléfono. Se saludaron con la mirada mientras Rodrigo entraba en el restaurante, fuertemente iluminado. Uno de los camareros le hizo pasar a la sala más apartada, donde habían dispuesto una larga mesa para dar cabida a la docena larga de españoles que se habían reunido allí. La sala sólo tenía sitio para otra pequeña mesa, en la que una pareja leía la carta. Rodrigo saludó con los brazos en alto a los que ya estaban allí y se sentó en un extremo en el que quedaban cuatro asientos libres, junto a Marc y Andrés. El primero de ellos, natural de Barcelona, trabajaba en una empresa que prestaba servicios a fondos de inversión; el segundo, soriano, era asesor fiscal en la competencia. A la derecha de Rodrigo había tres sitios vacíos; más allá se encontraban los demás, todos hombres de entre veintitrés y veintiocho años: Íñigo, mallorquín, había trabajado unos meses con Marc, pero recientemente había aceptado un trabajo para uno de los fondos a los que prestaban sus servicios de contabilidad y soporte legal; Jaume, también barcelonés, auditor en una gran compañía de servicios financieros, tenía el pelo moreno y una barba cerrada, las facciones angulosas de un hombre delgado; Juan, de Toledo, trabajaba en un banco suizo; José Luis, señorito de Sevilla, estaba empleado en una pequeña pero próspera fiduciaria; Alberto y Miguel, los dos de Madrid, parecían gemelos con sus camisas azules y sus chinos color crema, además de ser los dos auditores en la misma empresa que Andrés; Rafa, murciano, trabajaba en banca privada con Luis, pucelano, que se sentaba a su izquierda; Félix, que conversaba con Rafa, era de Pozuelo de Alarcón, como le gustaba matizar, y su impecable barba negra solía ser motivo de amable disputa con la de Jaume; dos becarios del Fondo Europeo de Inversión, Nano y Salvador, cerraban el círculo hablando entre sí, el primero de Avilés, el segundo de Tenerife,

el único canario de la mesa.

Charlaban sobre la carta, dudando de los platos con nombres sospechosos; los que entendían francés traducían los ingredientes a los demás, y los que ya conocían el restaurante hablaban con emoción del *vindaloo* de cordero.

—Está cojonudo.

Habían pedido una primera ronda de cervezas cuando entró el gallego, de nombre Pablo, flanqueado por Sandra y María: ésta de Valencia, de Getafe aquélla, las dos contables. Se sentaron en los tres asientos que quedaban libres, junto a Rodrigo.

—Bueno, ¿habéis pedido ya?

—Sólo unas cervezas.

—Que cada uno pida un plato y vamos compartiendo.

—¿Pedimos pan?

—¿Cuántas de arroz?

El volumen fue subiendo gradualmente, llenando el local de ruido. La pareja de la mesa de al lado empezó a molestarse. Los camareros, pequeños y diligentes nepalíes con la sonrisa siempre en la boca, intentaban hacerse respetar: alzaban la voz y ponían orden para poder pedir los platos:

—Dos treintaynueves... Cinco trentaycincos...

—Pide pan.

—Que sí.

—¿Puede traer una jarra de agua?

—Cinco de pan, por favor.

—Oye Pablo, ¿tú qué vas a tomar?

—¡Lo de siempre!

—Ya, pero eso qué es.

—Joder... El... Sí... El pollo con curry...

—Un *tikka masala* para mí, por favor.

—Entonces, tres treintaynueves...

—¿Habéis pedido pan?

La conversación de los españoles no tardó en subir de tono, provocando cierto temor en la pareja de la mesa contigua, que se alarmaba con los gritos que soltaba Rafa para defender sus argumentos. Las réplicas de los demás, especialmente las de Nano y María, hacían escalar el volumen, causando estallidos de risa, de indignación, de apresurada necesidad por contestar y expresar lo que les pasaba por la cabeza. Discutían de política.

—Nos vamos a pasar fuera de España una temporada. Yo al menos no pienso volver a un contrato precario, cobrar una mierda, vivir con mis padres y estar explotado hasta las diez de la noche de lunes a sábado.

—Amén.

—Trabajar en España es asqueroso.

—Además, el estilo de trabajo en España se te acaba pegando. Cuando llevas un par de años, empiezas a joder a los becarios igual que te jodían a ti. Es un círculo vicioso.

—Eso lo harás tú porque eres un cabrón.

—No te pases.

—Si quieres saber cómo es alguien de verdad, dale poder —intervino Pablo.

—Exacto.

—Pues yo creo que en Luxemburgo nos estamos ablandando.

—¿Por?

—Porque si en España tienes que quedarte hasta las once de la noche cuadrando una declaración, lo haces sin rechistar, te comes las horas y te aguantas. Pero aquí en cuanto es necesario que hagas una hora extra ya te están pidiendo con mucho cuidado si te puedes quedar, que no te preocupes, que te la pagan, que quieren que concilies el trabajo con tu vida privada...

—¿Y a ti eso te parece mal?

—Pues sí, prefiero curtirme para estar preparado cuando

llegue la hora de comerme un marrón de verdad. Así lo haré como un hombre en vez de llorar como una maricona.

—Menuda tontería —dijo Pablo—. Me voy a fumar. ¿Alguien se viene?

—Está lloviendo.

—Yo te acompaño —respondió Sandra, de Getafe.

—¡Y yo! —dijo Rodrigo, despistado.

Los tres salieron trabajosamente mientras el resto de la mesa rebañaba los platos de curry y las fuentes de arroz jazmín. Sandra se puso la chaqueta, y los chicos salieron sin abrigo. Una vez en la entrada, se apretaron bajo el pequeño toldo y Pablo sacó un paquete de Marlboro.

—¿Me das uno?

—¿Y a mí?

Extrajeron los cigarrillos del paquete, que Pablo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón, en el que buscó el mechero con movimientos lentos. Encendió el cigarrillo de Sandra y pasó el mechero a Rodrigo.

—Gracias —contestó Rodrigo mientras la débil llama iluminaba su cara, amarillenta a la luz del fuego.

Le devolvió el mechero a su dueño, que se encendió el cigarrillo con movimientos suaves y eficientes, achinando los ojos y frunciendo el ceño al dar la primera calada. El gesto llamó la atención de Sara, que se le quedó mirando durante un par de segundos, volviendo la vista a la calle un instante antes de que sus ojos se cruzasen. La avenue Pasteur estaba desierta. A lo lejos se oían los gritos de un grupo de borrachos armando jaleo en el Tramways. Pablo fumaba lento, saboreando cada calada. Sandra succionaba el humo como un aspirador mientras tiritaba de frío. Rodrigo luchaba por contener la tos.

—Bueno, chicos, yo me vuelvo adentro. ¡Qué frío!

—Exagerada.

Sandra tiró su colilla, en la que quedaba aún un tercio del

tabaco, la pisó y volvió a entrar en el Tibet.

—Oye, ¿qué plan tienes mañana? —preguntó Pablo.

—Nada. ¿Por? —respondió Rodrigo.

—Porque he quedado para ir a Arlon con unas chicas que conocí en el Limbo el finde pasado. Son dos, así que si te quieres venir...

—Pues suena bien. ¿A qué hora?

—A las diez en la Philarmonie.

—¿Tan pronto?

—Empieza a las doce.

—¿Qué empieza?

—El Maitrank. Son como unas fiestas de pueblo, pero bastante salvajes, por lo visto. Mis compañeros de curro dicen que vale la pena. Y si te apuntas somos dos para dos.

—A las diez en Philarmonie. Allí estaré.

—Cojonudo.

Los dos tiraron sus colillas al suelo al mismo tiempo y volvieron al restaurante, Rodrigo detrás de Pablo.

En la mesa, la conversación se había acalorado y se podían distinguir dos facciones claras: la primera, encabezada por Félix, sostenía que, en líneas generales, la situación económica estaba mejorando, y prueba de ello era que, pese a las duras condiciones laborales, la gente joven estaba encontrando trabajo: «Muchos de mis amigos del colegio y de la universidad están trabajando», decía el pozueleño. El otro grupo se mostraba más escéptico ante las noticias de mejora de la economía española, poniendo como ejemplo claro que estaban cenando en Luxemburgo y no en Madrid.

—Tan bien no nos irá, si estamos todos aquí.

Antes de que Félix pudiese responder, los camareros tibetanos apagaron las luces y aparecieron sonrientes con una gran botella de cerveza Cobra, dos bengalitas pegadas a ella con celo, chisporroteando contra el cristal marrón. En ese

momento, Pablo se arrancó con el cumpleaños feliz, al que se sumaron todos para felicitar a Miguel, a pesar de que no era su cumpleaños. El griterío inundaba la estancia más que nunca, y la pareja de la mesa contigua, tan encogida que parecía querer desaparecer, era incapaz de hablar, totalmente dominada por el estruendo español.

—Cabrones —dijo Miguel con una sonrisa.

Los camareros se quedaron junto a la mesa, esperando que los españoles pidieran más cervezas (esa botella no iba a dar para todos), cosa que sucedió a los pocos minutos. Los vasos volvieron a llenarse, y empezó a oírse un grito que animaba a todos a salir ese viernes lluvioso y no volver a casa:

—¡Al Limbo! ¡Al Limbo!

Pablo pidió la cuenta e hizo cálculos:

—Sale a treinta y cinco por cabeza.

—Oye, pues bastante bien.

Fueron poniendo dinero en la bandeja mientras picaban semillas anisadas de una cestita que el camarero había traído con la cuenta. Los billetes cambiaban de mano y cada uno hacía sus propios cálculos, dejando uno de cincuenta y recogiendo quince, dos de veinte por uno de cinco, y así sucesivamente. Pablo hizo el recuento.

—Oye, aquí sobran veinte euros —dijo en voz baja.

Nadie le hizo caso: todos estaban ocupados apurando la cerveza, poniéndose los abrigos o yendo al baño. Se guardó el billete en el bolsillo.

7

Eran las once de la noche cuando Digiacomo advirtió que su padre aún no había regresado. Luchando contra la pereza, se decidió a salir de nuevo. Había dejado de llover y el silencio

era total en el callejón. Al dejar la casa, volvió a atravesar los arcos del colegio y giró a la izquierda en la rue Hors-Château, entrando en Saint-Léonard. Las calles estaban llenas de charcos mansos, espejos oscuros. No le costó demasiado encontrar Le King, el bar donde su padre acostumbraba a reunirse con sus antiguos compañeros de trabajo: belgas, italianos y hasta un español, Manolo, natural de Asturias. Digiacomo abrió la puerta y allí sólo estaban su padre y Georges, un viejo minero de Visé, además del camarero, que conversaba con ellos tranquilamente: el alcohol los había adormecido y, martilleados por una canción de Stromae a un volumen demasiado alto, hablaban de fútbol con la cabeza gacha, los ojos clavados en el fondo de sus vasitos de Jupiler, sus voces graves y lentas. Sólo cuando se acercó a la barra y puso la mano sobre el hombro izquierdo de su padre, éste giró lentamente la cabeza y entornó los ojos para distinguir la cara de su único hijo.

—Hombre, tú por aquí.

—Llevo un rato en casa, pero como no llegabas... ¿Todo bien?

—Claro, hijo. Siéntate. ¿Quieres una cervecita?

Henri dudaba mientras su padre y el camarero esperaban su decisión. Georges aprovechó para ir al baño.

—Voy a mear —anunció.

—Dos más —dijo el padre tras apurar el último sorbo.

El bar, pese a la excesiva iluminación, era acogedor: asientos de madera, mesas de lo mismo, carteles de metal con antiguos anuncios de cerveza (Orval, Chimay, Leffe, Ciney), una vieja barra abarrotada de grifos y las copas de caprichosos volúmenes colgadas boca abajo en filas ordenadas. La estancia era amplia; la clientela, escasa.

—Mi hijo se ha hecho famoso —dijo Carlo, alzando la voz, mientras el camarero enrasaba la espuma de las cervezas con una espátula de plástico.

—Ah, ¿sí? —preguntó el camarero.

—Su empresa ha salido hoy en todos los periódicos.

—¿Ahora lees el periódico? —preguntó el hijo.

—¿Y tú, lees la prensa en Luxemburgo?

—*L'Essentiel*, lo dan gratis en la estación.

—Ah, entonces lo que lees es la publicidad. Eres un buen empleado. No olvides comprar todo lo que te intenten vender. ¿Sabéis que mi hijo trabaja evadiendo impuestos para los ricos? —dijo alzando la voz.

El viejo tenía ganas de pelea, después de una conversación larga, apagada, melancólica, llena de quejas comunes con los demás jubilados, malpensionados y alcoholizados que frecuentaban Le King.

—Eso no es verdad —respondió su hijo.

—Sí que es verdad. No me trates como a un pobre ignorante. No habré ido a la universidad, pero sé un par de cosas sobre cómo funciona el mundo. He estado abajo toda mi vida, partiéndome el lomo. Tú no eres más que yo, pero yo al menos soy consciente. Ni siquiera estás afiliado.

—No hace falta, papá. Nos pagan muy bien.

Georges volvió del servicio y se sentó, escuchando desde su asiento, la mirada fija en su vasito a medias, con las últimas burbujas del giste flotando en la superficie como un escupitajo.

—Ah, ¿sí? ¿Tan bien como a tu jefe?

—Hacen otro trabajo. Se quedan más horas. Y además tenemos un consejo de empleados si tenemos alguna queja...

—Ya, nosotros también teníamos un sindicato amarillo en Blegny. Casi mejor no tener nada.

El viejo empezó a contar batallitas de sus huelgas y Henri se resignó, agachando la cabeza y envolviendo su Jupiler con la mano derecha, sintiendo el vidrio condensado y el frío que irradiaba el vaso. Asintió maquinalmente a cada frase, torció la boca con cada broma.

—Éramos tantos que no podía pasarnos nada.

—Y sin embargo os fuisteis todos a la calle —murmuró el hijo.

—¿Cómo?

—Nada.

—Mi hijo no sabe nada porque le dan un poco más de dinero y se puede sentar en una silla, pero está en la misma situación que yo. Eres como Matthieu, el contable que nunca nos apoyaba porque estaba tan cerquita del patrón que se creía que se le iba a pegar algo, que le iba a soltar unos francos más. ¿Cómo le llamábamos? Desclasado. Eres un desclasado, hijo mío.

—Papá, ya no estamos en el siglo diecinueve, el mundo ha cambiado. A mí no me van a hacer trabajar en un agujero hasta que los pulmones se me vuelvan negros.

—Pero, que yo sepa, antes no necesitabas gafas. ¿Te las han pagado? Porque eso es de estar todo el día delante del ordenador, diseñando programas para evadir unos impuestos que les vendrían muy bien a los obreros y campesinos de Luxemburgo; podrían darles una pensión decente y pagar un colegio a sus hijos de no ser porque gentuza como tus jefes explotan a pobres diablos como tú para esconder el dinero y metérselo en el bolsillo.

—¿Obreros en Luxemburgo? Papá, por favor —contestó Henri, irritado y ya con las mismas ganas de discutir que su padre.

—¿Qué te crees, que en Luxemburgo no había minas? ¿Te crees que no las cerraron también para poder contratar obreros por una miseria en África o en la India? Nos llevábamos muy bien con la CGT-L, hasta que quedaron cuatro gatos. Tú te crees que tu padre no sabe nada, pero no me he pasado la vida en un taxi, chaval. Estoy más enterado de lo que crees, y en esa tele de allí —Carlo señaló el monitor que había elevado en un

rincón, desde el que televisaban a esas horas videoclips de rap — llevan todo el día hablando de tu empresa. Unos periodistas han publicado unos documentos secretos que las multinacionales firmaron con el gobierno de Luxemburgo. Y los podemos leer en internet, pero nadie va a hacer nada, porque los trabajadores de hoy sois todos unos desclasados.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Mira, hijo, yo no digo nada, pero al menos antes teníamos un par de cojones. Siempre nos levantábamos contra la injusticia, pero ahora parecéis cómodos en ella, vendiendo vuestra clase y vuestra dignidad por cuatro migajas y una oficina con calefacción.

—Será que las cosas han mejorado, y en vez de pelearnos, lo que hacía falta era hacer las paces.

—No habéis hecho las paces, os habéis rendido. Es distinto.

—Venga, vámonos a casa. Es tarde. —Henri bebió su cerveza de un trago.

El viejo se resignó e hizo lo mismo: apuró el vaso, que había ido bebiendo a sorbitos entre frase y frase, y se puso la chaqueta, que había colgado en el respaldo de su silla de madera oscura, pegajosa y agrietada. Como de costumbre, pagó la cerveza de su hijo, además de la propia.

—Buenas noches, Hughes.

Padre e hijo salieron del bar con el mismo gesto, las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo, sin contemplar el cielo que empezaba a despejarse, revelando la noche estrellada; las nubes dejaban paso al viento frío y húmedo que se colaba por las calles de Lieja, golpeando los cristales, los adoquines y la piedra gris, azulada durante el día y amarillenta a la luz de las farolas, siempre impregnada de hollín.

Había un grupo de seis o siete españoles decidido a salir: eran los que habían pedido cervezas toda la noche y estaban ya algo contentos. Salieron poco a poco a la calle, los camareros indios despidiéndose de ellos amablemente mientras contaban los billetes. En la calle, los españoles se iban apelotonando en la acera, algunos de ellos sacando cigarrillos, la mayoría metiéndose las manos en los bolsillos y cerrándose la chaqueta, encogiendo los hombros en señal de disgusto por la lluvia. Por delante de ellos pasó un Porsche armando un escándalo, el motor bramando como una fiera. En la acera, se fueron despidiendo los que iban a casa.

—¿No te vienes a tomar una copa, aunque sea?

—No, gracias. Mañana vamos a dar una vuelta con la bici.

—Estoy muy cansado. Llevo una semana...

Pablo y Rodrigo se sumaron a Rafa, Luis, Nano, Salva y las dos chicas, que tenían ganas de bailar. Pero como aún era pronto para ir al Limbo, decidieron tomar algo antes en el Steiler. Bajaron al centro por la avenue de la Porte-Neuve, luego por la rue Philippe II, y giraron a la izquierda al llegar a la place D'Armes.

Entraron en el Steiler, un bar en la esquina de una pequeña plaza en pendiente. El edificio en el que estaba ubicado el bar era antiguo, con unas arcadas que servían de refugio para una terraza. Sobre ellas, un balcón en el que se veía gente fumando, escapando del interior de atmósfera cargada. Los españoles atravesaron la puerta en fila india, el interior a rebosar de gente: sólo podían dejarse llevar por la riada hasta el fondo del local, donde estaban las escaleras de caracol que subían al primer piso. Se quedaron junto a ellas, en un rellano con un sofá de escay. Pidieron cerveza belga, mojitos para las chicas. Pablo pidió un gintonic que, al caer en sus manos, removió con la pajita, haciendo girar los cubitos de hielo en el interior del vaso de tubo, mientras inspeccionaba el interior del local con

los ojos achinados y una media sonrisa.

—Ya podrían darme una copa de balón.

Sandra y María sorbían sus mojitos con cuidado mientras empezaban a bailar. Los demás chicos estaban en torno al sofá, en corro, Luis y Rafa sentados, los demás en pie, intentando animarse. A su alrededor, una amalgama de contables y auditores, de fiscalistas y banqueros, todos con alguna copa en la mano, algunos con traje, pugnando por acercarse a la barra. Rodrigo reconoció a algunos compañeros de la empresa y los saludó con la mirada desde su lugar bajo la escalera. Pablo empezó a mover los hombros al ritmo de la música que el DJ, apostado en un rincón, escupía desde su mesa, peligrosamente ubicada junto a un grupo de ingleses que gritaban y alzaban sus pintas de cerveza amarga. Vio a un grupo de compañeros belgas de su oficina y se puso a hablar con ellos en su inglés con fuerte acento gallego. Mientras charlaba, sacó un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta y se lo colocó en la oreja, bromista, mientras los belgas se reían y chocaban las copas de cerveza contra su vaso de gintonic, cuyo contenido bajaba velozmente.

Por matar el rato, Nano, el de Avilés, se puso a dar conversación a María, intentando molestarla con las cuatro palabras en catalán que conocía.

—Eso es catalán, no valenciano.

—Pero ¿no es lo mismo? —preguntaba burlón.

Sandra dejó a su amiga hablando con el asturiano y se fue corriendo con los demás españoles, sintiéndose intimidada por un grupo de alemanes que la miraban con ojos hambrientos, echándosela a los chinos.

—Vaya campo de nabos.

—Pues como todos los findes, no sé de qué te extrañas.

—Mira Pablo, qué animado.

Pablo, cubata en mano, se arrancó a bailar con una chica del grupo de belgas, agarrándola por la cintura. Apretados bajo la

escalera, molestos por el incesante flujo de gente que subía y bajaba, los demás españoles bebían y hablaban de amigos en común y de viajes que pensaban hacer. En un momento dado, Rodrigo pensó en sacar el tema del robo de documentos, pero no encontró forma de introducirlo en la conversación. Lo dejó pasar y pronto lo olvidó.

MARIE COUSSIN

Me basta ver el cartel de «Côtes-du-Rhône» en la sección de vinos del supermercado para pensar en mi padre y su gusto por los tintos de la provincia de Aviñón, que ha conseguido que yo aborrezca los riesling, los elbling y todos esos vinos blancos que los luxemburgueses producen a orillas del Mosela. Recuerdo cómo a cada comida mi padre salía a pasitos cortos de la bodega improvisada en el desván con una botella de Lirac, de Châteuneuf-du-Pape o de Gigondas, sosteniéndola con emoción infantil para descorcharla y dejarla en el comedor unos minutos antes de sentarnos a la mesa. Veo sus mejillas redondas y coloradas, su sonrisa felina estirando el bigote gris y el guiño de su ojo izquierdo mientras me servía un culín de tinto aprovechando que mi madre recogía los platos. Recuerdo sus manos gruesas acariciando la etiqueta, leyendo con devoción cristiana la pequeña leyenda con la historia del vino, su proceso de elaboración, su maridaje. Después del postre salía al jardín y, palmoteándole el lomo a Fabius, que correteaba y ladraba en torno a él, bajaba hasta el final del terreno, donde unas parras raquíticas se encaramaban a la valla de metal que separaba nuestro jardín del de los Hilaire. En los últimos días de verano, el centro de la mesa se abarrotaba de racimos que picoteábamos con unas recargadas tijeras de plata que descansaban junto al frutero. Roquemaure, donde yo crecí, un pueblo tranquilo en el que los mejores momentos transcurrían en torno a una buena comida, alargando las

conversaciones sobre política, disputas familiares o asuntos económicos, que de niña escuchaba con más sueño que atención, dejándome acariciar por las palabras graves y pausadas que mi padre y mis tíos encadenaban mientras fumaban y untaban sobre los últimos pedazos de pan algo de pélardon, roquefort o camembert. Si en algún momento de la discusión mi padre se sentía acorralado por los argumentos de mi tío Vincent, entonces solía bajar el tono de la situación ofreciéndome alguna uva, o cambiando de tema para preguntarme si estaba cansada. Aún uso esta táctica tan simple si alguien intenta que me posicione sobre asuntos como la adecuación de alguna estructura fiscal a la realidad económica o el propósito último de ciertas transacciones de compraventa. Sin embargo, la mayoría de las veces, con alguna explicación enrevesada y maniquea los subordinados callan mientras asienten, tal vez por miedo a descubrir que no entienden el comentario deliberadamente rebuscado que acaban de escuchar, y los que sí son lo bastante inteligentes como para comprender que han escuchado algo incongruente también callan, pues entienden que no les conviene insistir en ciertos asuntos. Ese pacto de silencio no se detiene en mí, pues la oficina de Luxemburgo no es más que un eslabón que conecta con las sedes de Nueva York y Londres, donde otros asesores con más poder y experiencia que yo utilizan conmigo una condescendencia similar, llena de argumentos farragosos y silencios elocuentes para darme a entender que no quiero saber más de lo que ya se me ha revelado. Yo hacía preguntas insolentes a Didier cuando llegué aquí en el noventa y cuatro, preguntas que él evadía con un nerviosismo y una rabia que se han acentuado con los años. Comprendí que había cosas que debía deducir por mí misma, concentrarme a solas en las complicadas estructuras que antes dibujábamos sobre papel milimetrado y que ahora los becarios nos preparan con el

ordenador: rectángulos con el nombre abreviado de la empresa y su país de residencia (Irlanda, Luxemburgo, Caimán, Bermudas) unidos por gruesas líneas negras conectando la matriz (la de arriba) con sus subsidiarias (las de abajo), y flechas curvas indicando las transacciones. Préstamos, distribuciones de dividendos, renuncias, contribuciones: toboganes por los que el dinero fluye, rebotando de una caja a otra para que el activo y el pasivo de cada entidad estén siempre bien equilibrados y la base imponible se reduzca a cero. Me maravilla la precisión de algunas estructuras, la genialidad que esconden esas barrocas transacciones que explicamos a los clientes durante horas para que puedan entender que, al final, los dividendos llegarán sin menguar un ápice, aun a pesar del afán recaudatorio de los distintos países en los que operan. Tras veinte años trabajando en Luxemburgo, aún me sigue fascinando la eficiencia fiscal de algunos esquemas que Didier llegó a comparar con obras de arte («la Mona Lisa de las estructuras»). Y cuanto más se complican las leyes, más ingeniosas, sutiles y brillantes se vuelven las maneras de circunnavegarlas; y más aplomados, silenciosos y cerebrales se vuelven los asesores, que trabajan para nosotros abstraídos en una dimensión insondable de deducciones, exenciones y acuerdos de doble imposición: oficinistas zambullidos en el código luxemburgués de derecho fiscal, sumergidos en los impenetrables esquemas de cajas y flechas, más técnicos, asociales y numerosos en comparación con el pequeño grupo de seis o siete personas que formábamos el departamento de planificación fiscal cuando empecé a trabajar aquí. Entonces no había españoles, finlandeses, japoneses, mexicanos ni moldavos, sino que éramos casi todos contables franceses o belgas que cruzábamos a diario la frontera desde Arlon, Metz o Thionville. Las oficinas no eran el leviatán de acero y cristal junto a la autopista al que vamos a trabajar

ahora, sino que debíamos desplazarnos al centro de Luxemburgo, aparcar por los barrios de Belair o Hollerich y caminar hasta el edificio del boulevard Royal. Hablábamos en francés entre nosotros (ahora usamos el inglés para todo) y solíamos caminar juntos para comer el plato del día en algún restaurante cercano a la place D'Armes: *schnitzel, tarte flambée* o alguno de aquellos platos contundentes que Didier y los demás devoraban mientras discutían frenéticamente sobre política o inversión. Yo, como en Roquemaure, escuchaba en silencio, rumiando mi ensalada, pero ni distraída ni somnolienta como entonces, sino atenta a pesar de tener la mirada fija en mi plato: absorbiendo sus comentarios, sus ideas, sus opiniones. Siempre me llamó la atención la arrogancia con la que todos defendían sus posturas, sentenciando categóricamente el funcionamiento de la realidad en base a sus propias experiencias. En más de una ocasión pidieron mi opinión acerca de algún asunto polémico de política o economía al que solamente podría haber contestado con vaguedades, por lo que me limitaba a seguir el ejemplo de mi padre y le quitaba hierro al asunto, banalizando la conversación. Nunca me ha interesado discutir temas ajenos al trabajo, y en esos momentos sólo deseaba salir del restaurante cuanto antes para encerrarme en mi despacho y pasar las horas estudiando las estructuras corporativas de mis clientes. Desde nuestra pequeña oficina, cada vez más abarrotada, vimos cómo cada año que pasaba llegaban más extranjeros a la ciudad: Luxemburgo se inundaba de británicos, alemanes y chinos que empezaban a abrir sus primeras sucursales bancarias. Los portugueses estaban allí desde antes, concentrados en los barrios obreros de Bonnevoie y la Gare, sentados al fresco en sillas de plástico durante los húmedos días de verano, con sus cadenas doradas al cuello, descansando las cruces y las chapas de la virgen María sobre sus desnudas barrigas color canela. Recuerdo con asco cómo

me silbaban al pasar alguna noche de verano de vuelta a mi coche, con la falda corta y las piernas blancas. Esos silbidos ebrios y lujuriosos, los piropos roncos que gruñían a mi paso en un portugués espeso y desagradable contribuyeron a mi desprecio por el centro de Luxemburgo, que procuro pisar lo menos posible. No sé si seguirán allí los mismos gañanes que, tirados al sol con un botellín de Sagres en la mano, se dedicaban a incomodar a las jóvenes francesas con sus obscenidades intraducibles. Imagino que la ciudad habrá cambiado mucho y estará llenándose de toda esa gente joven que abarrota la oficina todas las mañanas: ambiciosos auditores, sesudos fiscalistas y brillantes consultores, pero también jóvenes banqueros, empleados de sociedades fiduciarias, asesores de fondos de inversión, analistas financieros, contables y expertos en capital privado o fondos de cobertura. El dinero pasa limpiamente por Luxemburgo, adoptando cualquier forma que sea necesaria para desembocar en el accionista, y los egresados de las facultades de Derecho y Económicas de toda la Unión Europea saben que Luxemburgo es un buen lugar para adquirir experiencia: un salario digno, horarios flexibles, carga de trabajo moderada y una seguridad social generosa. En suma, una buena oportunidad para todos los jóvenes bien preparados que, ante la perspectiva de trabajar explotados por un sueldo de miseria y bajo condiciones precarias, no dudan en salir de Grecia, Italia, Portugal, Irlanda, Polonia, España... ¿Cómo pueden decir personas inteligentes como mi tío Vincent que sitios como Luxemburgo son dañinos para la sociedad? Marie, no entiendo cómo puedes trabajar ahí, en el parásito de Europa, dice. Entiendo que una persona poco informada, alguien simple, pueda tener una visión de la realidad distorsionada por el sensacionalismo y se deje arrastrar por la opinión mayoritaria de que las grandes multinacionales se aprovechan de los lugares en los que las

regulaciones fiscales son más relajadas para evitar el pago de impuestos en sus países de origen y así poder engrosar las carteras de sus accionistas. Pero tú no, Vincent. Tú deberías saber que esta interpretación pueril choca con la realidad de miles de trabajadores satisfechos, empresas que crecen y aumentan su plantilla, revitalizando el comercio, reinvirtiendo la ganancia, haciendo que los flujos de dinero no se queden estancados y, al margen del ineficiente sector público, asignen a cada cual los recursos necesarios a través del incentivo económico, señal de que alguien en algún sitio necesita algo. ¿O acaso no obtienen beneficio de nuestros servicios fiscales, no ya nuestros becarios del sur de Europa (de países de gran tradición izquierdista en los que tanto se presume de querer proteger a los ciudadanos con un Estado social que termina siendo absolutamente ruinoso, corrupto e ineficiente), sino los miles y miles de asalariados de nuestros clientes? Vendedores, dependientes, camareros, mecánicos: todos ofrecen bienes y servicios al gran público a un precio competitivo, un precio bajo que de otra manera —si la voracidad del Estado no pudiera ser esquivada— se situaría muy por encima del poder adquisitivo de gentes de extracción humilde. El beneficio que una multinacional oculta a los países en los que opera gracias a nuestra planificación fiscal no significa que vaya a parar totalmente a los bolsillos de sus accionistas, sino que una parte es picoteada por asesores, otra por abogados, una tercera por contables y así el capital sobrante revierte en la sociedad de una forma mucho más eficiente de la que cualquier Estado demasiado corrupto para asignar adecuadamente sus recursos sería capaz. Muy duras fueron las palabras de Vincent la última vez que nos vimos en aquella cena de Navidad de hace seis años, una sombra miserable y patética de las animadas reuniones familiares que acostumbrábamos a organizar en fechas señaladas. Es verdad que Vincent ya estaba mayor y se

había vuelto muy áspero, amargado por la vejez: Cómo no te da vergüenza dedicarte a eso, Marie, eres un vasallo de los poderosos, les escondes el dinero a cambio de migajas, dejas a tu país sin fondos, para que luego tengan que subirnos los impuestos a los que no tenemos escapatoria... Lo siento, Vincent, pero el dinero que se ahorran no iría a pagar hospitales, carreteras y gendarmerías, sino a los bolsillos de políticos y burócratas corruptos; se diluiría en pequeños billetes que acabarían en las gomas de los tangas de las strippers; se convertiría en el residuo de polvo blanco que flota en los tanques de los retretes más selectos de París; en los bistecs, el caviar, el Moët & Chandon y los centollos, bogavantes y ostras que consumen los políticos a costa de nuestro esfuerzo. Vincent, somos esclavos de unos pocos burócratas que se lucran con nuestro sudor. Trabajamos para ellos diez de cada doce meses, y tú pides alimentar al monstruo con más dinero. No te entiendo. Precisamente tú, que has tenido que cerrar muchos de tus negocios asfixiado por la cuota de autónomos, el impuesto de sociedades, de patrimonio, el IVA, y luego otra vez el impuesto sobre la renta, más IVA, impuestos especiales sobre tus Gauloises y tus Chartreuses. No sólo no me da vergüenza trabajar eludiendo impuestos, sino que me enorgullece, estoy convencida de que, de alguna forma, ayudo a crear un mundo mejor, que es algo que un recaudador de impuestos o un burócrata jamás podrá decir. Vincent calló y clavó la vista en su plato, decepcionado. No se sintió derrotado por la superioridad de mis argumentos, sino porque defendí esos argumentos. Yo, que cuando murió papá me convertí en su niña. La adolescente de aspecto rebelde que se escapaba de casa con un pintalabios negro en el bolsillo para coger el autobús a Aviñón y pasar las tardes con chicos mayores que leían filosofía, tocaban la guitarra, fumaban y escuchaban música extraña. Me reunía con un grupo de gente que vestía de

negro y cantaba canciones tristes, bebía botellas de vino barato en la plaza del Palacio de los Papas riéndose de los turistas y espantando a las palomas, todos sentados en la escalinata o contra un muro. En verano nos quedábamos toda la noche al fresco, fumando cigarrillos y hablando de la muerte, deprimiéndonos con historias sobre el absurdo de nuestra existencia, citando mal a Sartre y a Camus sin haber leído más que fragmentos o, como mucho, *El extranjero*: recuerdo la edición de bolsillo hecha trizas que me prestó Loïc y que jamás llegué a terminar. Loïc, que fumaba un paquete de tabaco tras otro y vestía siempre una cazadora negra de cuero con cadenas plateadas colgando por todas partes. Llevaba un pendiente en forma de cruz en su oreja izquierda y un pelo negro, espeso y revuelto que le cubría toda la cara. Se daba un aire a Nicola Sirkis y solía hablar poco, con sus pequeños ojos de vasco fijos en algún punto indeterminado de la plaza. Tenía un apellido complicadísimo que me aprendí de memoria. Atorrasagasti. Me dijo en una ocasión que sus abuelos habían escapado de España con su padre en brazos a causa de la guerra civil. Sin embargo, se metieron en otra guerra al llegar a Aviñón y su abuelo tuvo que continuar luchando con la resistencia hasta el cuarenta y cuatro. Me dijo que le propusieron volver a cruzar la frontera para seguir peleando con el maquis español y tratar de liberar España de los fascistas, pero ya estaba muy cansado y, como por lo visto solía comentar, ya había estado demasiado cerca de la muerte, demasiadas veces. Encontró la tranquilidad en Provenza, decía, y yo me alegraba de la decisión de su abuelo, porque así podía pasar las tardes de verano con él y sus ojos tristes, que siempre esquivaban los míos y se clavaban en la punta blanca de sus deportivas de tela mientras murmuraba cosas, a veces bonitas, como: Me gusta tu pintalabios. Luego entornaba los ojos mientras daba una calada a su cigarrillo y compartíamos el silencio, apartados del resto del grupo. Loïc

vivía en Saint-Chamand y era algo mayor. Había terminado sus estudios y no sabía muy bien qué hacer ese verano en el que tendría que haberse matriculado en la universidad, y yo estaba entre el *collège* y el *lycée*. Loïc pensaba hacer un viaje por España, o tal vez bajar hasta Marruecos y tener un año libre antes de empezar a trabajar, o quizás matricularse en Filosofía o Bellas Artes. Cuando mi madre se enteró de que me juntaba con gente como Loïc, supongo que se preocuparía, pero sabiendo que iba a estudiar en el *lycée* en Montpellier, decidió ser permisiva con mis amistades durante ese verano. Todo estaba ya encauzado y un poco de rebeldía adolescente podía permitirse. Que se desfogue un poco, decía Vincent a mamá. Mejor que suelte un poco de vapor ahora a que estalle la olla en Montpellier. En los últimos días del verano, Loïc me regaló un siete pulgadas de The Cure con la canción «Killing an arab» en un lado, y «Boys don't cry» en el otro. La portada en blanco y negro con los ojos tristes de un anciano era inquietante, pero fue el regalo que más ilusión me ha hecho y que me ha acompañado toda mi vida: de Aviñón a Roquemaure, luego a Montpellier, de ahí a Estrasburgo y finalmente a Luxemburgo, donde aún lo guardo en algún cajón porque ya no tengo tocadiscos. Mi casa está en las afueras del barrio de Belair, donde los terrenos son más grandes y las construcciones más modernas y dispersas. Se encuentra a una distancia razonable del centro (doce minutos en coche, cuarenta y cinco a pie), y las calles son tranquilas, sólo hay cuarentonas paseando perros ridículos y parejas jóvenes caminando con niños pequeños al hombro u orbitando a su alrededor con triciclos de colores. Mi casa podría albergar a una familia numerosa de niños con el pelo rubio correteando por el jardín que solamente uso para hacer estiramientos y que una legión de jardineros invisibles mantiene en perfecto estado: las ramas bien podadas, el césped cortado a ras, la hojarasca en bolsas de plástico junto a la

entrada para el servicio de recogida. Salgo a correr por el barrio residencial al anochecer, paso por delante de casas solitarias y Mercedes mal aparcados, veo a un par de adolescentes esperando al autobús y me pregunto si su vida será tan aburrida como parece: se entretienen deslizando frenéticamente sus dedos por la pantalla de un teléfono móvil que comparten chocando las sienes para ver vídeos, leer mensajes, escuchar canciones; todo el entretenimiento que les puede ofrecer Luxemburgo un jueves a las ocho de la tarde es el que tienen en ese aparato, pues la ciudad está muerta por dentro y por fuera, con unas capas de pintura extendida a brochazos imprudentes, pero absolutamente muerta, sin ningún aliciente para quedarse aquí. Quiero decirles: Corred en cuanto podáis, id a Frankfurt o a Estrasburgo a estudiar una carrera y no volváis por aquí, no echéis la vista atrás, pues no vais a encontrar más que restaurantes de medio pelo con las ínfulas de dos estrellas Michelin que no tienen, supermercados mugrientos con vino riesling demasiado caro, coches de alta gama de los que los contables y los abogados se deshacen cada dos años, conductores de autobús temerarios, fumadores empedernidos y tristes esposas alcohólicas sin afición alguna; tiendas mediocres con ropa horrenda, cara y de mala confección, pasada de moda; calles a medio hacer, obras ruidosas, zanjas infestadas de portugueses con sus picos y sus palas, con sus colillas en la boca, graznando como cuervos al paso de cualquier mujer; domingos de comercios cerrados; insulsas excursiones a Remich, a Vianden, a Septfontaines, a Ansembourg, a Esch, a Bettembourg; chinos con esmoquin y vagabundos borrachos en los soportales de la avenue Monterrey; gentes de la frontera paseándose en traje los sábados después de comer, paletos de Schengen, Apach, Perl, Oberleuken, Rodemack, Hagen o Wincheringen que suben y bajan la rue Philippe II como si fuesen los amos de la ciudad,

comprando pañuelos de Hermès para que sus mujeronas se los aten de mala manera a sus cuellos bovinos, antes tostados al escaso sol del verano o repelados y resecos por el frío y la escarcha de los campos de mostaza, de las granjas lecheras, de los viñedos que alguna legión romana muerta del asco importó a este páramo de hielo y barro para poder matar el tiempo emborrachándose; mujeres hoscas, de nariz redonda, uñas de colores tóxicos y pelo cardado, agarradas de los brazos de sus maridos barrigones con el bigote mal recortado y manazas de labrador, señores rozando los sesenta que se hacen los burgueses decimonónicos porque vendieron un campo de patatas en Kirchberg y pegaron el pelotazo; pero sobre todo hombres con traje, cientos de hombres jóvenes con traje y una erección en los bolsillos, la corbata aflojada, tomando una pinta de cerveza Battin o un tercio de Chouffe, Leffe o Chimay en bares oscuros, con el codo apoyado en la barra, esperando su turno para hablar con la primera mujer que baje por las escaleras del tugurio; hombres trajeados que esperan en todos los bares de la ciudad, sean tabernas irlandesas de tercera o terrazas en las azoteas del centro, en las que paladean gintonics o vasos anchos de whisky con hielo, la copa entre los dedos, balanceándola con ostentación, preguntándose por qué demonios la cantidad de hombres dobla a la de mujeres en cualquier local del maldito Gran Ducado, por qué es tan difícil encontrar una chica decente y, en cuanto ven a una, se lanzan sobre ella como una manada de hienas febriles, babeantes, desesperadas, a la yugular sin piedad, agresivos, ofreciendo cigarrillos, copas, botellas de champán, conversación insulsa y una compañía que necesitan ellos mucho más que nosotras. Me cuesta creer que haya aguantado tanto tiempo trabajando en Luxemburgo, ciudad que al principio odié y que ahora sencillamente me repugna: detesto sus gentes, sus costumbres y su arquitectura; su vino, su comida y sus fiestas; su gobierno,

su cultura y sus ínfulas. De no ser por Jacques, me hubiera marchado al segundo año. Pero ¿adónde hubiera ido? ¿A Roquemaure para pudrirme en una gestoría? ¿Quedarme embarazada de un vinicultor del Ródano y dedicarme a ordenar cajas de zapatos en la tienda de mi hermana? ¿O tal vez ir a París a competir contra todos los hijos de papá con sus títulos de La Sorbona, sus carnés de colegiados y sus listas de contactos? Me quedé en Luxemburgo con Jacques, que trabajaba en banca privada, dando tumbos por las sucursales bancarias de otros paraísos fiscales: Suiza, Andorra, Hong Kong. Jacques siempre iba impecablemente vestido, incluso con traje de tres piezas en invierno. Jacques entornaba los ojos al fumar como un actor del viejo Hollywood. Jacques siempre llevaba el pelo bien cortado y peinado, los zapatos embetunados y cepillados, el abrigo entallado, el último botón de la americana desabrochado, la correa del reloj a juego con la piel del cinturón, el cinturón a juego con los zapatos. Jacques, con las uñas limpias y relimadas, el mentón afeitado a cuchilla y perfumado con loción dulce, sí, pero también fuerte, aguada, dura, impenetrable, misteriosa. Tal vez demasiado delgado cuando lo conocí: no era capaz ni de hacerse una tortilla en ese estudio suyo de Thionville en el que se preparaba bocadillos, calentaba pizzas y untaba queso sobre pedazos de pan. Qué más daba, si acostumbraba a cenar fuera, siempre en restaurantes excelentes con servilletas de tela y una buena carta de vinos. Comida francesa, sin excepción. ¿De dónde venía Jacques? La mayoría de los franceses que trabajaban en Luxemburgo salían de pueblos atroces del norte de Francia y vestían brillantes trajes negros dos o tres tallas demasiado grandes, camisas oscuras y corbatas estridentes. Perillas, gomina y flequillos disparados, esclavas en las muñecas y zapatos de punta. Jacques vestía como un británico, con el paño suave de sus trajes y los zapatos casi siempre negros:

oxford y derby. Las corbatas las coleccionaba poco a poco entre navidades, su cumpleaños y un capricho o dos que se daba al año: Hermès, Cartier, Yves Saint Laurent... Sedas nobles y deliciosamente coloridas: burdeos, azul marino, nunca más de tres colores en una corbata, por lo general dos. Jacques parecía un estudiante de la Ivy League los viernes, cuando se ponía la americana cruzada, la corbata a rayas diagonales rojas y blancas, los chinos color crema. Una veía a Jacques y sabía que iba a llegar alto. Su forma de coger los cubiertos era naturalmente elegante, no a la manera aristócrata del niño que ha sido reprendido durante años para que adopte la postura correcta, sino como sólo las gentes educadas y cultas pero sin mucho dinero de las provincias son capaces de enseñar a sus hijos: una delicadeza sobria, parca en detalles, económica de movimientos, pero escrupulosamente correcta. La boca cerrada, la espalda recta, los dedos en su sitio, alejados del filo del cuchillo, de los dientes del tenedor. La mano izquierda apoyada en la mesa con pudor. Jacques era cauto, sonriente, correcto y limpio, muy limpio: cada tres semanas se cortaba el pelo, y se afeitaba la cara con la navaja de barbero de su abuelo, que afilaba con el mismo cariño con el que embetunaba sus zapatos: para cada objeto, una manera de cuidarlo. Jacques, de madre maestra y padre militar que se pasó gran parte de su vida trabajando en una aseguradora en Metz al salir del ejército. Disciplina, orden y limpieza. Sobriedad y corrección. El primero de la familia en llegar a la universidad. Lleno de ambición, estudió empresariales con la idea de hacerse rico. Destacó en contabilidad, y de ahí a Luxemburgo a cuadrar balances, prestando atención a las astucias fiscales: ¿adónde van esos híbridos que se prestan unas subsidiarias a otras? ¿Es un activo o un pasivo? ¿Por qué todas las empresas están en pérdidas, devolviendo intereses altísimos que se comen sus millonarios beneficios? Siempre encantador, sonriente y

repeinado, Jacques el de la americana bien cepillada, la raya del pantalón impecable, los bajos a la altura adecuada (a dos dedos de la suela, una ligerísima arruga en la parte frontal) no tardó en llamar la atención de los banqueros suizos y de ahí hacia arriba: más sueldo, más horas de trabajo, más clientes importantes, más contactos con altos directivos, exitosos empresarios y políticos discretos. ¿Qué vio Jacques en mí? Estaba claro que sus objetivos eran más altos: la hija de algún hombre adinerado o un bonito apellido de París. Desde luego, nada de por aquí. Supongo que mis ventajas eran dos: el padre muerto que no pudiese reprobar sus orígenes más bien humildes, por un lado (la maestra, el soldado metido a vendedor de seguros); la libertad de movimientos que yo le daba al no estar atada a ningún lugar, por otro. También nos hacíamos mucha compañía al principio, cuando no había que trabajar tanto (no llevábamos más de dos años en Luxemburgo, teníamos veintiséis y veintisiete años), y nos íbamos en tren a Bruselas, a Frankfurt, a Basilea. Pasábamos poco por casa de nuestros padres, aunque cuando conocí a los suyos nos llevamos bien: gente educada y agradable, como el hijo que habían criado. Callados, lectores, atentos y generosos. Les gustó mi forma de vestir, discreta pero, decían, elegante y con personalidad. Mi pelo rubio, bien cepillado, lo llevaba bastante corto entonces. Procuré ser agradable, llevar siempre regalos: botella de vino, flores, bombones. ¿A tu padre le gustará que le lleve algo de queso? Eran buena gente. Formábamos un buen equipo, Jacques y yo, dos jóvenes ambiciosos, guapos y bien vestidos, ambos ascendiendo en nuestras empresas con diligencia inexorable. Adictos a nuestro trabajo, el poco tiempo libre del que disponíamos lo pasábamos juntos, cenando en algún buen restaurante, yendo al cine o quedándonos en casa con una botella de vino y algo para picar: fruta, queso, embutido. Cada dos o tres años nos mudábamos a un piso

mejor, a una casa más grande. Las cosas iban bien si estábamos juntos. Viajamos por el mundo y descubrimos Nueva York, Londres, Tokio, Roma, Barcelona, Pekín, Sidney, Buenos Aires. Mi madre, ya vieja, lo llegó a conocer y le gustó, pero me hizo una advertencia: Este hombre es muy presumido, ten cuidado. Hasta donde yo sé, Jacques nunca me fue infiel, ni siquiera cuando decidimos separarnos, educada y civilizadamente, sin dramas. Porque Jacques era, ante todo, un tipo correcto. No, ante todo era un tipo ambicioso, pero no lo mostraba. Lo que compartía era su corrección, siempre con una sonrisa y una palabra agradable para quien pasara unos minutos en su compañía. Tenía anécdotas simpáticas que repetía en grupos y sólo las personas más suspicaces dudaban de su veracidad. Pero iba tan bien vestido, era tan agradable y aparentaba tal falta de arrogancia que su simpatía milimétrica resultaba cálida. Nos casamos por lo civil en Roquemaure poco después de la muerte de mi madre. Mi tío Vincent acudió: recuerdo que me abrazó emocionado, y creo que en algún momento de la cena se tapó la cara para ocultar una lágrima. La ceremonia fue sencilla, la cena abundante. Nadie del trabajo, ni conocidos ni parientes lejanos. Fuimos a Cuba de luna de miel. Tras la boda, las cosas se sucedieron con rapidez: los ascensos, la compra de la casa, la niña. Nos hicimos a la vida conyugal en Luxemburgo, paseando por el enorme parque que atravesaba la ciudad, jugando con Joséphine en el enorme barco pirata junto a la avenue de Monterrey los domingos lluviosos y fríos en los que podíamos descansar unas horas y dejar las hojas de cálculo, los informes, los memoranda y los acuerdos fiscales. Procuré tomar el menor tiempo posible de baja maternal, ya que no estaba dispuesta a ser despedida, o relegada, o despreciada. Quería ser una más y demostrar que, a pesar de haberme quedado embarazada, podía seguir rindiendo al ritmo de los mejores. Hasta Didier, que expresó sus reservas a la hora de readmitirme con un

ascenso que me correspondía («La baja maternal te habrá oxidado, deberías volver a tus funciones poco a poco», dijo), acabó alabando mi trabajo y reconociendo su error al haberse mostrado reticente. Ascender en la empresa, pese a que implicaba una gran cantidad de trabajo, no era tan complicado: la elevada rotación de personal (casi nadie aguantaba Luxemburgo más de cinco años) hacía que el camino se despejara con el tiempo y hubiese una oportunidad para quien supiera esperar el momento adecuado, que por lo general se presentaba más pronto que en otros países: mis compañeros de la facultad de Estrasburgo, muchos de los cuales acabaron en despachos de abogados en París o Lyon, seguían luchando a machetazo limpio por un aumento de sueldo, por un ascenso raquítico o simplemente por no ser despedidos. La competencia en un país «de verdad» era brutal, mientras que lo brutal en Luxemburgo eran el aburrimiento, la soledad y la sensación de estar en un lugar muerto en el que nada ocurría y nada importaba. De no ser porque el trabajo ocupaba la mayor parte de mi tiempo y que, en caso de disfrutar de algo de tiempo libre, siempre lo pasaba en familia, hubiera regresado a Francia. Me habría instalado en el sur para pasar el resto de mis días en un modesto despacho de fiscalistas resolviendo asuntos aburridísimos: las estructuras fiscales transcontinentales y los complicados sudokus financieros no podría verlos allí y, ya que iba a pasar gran parte de mi vida trabajando, ¿por qué no hacerlo en algo interesante? Sin embargo, no creo que a Jacques le importara tanto la sustancia de su trabajo, que realizaba con un insaciable apetito de grandeza. Cambió de trabajo tres veces, trepando lateralmente, saltando de un banco suizo a otro chino, y de ahí otra vez al suizo, siempre mareando a sus clientes, que lo seguían como a un profeta. Así, no es de extrañar que Luxemburgo se le quedara pequeño: tenía que seguir creciendo. Paralelo a su

éxito iba el mío, aunque fiel a mi empresa, que no ofrecía nada muy distinto de los otros tres o cuatro competidores: asesoría fiscal internacional y servicios de contabilidad, auditoría y administración a grandes multinacionales que deseaban establecerse en Luxemburgo por motivos fiscales. En algún momento trataron de tentarme con algo más de sueldo, con promesas vagas de más responsabilidad, pero yo quería llegar a lo más alto en mi empresa. El Olimpo de los socios, todos hombres de pelo cano, chaqueta y corbata, era el fin último, la meta. Quería probarme a mí misma y a todas las mujeres que conocía que era capaz de codearme de tú a tú con los hombres más poderosos de mi entorno, lograr que me viesen como a un igual, estrechar las manos que manejan el mercado con pulso firme, la mirada fija y fuerte. Qué lástima me da cuando veo a ciertas feministas hablar de nuestra lucha, de la sororidad y del heteropatriarcado, olvidando a las mujeres que hemos llegado a lugares a los que ninguna había llegado antes. ¿Acaso no es también un triunfo para la mujer el haber conseguido ocupar un cargo directivo antes reservado a varones de pelo cano? El capitalismo es machismo, dicen, pues lleva enquistada la opresión de la mujer, y no luchar contra él es seguirle el juego. Que se pierdan en debates estériles sobre feminismo, marxismo y sororidad. Yo sigo trabajando, sé que he logrado algo grande. Veo a mi hija Joséphine y espero que algún día se dé cuenta de todo lo que he sacrificado por ella: el tiempo, el marido, la salud... Espero que mi hija recoja el testigo de la fuerza de su madre: que sepa de la importancia del trabajo y que descubra que al final una sólo obtiene reconocimiento de una misma. La satisfacción del trabajo bien hecho. Ahora que he llegado hasta aquí, largarme significaría reducir mi calidad de vida, empezar en un territorio hostil; pese al aburrimiento mortal de este pequeño país, estoy absorbida desde hace años por un trabajo que estruja mi cerebro al límite, me enseña algo nuevo cada día

y me pone a competir con mentes brillantes, obligándome a ser mejor.

SÁBADO

1

Digiacomo despertó con un estruendo en el piso de arriba como de muebles cayendo al suelo: su padre salía de la cama. Intentó volver a conciliar el sueño, pero estuvo más de cuarenta minutos encadenando un pensamiento con otro: «¿Qué hora será?, ¿las ocho?, ¿por qué se ha levantado mi padre tan pronto?». Oyó cómo bajaba pesadamente las escaleras, con dificultad. Lo imaginó en la cocina, preparando café: oyó abrir el grifo, correr el agua. Supuso que su padre estaría limpiando la cafetera: primero el filtro, golpeándolo contra el canto del cubo de basura para tirar el poso húmedo y enmohecido. Luego, aclarando las tres piezas con agua, una a una, alcanzando después un trapo para secarlas. Supuso que abriría el bote de Lavazza y armaría el aparato: lo depositaría sobre el fogón y encendería el gas, acercando la boca del mechero de cocina. Clic, clic. Pronto, el aroma a café se extendería por la casa y Digiacomo empezaría a notar el hambre: ¿qué había para comer? ¿Aún quedaban cereales? Probablemente tendría que acercarse al supermercado, para lo que tendría que vestirse, para lo que tendría que ducharse, para lo que tendría que salir de la cama. Digiacomo tenía la costumbre de ducharse todas las mañanas sin falta, algo que sus padres le habían inculcado en la tradición de un país caliente: la higiene había que cuidarla escrupulosamente. Imaginó la pereza de buscar

una toalla (aunque es posible que su padre no hubiese echado a lavar la que había dejado en el baño cuando estuvo la última vez), de enjabonarse con los productos de su padre. Lavarse los dientes con el estómago vacío, aplicarse el desodorante y volver a la habitación para vestirse. Sin embargo, al bajar las escaleras y salir a la calle (el cielo estaba despejado, notaba los rayos de sol que se colaban por las rendijas de la persiana), se despejaría bajando por la calle adoquinada con la bolsa de plástico hecha un gurruño en la mano, camino del Delhaize. Se cruzaría con las gentes que merodean por la place SaintLambert los sábados por la mañana: viejecillas abrigadas con gruesas chaquetas, desorientados supervivientes de la noche anterior, madres con sus carritos, algún ciclista, un par de policías... Y tal vez las primeras faldas del día: piernas robustas de chicas belgas con el pelo rubio y la sonrisa angelical, pero los ojos duros, la mirada viva y atenta. Con solo imaginárselas, Digiacomo, en su cama, se llevó la mano a la entrepierna, caliente y resudada. Acto seguido, acercó la mano a la nariz y aspiró el aroma agrio que impregnaba su escroto. Volvió a bajar la mano y comenzó a masturbarse, pensando en las chicas de Lieja que enseñaban las piernas en la rue des Dominicains. Se acordó de una de ellas, que una vez le dedicó una mirada, tal vez de asco, tal vez de deseo, cuando él se dirigía a la tienda de cómics hace mes y medio. La recordaba bien, tenía el pelo castaño, recogido en una coleta lateral que le caía por el hombro, de una longitud similar a la coleta que llevaba el propio Digiacomo para mantener en orden su enmarañado pelo negro. Se cruzaron en la esquina con la rue Georges Clemenceau, a la altura de la carnicería. La mirada penetrante, sus ojos azules, hicieron perder a Digiacomo el hilo de sus pensamientos, y siguió andando hasta la catedral, pasando de largo la tienda de cómics. De ahí pasó a su fantasía más recurrente: regresaba a la tienda y se encontraba, en la

sección de cómics japoneses, a una chica bajita, delgada y de pelo rosa, vestida con una camiseta de Totoro y los ojos pintados muy negros. No sabía cómo, pero empezaría a hablar con ella y a compartir sus gustos: él le enseñaría a los grandes del cómic americano: Eisner, Moore, Miller... Ella le enseñaría las sagas de Tezuka. Sin embargo, y a excepción de alguna chica que entraba atraída por las figuritas de Tintín que exhibían en las vitrinas ubicadas junto a la entrada, la tienda siempre estaba llena de hombres, o de mujeres que parecían hombres.

Incapaz de terminar, Digiacomo se dio por vencido y saltó gruñendo de la cama. Subió la persiana, abrió la ventana y respiró el aire viciado del absurdo patio interior. Dejó la ventana entreabierta para ventilar el cuarto y se dirigió a la cocina, donde su padre permanecía sentado, sirviéndose una segunda taza.

—Buenos días. ¿Quieres café? Puedo hacer más.

—No, gracias. Voy a salir a por algo de desayunar.

Digiacomo se sirvió un vaso de agua y se quedó de pie frente a su padre, que respiraba con dificultad y miraba por la ventana mientras se calentaba las manos con la taza. Hacía algo de frío en la cocina. La calefacción estaba apagada. Carlo, llevándose entonces una mano a la cabeza, agachó la mirada y la dirigió a su café, negro y humeante, fuerte. Aspiró su aroma y entornó los ojos, deleitándose con el olor intenso de la bebida. Al respirar hondo, su pecho se hinchaba, apretando la cadena que llevaba al cuello contra la camiseta interior llena de lamparones que usaba para dormir. El pantalón de pijama a cuadros escoceses era nuevo, un regalo de su hijo. El padre iba descalzo, apoyando los pies desnudos sobre la madera áspera y crujiente.

—Tengo manzanas en la nevera, si quieres.

Con la idea de comprar algo dulce, el hijo apuró el vaso de

agua y dejó a su padre en la cocina. Se duchó y vistió como había planeado. El agua bien caliente chorreó con fuerza contra su espalda, a punto de arrancarle la piel. Cuando salió por la puerta, su padre seguía en el mismo sitio, en silencio.

Hacía un tiempo de primavera. Digiacomo no acababa de comprender cómo Luxemburgo podía tener un clima tan malo: la niebla, la lluvia, el viento. Según uno se adentraba en Bélgica con el coche o con el tren, el cielo se iba despejando. Se paseó sin prisa hasta la place Saint-Lambert, donde vio el público que había imaginado en su cama, además de un grupo de boy scouts que bajaba un autobús para adentrarse en el centro de la ciudad. Las viejecitas fueron entrando en la Galerie, y Digiacomo, de camino al supermercado, se paseó por la FNAC y curioseó la generosa sección de cómics. Entró en el Delhaize y compró una bolsa de gofres Lotus, un cartón de leche y un paquete de galletas de chocolate. También compró, pensando en la comida, unas latas de raviolis con tomate. De vuelta a casa, como durante el resto del trayecto, no pensó más que en las actividades que realizaba: caminar, meter productos en la cesta, caminar otra vez. Había olvidado por completo que vivía y trabajaba en Luxemburgo. Su cabeza estaba vacía, sin ningún pensamiento que enturbiase la agradable sensación de llevar a cabo con diligencia una tarea sencilla, comprar el desayuno, pasear por Lieja una soleada mañana de primavera.

Al llegar a casa se encerró en su habitación. Sacó el ordenador de empresa y se puso a trabajar: además del encargo de Harm Hillen, tenía otras cosas que hacer. Se conectó a internet por VPN y se puso a ello mientras escuchaba música con sus cascos conectados al teléfono móvil. El tiempo pasó rápido, y antes de que pudiese atender a la búsqueda del filtrador de documentos se hizo la hora de comer. Salió al salón, donde su padre veía la televisión con una cerveza en la mano y un cigarrillo apagado en la boca.

2

Apoyado contra un murete, Rodrigo contemplaba las formas limpias y curvas de la Philarmonie mientras esperaba a Pablo, que se retrasaba. Sacaba el móvil del pantalón, pulsaba el botón del borde superior para consultar la hora y volvía a guardarlo en el bolsillo. El cielo estaba gris otra vez, con la niebla en retirada. Finísimas gotas de lluvia caían sobre el pelo revuelto de Rodrigo, por el que se pasaba la mano cada cierto tiempo, intentando mantener en pie un flequillo que se derrumbaba sin remedio en cuanto volvía a meter la mano en el bolsillo. El asfalto parecía limpio y brillante, pulido. Olía a barro, a césped y a agua.

Tras veinte minutos de espera, apareció Pablo en su coche de empresa, un Audi A3 negro con matrículas de plástico amarillo, la del morro estrellada de pequeños insectos. El vehículo frenó mientras se encendían las luces de señalización y, una vez detenido, Rodrigo abrió la puerta trasera derecha. Pablo echó un vistazo al interior: en el asiento del copiloto había una chica morena, una rubia en el de atrás. Subió al coche, se sentó junto a la rubia y al cerrar la puerta escuchó el ruido débil y crujiente de una emisora de radio emitiendo en francés las noticias de las diez y media.

—Lo siento, macho, al final me ha costado levantarme esta mañana.

—No te preocupes, yo también he llegado un poco tarde —mintió Rodrigo.

El Audi arrancó con un rumor y Pablo presentó a las chicas:

—Rodrigo, éstas son Marta y Guilia.

—¿De dónde sois? —preguntó Rodrigo.

—Canarias.

—Milano —respondió la rubia.

—Ah, pero ¿hablas español?

—Soy traductora en el Tribunal Europeo de Justicia —explicó orgullosa.

—Yo trabajo con Pablo, acabo de llegar para unas prácticas —dijo la morena, que se llamaba Marta.

—La pobre no sabe dónde se mete —bromeó Pablo mientras miraba a Rodrigo por el retrovisor, arqueando las cejas y sonriendo como un dibujo animado.

Pulsó el encendedor del coche y se palpó los bolsillos con la mano derecha (la izquierda sujetando el volante por la parte inferior, el codo apoyado en la puerta), buscando el paquete de tabaco.

—No os importa que fume, ¿verdad?

Ofreció un cigarrillo a Marta.

En pocos minutos, el coche atravesó Limbertsberg, Belair y Hollerich, bajando por la Route d'Esch hasta incorporarse a la autopista E-25, dirección Bélgica.

—¿Alguno ha estado antes en Arlon? —preguntó Pablo.

Arlon, la ciudad belga más próxima a Luxemburgo, a escasos quince minutos en coche. Ciudad vieja de provincias, disfrutaba de cierta prosperidad por la gran cantidad de *frontaliers* que se instalaban allí por un precio módico y todas las mañanas se desplazaban a Luxemburgo para trabajar.

—Por lo visto es una ciudad muy deprimente, aunque muchos belgas de la oficina viven allí —dijo Marta.

—Pues a mí me han contado que las fiestas del Maitrank están muy bien. Va gente de los alrededores y el pueblo se llena de borrachos atraídos por la bebida gratis —dijo Pablo.

—¿Bebida gratis? —preguntó Rodrigo.

—Hacen una especie de vino que reparten durante la fiesta.

Marta cambió de emisora hasta que encontró algo de música. Entraron en Arlon escuchando música de fondo y a Pablo en la superficie, que hablaba sin parar mientras gesticulaba con el cigarrillo en la mano, prestando atención a la carretera, al

cenicero, a la música, a la conversación; todo al mismo tiempo, mirando a los ojos de cada interlocutor a través del retrovisor.

Aparcaron junto a la iglesia de San Martín y fueron hacia el centro por calles adoquinadas, deteniéndose a mitad de camino para entrar en una pastelería.

—Aún tenemos tiempo para desayunar algo.

La pastelería, situada en una calle en obras —la acera levantada, destripada de cañerías— pero sin un solo obrero, tenía las puertas de aluminio, el mostrador de aluminio, de aluminio las sillas y las mesas. Todo lo demás: vidrio, manteles blancos, papel encerado, repostería y un débil aroma a café y chocolate. Los españoles saludaron y pidieron cruasanes, napolitanas de chocolate, cafés con leche; la italiana, un sándwich de jamón y queso que rescató de una nevera atiborrada de refrescos, botellas de agua y Cécémel. En cuanto se sentaron, llegó un breve silencio incómodo que Pablo rompió en cuanto pudo:

—Bueno, ¿qué? ¿Ya te han echado del trabajo?

—Vamos, hombre, no me jodas —respondió Rodrigo entre risas nerviosas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marta, apartándose los rizos negros de la cara.

—Aquí el figura, que ha robado información confidencial y nos va a invitar a copas con el dinero que se ha sacado —bromeó Pablo.

Las chicas miraron a Rodrigo, que forzaba una sonrisa helada, sin comprender del todo la gracia.

—No, coño. A ver. Lo que pasa es que se han filtrado a la prensa unos documentos sobre las estructuras fiscales de nuestros clientes.

—¿Tú también eres auditor?

—Fiscalista.

—Ah.

—El caso es que han salido en todos los periódicos y nadie sabe quién ha robado los documentos ni cómo. Y se está armando un jaleo de la hostia.

—Pero ¿aún no habéis cogido al ladrón? —preguntó Pablo.

—Pues, que yo sepa, no —contestó Rodrigo, inquieto.

—Joder, macho, no me extraña que os roben. Sois un poco ineptos, ¿no? En mi oficina, en cambio...

Pablo pasó entonces a escupir una hagiografía de su empresa, salpicada de anécdotas absurdas: las generosas dietas, las comidas gratis, los jefes comprensivos, el buen ambiente, las chicas guapas y las secretarias atentas, las oficinas amplias, las sillas cómodas, los ordenadores modernos y finos, los móviles de última generación cortesía de la casa, las cervezas gratis los jueves con el equipo, la pachanga de los martes en el campo de fútbol de Hollerich, los viajes de esquí, los descuentos en los conciertos, el relajado código de vestimenta, los descansos para fumar, la confianza depositada en los empleados y un sinfín de bondades que la empresa de Rodrigo, que decidió callárselo, también proporcionaba de manera idéntica a sus asalariados.

—Qué bien vivís, ¿no? —cortó Giulia.

—Habló la funcionaria. ¿Tú qué horario tienes?

—El mismo que tú.

—Ni de coña. ¿Cuánto tiempo te dan para comer?

—Hora y media.

—¿Ves? A nosotros nos dan una hora con suerte. ¿Verdad, Rodrigo? Y muchas veces nos toca comer ante la pantalla. Nos tratan bien, pero hay que currar. Los funcionarios vivís como Dios sin hacer nada.

—¡Eso no es cierto! —protestó Giulia.

Agitando medio cruasán con la mano, rociando la mesa de aluminio con pedacitos de hojaldre, Pablo siguió con su monólogo:

—En la empresa privada trabajamos más. Los eurócratas os

lo montáis muy bien: a las cinco y media se os cae el bolígrafo y cobráis una pasta, además sin impuestos. Vuestra única preocupación es qué hacer con todo el dinero que ganáis, porque las tiendas de Luxemburgo ya están todas cerradas cuando salís de trabajar.

—Oye, si tanta envidia te da, ¿por qué no aplicas a una institución pública? —preguntó la italiana con malicia.

—Nah, joder, a mí me gusta mi trabajo. Me aburriría la vida de funcionario. Hice el prácticum en el Ayuntamiento de La Coruña y por poco me corto las venas.

—No creo que sea exactamente lo mismo.

—Hombre, lo mismo lo mismo no, pero me gusta que me metan un poco de caña. ¿Vamos a fumar?

María y Pablo salieron a la calle. Cuando se quedaron a solas, Rodrigo se esforzó por entablar conversación con la italiana.

—¿Estás contenta con tu trabajo?

—Sí, aunque en dos semanas me vuelvo a Milán.

Tras el mostrador, una pastelera rolliza quitaba el celofán de una bandeja de lenguas de gato, con su relleno de chocolate apagado y su capa superior de lo mismo. Hacía su trabajo con expresión seria, tomándose su tiempo. Entró un cliente, que se puso a examinar la vitrina: era un tipo bajo, barrigón, con una coleta gris y un sombrero verdeoliva.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tengo que acabar mi máster.

—Ah.

Pablo y Marta salieron a la calle cerrándose los abrigos y metiendo las manos en los bolsillos. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Pablo al sentir el viento que corría por la calle desventrada. Sacó la mano izquierda del bolsillo con el tabaco entre los dedos y ofreció un cigarrillo a Marta abriendo la cajetilla con el gesto depurado de un mago cortando una

baraja, deslizando el pulgar con habilidad.

—No, gracias —dijo Marta mientras sacaba un paquete de Pueblo del bolso—, prefiero de liar.

Marta fumó en silencio y Pablo le habló del tráfico por las mañanas, de lo caro que era hacer la compra y de lo barato que resultaba repostar gasolina; divagó sobre la pésima calidad de la verdura y la sorprendente variedad de pescado que podría encontrarse en el supermercado, sin duda gracias a los portugueses; relató anécdotas de otros fines de semana y comentó los planes de viajes que tenía en mente: Polonia, Marruecos, Estambul, tal vez Italia; describió el proceso de selección que hubo de pasar para conseguir el trabajo y comparó la rapidez con la que fue contratado con los interminables procesos de las empresas españolas, saturadas de candidatos nerviosos y con la acuciante necesidad de ponerse a ganar un sueldo ajustado con el que malvivir (siempre unos cientos de euros por debajo del mínimo absoluto que se grababan a fuego en sus cabezas, pero no tan escaso como para rechazarlo con alegría y dignidad); enumeró los diversos trámites administrativos con los que tuvo que lidiar al salir de Coruña y al aterrizar en Luxemburgo, con dos maletas atestadas de camisas blancas, trajes, zapatos y corbatas, pero también ropa de deporte y un par de toallas, algo almidonadas, que su madre había insistido en embutir en su equipaje.

Marta asentía en silencio y fumaba con ansia, molesta por el frío de la mañana, demasiado para la primavera. Mientras Pablo enumeraba sus obsesiones y encadenaba una historia con otra, ella miró su teléfono en dos ocasiones, leyendo mensajes y descartando correos no deseados, atendiendo a las notificaciones de varias aplicaciones que ni siquiera utilizaba.

—Bueno, ¿volvemos adentro?

—Vale —dijo Pablo, interrumpiendo otra anécdota.

En el interior, Rodrigo intentaba mantener la atención de

Giulia con una anécdota de su época universitaria en Madrid.

—Oye, Rodrigo —interrumpió Pablo—, ¿quieres otro café?

—No, gracias.

—¿Y tú? —preguntó señalando a Giulia.

—Estoy bien con mi agua —respondió balanceando su botellita de plástico.

Rodrigo miró embelesado cómo el agua se agitaba en su interior.

—Bueno, entonces vamos al centro, ¿no?

—Vamos.

Siguieron caminando y pudieron ver cómo las calles estaban más concurridas a medida que se acercaban al Ayuntamiento. Doblaron una esquina y empezaron a oír la música que salía de los altavoces situados a la entrada de un bar vacío que había colocado mesas y sillas de madera en la calle. Tras la mesa de mezclas, dos belgas conversaban animadamente con vasos de plástico en la mano, llenos de cerveza, en un francés impenetrable. El aire era fresco, pero había salido el sol y la sensación era bastante agradable.

Los cuatro llegaron a la plaza del pueblo, donde un tanque americano yacía malherido como recuerdo de la liberación del cuarenta y cuatro. Treparon por la cadena y se encaramaron al morro, agarrándose al cañón. Pablo intentó abrir la escotilla; estaba cerrada. Giulia tomó una foto de los tres españoles sentados en el tanque con los brazos en alto y grandes sonrisas, Marta entre los dos chicos. Tras bajarse del tanque, callejearon hasta la plaza del Ayuntamiento, donde se había congregado una pequeña multitud de gentes de todas las edades: ancianas bajitas, madres jóvenes con sus bebés en brazos, adolescentes en busca de alcohol, cincuentones con las barrigas infladas. Los españoles compraron unas cervezas en un puesto callejero y se adentraron en la plaza, que se fue llenando de curiosos con sus botellas y sus vasos de plástico, decididos a pasar la tarde allí.

Aparecieron cuatro o cinco chicas entradas en carnes vistiendo camisetas azul claro con las palabras «Confrérie du Maitrank» estampadas a la altura del pecho. Se limitaron a colocar unas vallas alrededor del edificio del Ayuntamiento, que abrazaba tres de los cuatro lados de la plaza, y a apostarse tras ellas. El público se acercó.

Rodrigo, Pablo, Giulia y Marta se acercaron al balcón del Ayuntamiento, donde un operario colocaba un micrófono. A la izquierda de los españoles, un grupo de belgas, todos hombres de unos treinta años, bromeaba ruidosamente mientras sacaba botellas de Westmalle de una caja retornable. Todos llevaban camisetas negras y pantalones anchos llenos de bolsillos. Uno de ellos lucía una larga perilla negra.

A la una en punto el alcalde salió al balcón, traje de tres piezas y una banda azul eléctrico cruzándole el torso con orgullo, acompañado por su mujer, dos concejales, el director de la Confrérie du Maitrank, su hijo y un piloto de aerolínea comercial con su uniforme. El público aplaudió con desgana y el grupo de las camisetas negras gritó un par de comentarios sobre el aspecto del piloto. El alcalde dio un breve discurso agradeciendo los esfuerzos que había realizado la Confrérie para hacer posible el evento un año más.

El director de la Confrérie du Maitrank también pronunció su discurso y aprovechó para anunciar su jubilación y la designación de su hijo como sucesor de un puesto tan ilustre y cargado de responsabilidades, sí, pero también de muchas satisfacciones. Hizo un pequeño repaso a la historia del Maitrank, desde sus orígenes inciertos, incluyendo su conexión con los antiguos romanos, los pueblos germanos y el Ducado de Luxemburgo.

—¡Que se calle de una vez! —gritó el tipo de la perilla.

Siguieron risotadas y silbidos.

El director de la Confrérie ignoró el comentario. Hombre ya

mayor, bajito y barrigudo, lucía un bigote blanco cuyo borde lamía con la punta de la lengua entre frase y frase. Pasó a relatar la valía de su hijo para sucederle en el cargo, haciendo mención a su honorable trabajo en la notaría familiar. El hijo dio un paso al frente y también pronunció un breve discurso.

—¡Queremos beber! —empezaron a gritar desde el público, animados por el grupo de camisetas negras, al que las muchachas de la organización dirigían miradas de odio.

A continuación, el alcalde presentó al piloto, que habló de su infancia en Arlon y de hasta qué punto debía su éxito al pueblo. La gente dejó de prestar atención, centrándose en la conversación y la cerveza. El alcalde hizo un gesto con el cuello y la mirada y el piloto abrevió, despidiéndose con un «¡Viva Arlon!» que fue moderadamente correspondido por el público.

Finalmente, el alcalde volvió a tomar brevemente la palabra para anunciar el momento que todos esperaban: de la fuente, que había permanecido inactiva, empezó a manar el maitrank, que las organizadoras comenzaron a recoger con vasitos de plástico. El público se apiñó contra las vallas, estirando los brazos para pedir los vasos, que las muchachas les alcanzaban. Los españoles se acercaron con los demás, salvo Pablo, que rodeó a la masa y, desde un extremo, llamó la atención de una de las organizadoras con una sonrisa y se hizo con un par de vasos que compartió con los demás.

—Malísimo.

—A caballo regalado...

Decidieron adentrarse en Arlon y dieron con una *friterie* que había colocado mesas largas y banquetas de madera junto a la entrada, en las aceras adoquinadas de un cruce de cinco calles al que llamaban plaza. Las chicas se sentaron en un hueco libre en el extremo de una de las mesas, la una frente a la otra, y reservaron asiento a su lado colocando los bolsos y los abrigos para los chicos, que entraron en el local a pedir patatas fritas,

frikandel y cerveza belga, dulce y espesa. Cuarenta minutos tardaron en ser servidos por unas camareras regordetas, rubias de piel blanca, que no daban abasto. Rodrigo, tentado, señaló una fotografía de un bocadillo de carne con patatas fritas, que pidió regar con salsa andaluza. Contentos, con el apetito abierto por los vapores grasientos del tugurio, salieron de nuevo a la calle con la comida y la bebida, aspirando el aire fresco de la calle, que se mezclaba con el humo del tabaco de liar y el aroma ácido de la cerveza derramada en el suelo. De camino a la mesa, Rodrigo preguntó a Pablo:

—Entonces ¿te estás tirando a Marta?

—Estamos trabajando en ello.

Se sentaron junto a las chicas, triunfales, depositando las patatas y la carne en el centro de la mesa. Marta miró con envidia la *mitraillete* de Rodrigo.

—Hala, ¡yo también quiero!

—Aaah... Haber entrado a pedir —dijo Rodrigo en broma, aunque las chicas tomaron el comentario como una impertinencia.

—¿Cuál es el plan? —preguntó la italiana.

—Beber, emborracharnos, dar vueltas...

—Bueno, pero tú conduces, ¿no?

—Sí, bueno, después de esta cerveza paro.

—A ver si es cierto —dijo Marta.

Pablo rio, exagerado, balanceando la espalda hacia atrás. Con la posición vertical, metió la mano en su bolsillo en busca del tabaco.

—¿Fumas mientras comes?

—Esto no es comer, esto es una guarrada.

A su alrededor, los belgas pasaban como un río incesante de borrachos que, cerveza o maitrank en mano, cantaban canciones, se escupían obscenidades y saltaban dando gritos. El sol se ocultó tras una pequeña nube y sopló un viento que

encogió al grupo, a excepción de Pablo, que seguía reclinado en el asiento, aspirando el tabaco con tranquilidad, fijándose en la muchedumbre y murmurando de vez en cuando:

—Qué gente más rara.

Los belgas le parecían una mezcla extraña de razas europeas: rubios pero bajitos, muchos de ellos cebados a base de cerveza y patatas, algunos inexplicablemente delgados. A diferencia de lo que se veía en Luxemburgo, la mayoría de ellos llevaba barba y vestía camiseta y pantalón de deporte. Las chicas eran rubias y pálidas, de cara sonriente y amable. Ruidosas y alegres, llenas de vida. No le atraían, pero le parecían simpáticas. Una de ellas se quedó mirando a Pablo desde una de las esquinas del cruce de calles. Se sonrieron, y el español tiró su cigarrillo al suelo y agarró las últimas patatas de una de las bandejas de plástico.

—Joder, qué rápido coméis. Había hambre, ¿eh?

Mientras había estado abstraído contemplando a los belgas, Rodrigo, Marta y Giulia habían hablado de banalidades: series de televisión, vacaciones, clima y comida. Habían alabado las patatas fritas, pero se habían puesto de acuerdo en que como la comida mediterránea, nada.

Recogieron la basura y se levantaron de la mesa alargada, que no tardó en ocupar un grupo de *barakis* tatuados hasta el cuello, muy correctos, que agradecieron a los españoles que les hubiesen cedido el sitio.

Callejearon entre ríos de gente, alzando los brazos para proteger sus cervezas. Entraron en una discoteca abarrotada de adolescentes. Mientras iban de un sitio a otro, el viento trajo unas nubes que ocultaron el sol definitivamente, bajando la temperatura. Los españoles y la italiana se abrocharon las chaquetas, las chicas empezaron a temblar y se quejaron del frío. La fiesta se volvió repetitiva y cada vez más ruidosa, la gente cada vez más extraña y agresiva.

—¿Volvemos a Luxemburgo?

—Venga.

Salieron del centro de Arlon y, al llegar al coche, Giulia tuvo una idea:

—¿Entramos en la iglesia?

Allí dentro hacía más frío que en la calle y no había mucho que ver. Las paredes estaban desnudas, la decoración era moderna. Firmaron el libro de visitas, en el que no pudieron encontrar ninguna firma en español, pero sí en italiano, e incluso en portugués.

—Somos los primeros españoles de Arlon —bromeó Rodrigo.

3

Digiacomo sacó las latas de raviolis y las puso a calentar en un cazo. Ya cocinados, llenó con generosidad dos platos hondos y los llevó al salón, donde se sentó junto a su padre.

—¿Qué ves?

Padre e hijo pasaron casi toda la tarde viendo noticias, series de televisión y una película de vaqueros.

A las seis de la tarde habló el padre:

—Me voy a cenar algo a Le King.

—Adiós —respondió el hijo.

Cogió el padre su abrigo de franela, viejo y raído, y con la cara rojiza y las manos nerviosas se fue al bar. Digiacomo miró a su alrededor: tres botellas vacías de cerveza descansaban en la mesita del salón, dos más en el suelo. Las recogió y las metió de vuelta en la caja de plástico amarillo con la etiqueta roja de Jupiler, el toro bravo. Se encerró en su cuarto, pensando si debía trabajar: volvió a encender el ordenador de la empresa, pero no se decidió a hacer nada. Lo atribuyó a la pereza y llamó a su amigo Renaud para tomar algo: llevaba casi un día

entero en Lieja y no había hecho nada. Quedaron a las nueve, por lo que tuvo un par de horas que matar, que empleó navegando por internet, leyendo noticias absurdas, consultando las redes sociales, escuchando algo de música. El tiempo pasó con rapidez así, saltando de una cosa a la otra. Cada pequeña tarea que realizaba con el ordenador le proporcionaba un pequeño pinchazo de bienestar que le calmaba el cerebro, envolviendo su piel con una sensación de sentido. A las nueve menos veinte se frotó los ojos y cerró el portátil. Se puso la chaqueta y salió de la casa de su padre, tan fría, con olor a polvo.

Bajó hasta el río Mosa y lo bordeó hasta la altura de la place du 20-Août. Mientras caminaba, contemplaba la corriente silenciosa y oscura del poderoso río, del que no era fácil decir si subía o bajaba. Miró hacia la otra orilla, donde se alzaba con orgullo decadente la isla fluvial de Outremeuse. Se cruzó con varias mujeres enveladas tirando de sus carritos de bebés. Giró a la izquierda a la altura de la Universidad y de ahí al Pot au Lait, todo recto.

Entró en un patio lleno de mesas de bar, abarrotadas de gente que fumaba tabaco de liar y bebía cerveza. El Pot au Lait era el bar donde aún se citaba con sus viejos amigos para tomar algo y ponerse al día. La entrada era extraña: grafitis de todo tipo adornaban las paredes del patio, y en el cartel de la entrada dos osos polares de cartón jugaban en un balancín que se mecía sobre la boca abierta de un monstruo con los colmillos de neón.

Atravesó el patio, empujó la puerta renegrida: el aire cargado del local, las luces inconexas, la decoración recargada y la música rock sonando a todo volumen le golpearon el estómago y la cara. Se acercó a la barra, llena de tipos solitarios, barbudos, tatuados y harapientos, gordos, altos, enormes, con vasos de cerveza entre las manos. Se hizo un hueco junto a la

esquina izquierda de la barra, desde donde recibía el humo del tabaco de una sala para fumar que se había improvisado en una habitación contigua, y tardó varios minutos en ser atendido por los camareros, un hombre y una mujer, que despachaban a la clientela y lavaban los vasos y copas con negligencia en el agua estancada de la pila, un agua turbia de jabón y restos de bebidas que dejaba los vasos llenos de marcas de espuma al secarse.

—Una Chimay.

Digiacomo se quedó en la barra durante unos minutos y miró a su alrededor, gentes entre los veinte y los cuarenta años, todos locales salvo un grupo de Erasmus españoles e italianos. Se fue al rincón más alejado de la entrada, donde se sentó junto a una imagen mexicana de la Virgen, llena de colores, con una esvástica en el pecho que centelleaba a contraluz como si estuviese hecha de pan de oro.

Se había citado con Renaud, compañero del instituto y única persona de esa época con quien aún mantenía algún tipo de contacto: los demás habían ignorado a Digiacomo durante su infancia y adolescencia. Solo en su mesita coja y redonda, de vidrio pegajoso la tabla y hierro oxidado las patas, se dedicó a dar sorbitos a su Chimay, tibia y ácida, espesa y burbujeante, cremosa la espuma. Se fijó en el intrincado mosaico que alguien se había molestado en componer bajo el cristal de la mesa, una fantasía de botones, monedas de cinco francos, anillas de latas de refresco y canicas, pintadas por encima con colores caprichosos. Pensó en qué temas iba a tocar aquella noche: probablemente Renaud se quejaría de su novia, que siempre le ponía reparos cuando salía a tomar algo con Digiacomo, ya que solía volver tarde, borracho y excitado. Pensó hablarle de trabajo y, más concretamente, de la tarea que aún le esperaba en casa. Sabía que la mente analítica de Renaud podría darle algún consejo valioso, pero resolvió no

tocar el tema hasta más avanzada la noche, cuando un par de cervezas belgas de alta graduación hubiesen distendido la conversación.

Encendió la pantalla de su teléfono móvil y vio el mensaje de Renaud.

estoy saliendo de casa
llego en 10 minutos

ok
te espero dentro

Se fijó en un grupo de amigos que estaba sentado en una mesa redonda frente a él, abrevando y soltando risotadas, y sintió una extraña soledad que le hizo echar de menos su época de universitario, cuando, con dieciocho, diecinueve, veinte años, patrullaba las calles de Lieja en manada, tomando por asalto los bares de Le Carré, el barrio en el que se apelotonaban los garitos que cada semana visitaban no sólo los estudiantes sino también los *barakis* de los arrabales de la ciudad, gente dura y peligrosa, africanos y valones procedentes del corazón del país.

Sin embargo, en el Pot au Lait la población era predominantemente local: barbas largas, tatuajes y ropa extravagante eran lo que se veía con más frecuencia. ¡Era tan diferente a Luxemburgo! Las veces que se había quedado en el Gran Ducado y había acudido a alguna fiesta se había sentido intimidado por cómo se arreglaba la gente en esa pequeña ciudad: todo el mundo con camisa, todo el mundo con zapatos, las chicas con vestidos ajustados.

Todo eso rumiaba Digiacomo cuando por la puerta entró su amigo, que le pasó totalmente inadvertido hasta que le palmeó el hombro:

—¿Qué estás pensando?

—¿Eh? ¡Hola, Renaud!

Digiacomo se incorporó y los amigos se besaron en la mejilla, las barbas raspándose entre ellas. Renaud llevaba el pelo corto desde que se había afeitado las rastas hacía unos años, y las sienes plateadas lo hacían más maduro. Vestía una camisa gris y un abrigo de corte militar que le daban un aspecto serio, mucho más serio del que mostraba hacía tan sólo unos años, cuando aún llevaba camisetas de surf, pantalones anchos y deportivas. Había entrado, a sus treinta y siete años, en la edad adulta.

—Bueno, ¿qué tal todo por Lieja? —preguntó Digiacomo.

Renaud habló, en efecto, de su novia y de sus problemas de pareja.

Digiacomo escuchaba en silencio, asintiendo de vez en cuando y dando sorbos a su Chimay, que apuró en cuanto apareció el camarero para preguntarles si querían algo más; pidieron dos Moinettes.

—Y tú ¿qué tal estás?

Digiacomo entró a saco, sin rodeos.

—Pues estoy algo nervioso con el trabajo, no sé si has visto las noticias.

—Pues no, ¿qué ha pasado?

—Alguien de la empresa ha robado información sensible de nuestros clientes y la ha subido a internet.

—No lo sabía. ¿Qué clase de documentos?

—Unos acuerdos fiscales gracias a los cuales los clientes acaban pagando muy pocos impuestos. Los prepara la empresa para que el Gobierno de Luxemburgo los firme.

—Ya.

—El problema —continuó Digiacomo— es que me han puesto a cargo de revisar el sistema informático para saber quién ha sacado los documentos del sistema.

—¿Y por qué es eso un problema?

—Bueno, nunca me habían encargado un trabajo así. Yo me he dedicado a la informática y no a buscar chivatos. Y ayer mi padre me echó una bronca tremenda por trabajar allí, porque había visto el asunto en el telediario y ya sabes cómo se pone con estas cosas.

—Bueno, pero tu padre es de otra época.

—Ya, pero no sé si tiene razón. Es verdad que si hago lo que me han ordenado estoy ayudando a los que mandan, a los de arriba.

—Pero si llevas años haciéndolo.

—No, yo me dedico a la informática y sólo hago mi trabajo. No me refiero a cumplir órdenes de un jefe, que eso lo he hecho siempre y lo voy a hacer siempre. Lo que quiero decir es que nunca había hecho algo que, de una manera tan explícita, ayudase a las grandes fortunas a seguir en su situación de poder. Al final, no me siento cómodo del todo porque me estaría chivando, estaría señalando con el dedo a una persona que sólo ha encontrado unos documentos que prueban una actividad que considera inmoral y ha hecho algo valiente por denunciarla.

—¿Valiente? —Renaud dio un sorbo largo a su Moinette, que acababa de servir el camarero con brusquedad, derramando parte del contenido sobre la mesa de vidrio.

—A ver, no sé nada, pero estoy bastante convencido de que si quieren saber el nombre del filtrador es para llevarlo ante un tribunal.

—Tiene sentido, pero ¿por qué te preocupa tanto si un tipo va a un tribunal o no? El filtrador sabe a lo que se expone si revela información sensible. No puede esperar que la empresa se quede de brazos cruzados.

—Sí, pero no sé por qué debería a ayudar a la empresa a meter al tipo en la cárcel.

—¿Ya has averiguado quién es?

—No, pero es muy fácil hacerlo. No debería llevarme mucho tiempo.

—Bueno, y si no lo haces tú, lo va a hacer otro, ¿no?

—Supongo —reconoció Digiacomo.

—Entonces tampoco parece que tengas elección. Parte de tu trabajo es ayudar a la empresa en la que trabajas cuando alguien hace algo en contra de sus intereses, que además son los tuyos, porque si se hunde la empresa te quedas sin trabajo. Eso de que no te parece bien es una tontería. Lo que debe parecerte bien es hacer un buen trabajo y conservar tu empleo.

—Mi padre me dijo que soy un desclasado.

—Pero, a ver, ¿tu padre se cree que estás trabajando en una mina o qué? ¿Conciencia de clase? Tú no eres un obrero, sino un empleado altamente cualificado en una multinacional. ¿Cómo vas a ser un desclasado? Estás con los tuyos.

—Ya, pero a veces no lo siento así. Hay una gran barrera entre los informáticos y los demás. Entre los que limpian las oficinas, los becarios, los recepcionistas... Claramente somos de clases distintas.

—Bueno, ganan más dinero, pero también tienen más responsabilidad. Y todos trabajáis con el mismo objetivo. Si te parece mal lo que hacen en la empresa, no sé por qué estás trabajando allí. ¿Te parece mal?

—A mí no me parece ni bien ni mal lo que hacen porque no es parte de mi trabajo. Yo sólo me encargo de que el sistema informático funcione correctamente. Si luego deciden hacer una cosa u otra con sus ordenadores, ése no es mi problema. Ahora, ser un chivato es algo que no me gusta. Tampoco es mi problema que la empresa haya contratado a la persona equivocada y haya filtrado documentos sensibles.

—Pues a lo mejor debería preocuparte, porque parte de tu trabajo es asegurar que la información sensible esté bien

protegida. Así que no sólo no debería parecerte mal averiguar quién ha robado los documentos, sino que debería ser tu prioridad.

—Ya —concedió Digiacomo, sin saber qué responder.

Los dos amigos siguieron bebiendo cerveza en silencio, pensando en algo que decir. Pasó una chica guapa y ambos se pusieron a hablar de ella. De ahí pasaron a hablar de las chicas guapas de su instituto, y de ahí a otros asuntos, que ocuparon sus cabezas durante un par de horas, mientras se emborrachaban lentamente con cerveza espesa de todos los rincones de Bélgica.

4

El camino de Arlon a Luxemburgo lo hicieron con la música alta, hablándose a gritos. Decidieron seguir bebiendo, salir por Luxemburgo. Aparcaron el coche en Glacys y caminaron hacia el centro guiados por Giulia, que les llevó a un bar, De Gudde Wellen, ubicado en una callejuela peatonal que los españoles no frecuentaban tan a menudo.

—Este sitio es muy luxemburgués, ¿no? —preguntó Rodrigo sin obtener respuesta.

Se sentaron en torno a una mesa con sillas de diferentes formatos, Giulia en un sillón de cuero destrozado, y las escenas se sucedieron con confusión: jugaron al Jenga, colocando ladrillitos de madera, uno encima del otro, provocando gran estruendo al tirarlos por el suelo. Se agachaban a recoger los que caían debajo de las sillas. Llegaron unas amigas de Giulia y Marta, que se sentaron junto a ellas. Eran calladas, estaban sobrias. Pablo y Rodrigo hacían gestos exagerados, bromas sin gracia a pleno pulmón, salían cada veinte minutos a fumar, estaban fuera de control. En una de sus salidas, se confesaron:

—Tío, te tienes que follar a la italiana —dijo Pablo.

—No sé, no me hace ni caso —contestó Rodrigo.

—No te preocupes, tú métele boca. Vámonos a otro sitio, que esto es un coñazo.

Propusieron ir a una discoteca, sugerencia que fue recibida con tibieza, aunque la insistencia de los chicos logró convencer al grupo: siete personas en total, sumando a las tres amigas de Giulia y Marta, alemanas que trabajaban con ellas de traductoras en el Tribunal Europeo de Justicia.

Caminaron torpemente hacia el centro y llegaron a un tugurio abarrotado de gente ante el que tuvieron que hacer cola durante más de media hora para poder entrar. Las traductoras estaban visiblemente incómodas, fuera de lugar.

Al entrar en el local, los chicos desenfundaron las tarjetas de crédito y empezaron a correr las copas, los chupitos de tequila y de Jäger, las botellas de cerveza Bofferding. No tardaron en aislar cada uno a su objetivo: Pablo se sentó en un rincón con Marta, mientras que Rodrigo se quedó hablando a solas con Giulia contra una pared, mientras las amigas estaban en el baño. Rodrigo hizo lo que pudo:

—¿Nunca habías estado aquí?

—No.

—¿Por dónde sueles salir, entonces?

—No sé. No tengo un sitio fijo.

—Pero ¿qué sueles hacer con tu tiempo libre aquí en Luxemburgo?

—Paseo, voy al cine, tomo algo con amigas, leo...

—Ah. ¿Cuáles son tus películas favoritas?

—No sé...

En el sofá, y a pesar de las apariencias, Pablo no tuvo mejor suerte. María se dedicaba a mirar a Giulia, que le devolvía una mirada de reprobación, «No lo hagas», y no lo hizo.

Las amigas volvieron del baño y así, sin previo aviso, se

despidieron rápidamente de los chicos, que se quedaron solos en un antro lleno de gente extraña, con música alta, copas de gintonic en la mano, resudados y cansados de todo un día bebiendo. Dieron vueltas en torno a los pocos grupos de chicas que bailaban en el local de techo bajo que olía a humanidad. Salieron a fumar un cigarrillo y afrontaron la realidad:

—Vámonos a casa.

Volvieron a por sus abrigos y, mientras hacían cola ante el guardarropa, entablaron conversación con dos españolas que acababan de entrar y hacían cola para dejar sus abrigos en vez de recogerlos.

—¿De dónde sois? —preguntó Pablo con los ojos desorbitados, la mandíbula desencajada y las cejas grotescamente arqueadas, procurando parecer interesante.

—De Albacete.

—De Barcelona.

Apoyadas contra la pared y sin escapatoria, se dejaron atender por los dos chicos, que con el alcohol no tuvieron problema en sacar conversación: cúanto tiempo llevas en Luxemburgo, qué te parece esto, si no echas de menos Albacete/ Barcelona, etcétera. Rodrigo preguntaba a una de ellas, un chica bajita y morena, con una bonita sonrisa y un curioso tatuaje en el antebrazo:

—¿Cuánto tiempo llevas en Luxemburgo?

—Tres meses.

—¡Qué poco! Yo llegué a finales de verano, así que ya me estoy acercando al año...

—Ah.

—¿Y cómo terminaste aquí?

—Estudié Magisterio, pero como no encontraba trabajo me vine aquí para aprender inglés.

—¿Inglés? Pero sabes que aquí se habla francés y alemán... bueno, y luxemburgués.

—Ya, pero el padre de la familia es inglés, así que practico con los niños. Pero la madre es colombiana, así que también hablamos mucho en español.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo de *au pair*.

—Oye, y cómo te llamas.

—Claudia. ¿Y tú?

—Rodrigo. ¿Y estudiaste en Albacete? ¿Trabajaste allí?

—Estudié en Madrid, pero mi padre es de Valencia, así que estuve trabajando en un hotel en verano, pero no me daban trabajo en invierno, así que me puse a buscar y encontré lo de *au pair* aquí. ¿Tú a qué te dedicas?

—Soy asesor fiscal.

—Hum... ¿Y eso qué es?

—Ayudo a las empresas a pagar menos impuestos.

—Suena muy complicado...

—Es más fácil de lo que suena.

—¿Te va bien aquí?

—No me puedo quejar. Oye, voy a por una copa. ¿Qué estás tomando?

Rodrigo llamó a Pablo y los dos se fueron a la barra. Discutieron la jugada: Tú a por la de Albacete, la de Barcelona es mía. No son gran cosa, pero parece que hay posibilidades. Con un poco de suerte... Pidieron cuatro cervezas. Volvieron con ellas y siguió la conversación, insulsa pero simpática, sobre las diferencias entre España y Luxemburgo, el frío que hacía y demás lugares comunes. Pasaron las horas, el local se fue vaciando y, tras un par de horas, cada pareja estaba besándose en un rincón. En un momento dado, los chicos se miraron: Pablo levantó el pulgar hacia Rodrigo en señal de victoria.

—Bueno, ¿qué quieres hacer ahora? —preguntó Rodrigo a Claudia.

—No sé. ¿Tú? —contestó ella.

Se miraron a los ojos, muy de cerca, y Claudia le mordió el labio a Rodrigo.

—Vámonos de aquí.

Salieron sin despedirse, dejando a Pablo y a la amiga de Claudia tirados en un sofá dándose besos lentos, abrazados. Salieron al frío de la calle, serían las dos o las tres de la madrugada, y tomaron un taxi hasta la rue de Strasbourg, que a esas horas bullía de gente: yonkis, camellos, putas y puteros. Rodrigo echó un vistazo a los soportales del centro social que había frente a su bloque, donde unos miserables se descalzaban con movimientos torpes, pesados. Dio media vuelta y abrió la puerta.

—Venga, pasa.

Subieron al tercer piso, que seguía vacío: sus compañeros aún estaban de vacaciones.

—¿No vamos a molestar a tus compañeros de piso?

—No vuelven hasta mañana —contestó Rodrigo mientras besaba a Claudia con urgencia, babeándole la barbilla.

Se desnudaron contra la pared del pasillo, quitándose los zapatos con los pies y tirándolos al salón, se tumbaron en el sofá de IKEA y empezaron a restregarse. Claudia era pequeña y a Rodrigo no le costaba trabajo mover sus piernas, disponer de su cuerpo y tumbarla, voltearla, ponerla encima, colocarla debajo, arquear su espalda.

—¿Tienes un condón?

Rodrigo rebuscó en su pantalón y se enfundó un preservativo. Claudia se abandonó y se dejó hacer, mientras Rodrigo procuraba mantener la concentración, luchando contra el exceso de excitación primero y contra la amenaza de un gatillazo poco después. Sin embargo, todas sus imágenes mentales y sus recuentos resultaron inútiles cuando Claudia tomó la iniciativa y se puso encima de él.

—Lo siento —dijo jadeante, forzando media sonrisa.

Claudia se fue al lavabo y Rodrigo se puso los calzoncillos. Se metió en la cama. Cuando despertó en mitad de la noche, acosado por una pesadilla, Claudia ya había desaparecido.

DIDIER DUBOIS

Paso por delante del quiosco del pequeño aeropuerto de Findel («Librairie», dice el cartel) y veo fotos de nuestras oficinas en las portadas de todos los periódicos. Los titulares son claros: en ese edificio se han gestado acuerdos entre el Gobierno de Luxemburgo y un buen puñado de multinacionales. Acuerdos que han permitido a éstas reducir sus impuestos drásticamente. Tanta atención me sobrecoge. ¿Qué ha cambiado? Llevamos décadas haciendo el mismo trabajo en el mismo sitio en el más absoluto anonimato, ante la indiferencia mediática propia de una actividad tan técnica, tan especializada. Y ahora parece que el mundo entero se ha dado cuenta: la opinión pública ha sentenciado que es inaceptable. De la noche a la mañana hemos pasado a la categoría de criminales para una serie de periodistas que ni entienden ni quieren entender lo que hacemos aquí. Los políticos, con cuyo beneplácito llevábamos a cabo nuestras actividades, ahora juran ante sus votantes que van a poner fin a nuestras malas artes. Somos juzgados en términos morales, cuando nadie puede explicar cuántos impuestos debería pagar una empresa. ¿Es justo pagar un treinta por ciento, un veinte, un diez? ¿Qué cantidad es óptima desde un punto de vista moral? ¿De cuánto dinero estamos hablando? Queremos movernos en términos cuantificables, pero se nos exige que valoremos nuestros actos en base a intuiciones, opiniones que no se pueden ordenar en una escala de uno a diez. Y mientras se espera que nos ajustemos a los

caprichos de semejante abstracción, nadie recuerda que nosotros siempre nos hemos ceñido a las normas aprobadas por los gobiernos que eligen los ciudadanos de los distintos países en los que ofrecemos nuestros servicios. En ningún momento hemos contravenido una disposición, violado un artículo, obviado la aplicación de una sentencia. En ese sentido somos escrupulosos. ¿En base a qué se nos va a exigir que vayamos más allá de la ley escrita? ¿Y cuánto más allá? ¿Qué grado de cumplimiento es el óptimo? ¿Y cómo se cuantifica? El debate acerca de la moralidad en la planificación fiscal es estéril. No se puede medir de ninguna manera la adecuación de nuestras acciones a una moral difusa. ¿A qué sistema moral deberíamos ceñirnos? ¿No es la moral algo terriblemente subjetivo, una materia sobre la que es imposible poner de acuerdo a dos personas? ¿Dónde están los límites? Tras varias décadas dedicándome a la asesoría fiscal, estoy convencido de que la única forma en la que mis colegas de profesión y yo podemos ser juzgados «moralmente» es con arreglo a nuestro respeto por lo que está escrito en la ley. Así, los límites de nuestra actividad quedan claramente delimitados. La línea entre lo que podemos y lo que no podemos hacer se convierte en una frontera igual de inquebrantable para todos. Ser moral es cumplir la ley. Y nosotros no hemos incumplido ninguna ley. Por tanto, no hemos hecho nada inmoral. Si una multinacional encuentra formas legales de reducir sus impuestos a prácticamente nada, ¿quién soy yo para decirle que no debería hacerlo? Si la ley se lo permite y la opinión pública considera que se trata de una situación injusta, entonces la responsabilidad recae en ellos, los gobernantes, y no en nosotros, los gobernados, que procuramos acatar las normas lo mejor posible. De confirmarse las sospechas de Harm (yo aún tengo mis reservas), el filtrador de los documentos habrá sido un empleado de no mucha antigüedad en la compañía. Que

venga un niñato con un par de años de experiencia en fiscalidad internacional a decirme que lo que hago está mal y que además se dedique a publicar los documentos confidenciales que yo produzco para mis clientes... ¿Qué legitimidad moral tiene un ladrón que viola el acuerdo de confidencialidad que firmó al entrar a trabajar en mi empresa? ¿Cómo dar voz a alguien que no es capaz de respetar el pacto esencial entre cliente y asesor? «Acuerdos secretos entre el Gobierno y las multinacionales», rezan los titulares. Los periodistas ni siquiera tienen capacidad para comprender los aspectos técnicos que contienen esos acuerdos. Ahora resulta que consultar a la administración fiscal asuntos de ambigua interpretación para tener cierta seguridad legal constituye un acuerdo secreto, una especie de pacto entre altas esferas para, al margen de la ciudadanía, perpetrar una situación de abuso de poder, intrigas, dominación. Menudo montón de mierda. No conozco una sola multinacional, uno solo de nuestros clientes, que no haya empezado de la nada y que no haya construido su negocio a base de esfuerzo, constancia e inteligencia. ¿Qué clase de envidia perversa sienten hacia quienes han logrado el éxito, se han labrado un futuro prometedor con el sudor de su frente y suponen una fuente de riqueza, de prosperidad y de progreso no ya sólo para ellos mismos, sino también para sus empleados y para la comunidad a la que sirven? Si han llegado a una posición dominante en la que la ley fiscal se vuelve difusa, las opciones son diversas y existe la oportunidad de maximizar beneficios, de reducir costes innecesarios, ¿por qué no aprovecharse de ello? Se lo han ganado. En un mundo tan competitivo, si una multinacional no recorta gastos por algún lado, está perdida. Y si no reducen sus impuestos, que pueden llegar a comerse una parte sustancial de sus beneficios, ¿de dónde van a recortar? ¿Acaso van a disminuir la calidad de sus productos? ¿Van a reducir el salario de sus trabajadores? ¿Es

eso lo que pretenden quienes abogan por que paguen su «parte justa» de impuestos? No entiendo por qué no se callan todos esos supuestos adalides de la ética, esos guardianes de la moral cuyas ideas adolescentes no harán más que traernos miseria a todos. Que nos dejen en paz. Nosotros creamos prosperidad, allanamos el camino al progreso, y todo por una módica suma que apenas supone una fracción de lo que reclaman las voraces autoridades recaudatorias. ¿A esto va a quedar reducido el trabajo de toda mi vida? ¿A un par de titulares sensacionalistas? ¿Quién es esta gentuza que juzga el esfuerzo de quienes nos hemos devanado los sesos durante décadas para levantar estructuras fiscales de la nada, adaptándolas a los caprichos legislativos de distintos gobiernos, modas ideológicas, coyunturas políticas y escenarios internacionales cambiantes? Y se me acusará de explotador. De aumentar la brecha entre ricos y pobres. De ser un privilegiado que esconde su dinero de los demás. Pero no tienen ni puta idea de dónde vengo, ni de lo que me ha costado llegar hasta aquí. Estos becarios que publican mi trabajo en los periódicos, los periodistas que sacan a pasear su ignorancia cuando intentan juzgarlo, desde luego no han venido a Europa como yo, huyendo de la guerra y de las revueltas de miserables. No saben lo que significa que tus padres se hayan partido el lomo para levantar una empresa de construcción y lleguen unos violentos hijos de puta a mandarlo todo a la mierda. Era muy pequeño, nueve o diez años. Pero recuerdo el vuelo de vuelta a Bélgica, con los pasajeros aún asustados pero respirando aliviados y mi madre llorando tras los disturbios de Leopoldville, donde sus propios empleados saquearon, destrozaron y quemaron todo lo que encontraron. De no ser porque estábamos ya camino del aeródromo, esos salvajes nos habrían violado, apaleado, apedreado, amacheteado. Pocos meses después, mi padre y mi tío descorchaban una gran

botella de champán para celebrar que habían fusilado al cabrón de Lumumba. Muchos me miran incrédulo cuando digo que soy africano, pero ahí lo dice claramente en mi documento de identidad, aunque sea blanco: nacido en Leopoldville, actual Kinshasa. No guardo muchos recuerdos de África salvo alguna imagen, siempre es del interior de una casa hermosa, bien amueblada, llena de objetos de caoba, de plata o de marfil. ¿Qué habrá sido de todo eso que tuvimos que abandonar? ¿Se convirtió en ceniza? ¿Fue saqueado y vendido, pasando de mano en mano durante los años convulsos que siguieron? Arrancados de la prosperidad que con tanto esfuerzo habían logrado, mis padres decidieron seguir adelante. Papá continuó en Bélgica sus negocios de construcción, pero nunca con el mismo éxito. Siempre estaba enfrentado a sus empleados españoles e italianos, que no hacían más que ir a la huelga. No obstante, nunca faltaron dinero ni tiempo para procurarme una educación. Estudia contabilidad, decía papá, podrás llegar lejos con los números. Y así fue. Papá me vio empezar la carrera, pero no terminarla. Y tal vez sea por los años que han pasado, pero si bien recuerdo con nitidez hasta los detalles más insignificantes del reciente entierro de mamá, apenas guardo en la memoria el de papá. Tal vez porque él murió con bastante rapidez, mientras que mamá se fue apagando poco a poco, hundiéndose en el fango de su enfermedad. Su decadencia imparable llegó a profundidades que no creí posibles: primero los pequeños despistes, confusión de nombres, preguntar por gente muerta, alucinaciones, agresividad e impotencia. Unos años después, el internamiento en la residencia de Mouscron, su pequeña habitación decorada con algunas cosas suyas que conservó tras varias mudanzas: fotografías de la familia, un cuadro de la selva congoleña, elefantitos de ébano, el plato de porcelana con las efigies de Balduino y Fabiola, algunas novelas de Maigret, un cenicero de plata con forma de pájaro

que nunca usó en la residencia, ya que ella era incapaz de fumar cuando la interné. Poco antes de ingresarla, cada vez que fumaba terminaba tosiendo, incapaz de llevar a cabo una acción tan básica como inhalar el humo de un cigarrillo, absorber la nicotina y expulsarlo de vuelta a la atmósfera para que las partículas grises se diluyeran lentamente en el aire, suspendidas sobre su cabeza, inundando la habitación de un aroma antiguo, un aroma que no es dulce ni afrutado, sino seco, recio y adulto. El aroma del tabaco, superviviente de otro tiempo en el que los sabores eran otros, más masculinos y llenos de matices. Mis padres y yo nos criamos en un mundo con olores y sabores que reflejaban los materiales con los que construíamos nuestra realidad: la hierba seca del tabaco, el regusto anisado y seco de los dulces, la madera de los licores, el amargor de las verduras, la grasa animal con las hortalizas, el vino y la cerveza regando los estofados, las coles y los rábanos, los espárragos y las endivias, todos con el recuerdo de la tierra negra y húmeda al metérnoslos en la boca. Ahora es el regusto de los envoltorios de plástico lo que se adhiere al pan o al bollo, al tranchete de queso que se deshace en la mano y que sólo Dios sabe con qué lo hacen. O la repugnante comida que servían a mi madre en Mouscron: gelatinas y papillas humillantes que temblaban en la cuchara y la atragantaban porque, poco a poco, también fue perdiendo la capacidad de deglutir. Suavemente, pero a un ritmo inexorable, su campo de acción se redujo a lo que podía ver desde la cama o la silla de ruedas: primero la memoria y la capacidad de pensar, luego la de hablar. Después los problemas para andar, los tics nerviosos con las manos y los balbuceos apenas descifrables que sólo podía articular en respuesta a las preguntas más simples de sí o no (¿Quieres comer? ¿Quieres dormir? ¿Quieres que encienda la televisión un rato? ¿Te tapo con la manta?). Y después, a medida que su deterioro mental y físico empezaba a resultar

insoportablemente cruel, desarrolló la manía de mordisquearse los antebrazos, llegando a provocarse heridas llenas de costras supurantes, sangre y baba que forzaron a las enfermeras a atarle los brazos a la silla de ruedas durante el día y por la noche a los laterales de su cama, prácticamente una cuna para que no se cayera al suelo como un aborto grotesco, embalsamado en rebaba y excrementos. No podía ni tragar saliva, el uso de pañales se hizo necesario para que la mierda no se extendiera por la silla y por las sábanas con el suave balanceo de su cuerpo, ya la única actividad física que le quedaba junto con la respiración, lo último que la separaba de la muerte cuando, en los días finales, la enfermera le inyectaba la morfina y cada vez que expulsaba el aire contábamos los segundos que transcurrían hasta que volvía a inspirarlo, segundos que cada vez se hicieron más largos hasta que, al final, su último reflejo dejó de funcionar y pasó de ser un cuerpo que se limitaba a respirar y secretar babas, heces y orín a convertirse en un cadáver nervudo, atrofiado y con el olor pútrido con trazas de desinfectante que inundaba la residencia de ancianos. Una peste a amoníaco, sudor y cremas contra la dermatitis provocada por los pañales. No he vuelto a Mouscron desde entonces. Hace ya diez años de la muerte de mi madre, y no olvidaré la soledad del entierro, tan poca gente acudió... Mi mujer y mi hijo (once años entonces), un par de vecinas de la residencia, algún pariente lejano. Ningún compañero de trabajo, aunque todos me hicieron llegar sus condolencias cuando regresé a Luxemburgo, un desfile de frases hechas, miradas intensas y lentas palmadas en el hombro. Estoy para lo que me necesites, te acompaño en el sentimiento, ya sabes dónde encontrarme; y yo: Muchas gracias, no te preocupes, son cosas que pasan, llevaba mucho tiempo enferma. La muerte de mi madre me enseñó dos cosas: a) que mi familia, es decir, mi mujer y mi hijo, desempeñan un papel mucho más importante

que el de procuradora de orgasmos y consumidor de recursos respectivamente, ya que su ayuda a la hora de aplacar mi soledad y tranquilizarme fue inestimable; y b) que, por mucho que me costara reconocerlo, aún seguía pensando en Alina a pesar de que ella ya llevaba unos cuantos años fuera de mi vida. Me reveló, en fin, que soy una persona con una profunda contradicción: defiendo a mi familia, pero al mismo tiempo mi deseo sexual me obliga a hacer cosas que si saliesen a la luz la romperían. Es verdad, con los años este deseo no ha menguado, pero sí he sido capaz de dar más peso a los valores familiares, aun a pesar de frustrar mis deseos. También hay una imposibilidad física: a los sesenta uno ya no es lo que era, y aunque el dinero pueda procurarme un abanico muy amplio de mujeres, pienso en todos los trámites, convenciones y rituales por los que he de pasar para acostarme con una de ellas y me aburro, me frustro y me canso sólo con enumerarlos. Sin embargo, el deseo sigue ahí. Y me he dado cuenta de que, exceptuando a mi mujer, hace al menos diez años que no me acuesto con nadie. No hay nada que me excite más que conocer a una desconocida una noche y follármela a las pocas horas. En mi mente, hago una elipsis entre el momento en el que la veo por primera vez (con su vestido largo, su copa en la mano, intentando parecer decente) y el momento en que la embisto, desnuda a cuatro patas sobre la cama. Vuelvo atrás y adelante en el tiempo, intentando descubrir el deseo sexual escondido, tan bien maquillado con buenos modales. O al menos su disponibilidad, la predisposición a aceptar mi compañía. Disfruto cuando recuerdo la primera imagen de su cara, y la contrapongo a la de su entrepierna restregándose contra la mía. Puede que nunca haya sido especialmente atractivo, pero he conseguido acostarme con algunas mujeres hermosas. Algunos dirán que es por dinero, y tal vez lleven razón. Sin embargo, prefiero achacar mi éxito a la confianza, a la capacidad de

proyectar una actitud dominante y serena que he desarrollado tras años de éxitos profesionales y sociales. ¿Dónde estarán ahora esas chicas? ¿A quién se follarán? Probablemente su aspecto actual diste mucho de la imagen que guardo de ellas. Pechos antes jóvenes, ahora caídos. Carne dulce, ya agrietada. Coños prietos, hoy dados de sí. Intento masturbarme con el recuerdo de cuerpos que el tiempo habrá corrompido sin remedio. Y me siento viejo, con el vientre hinchado y la pelambre gris de mi sexo enredándose entre los dedos al tratar de levantar mi polla con el recuerdo de lo que ya ha desaparecido. La posibilidad de que no haya más me aterra. Aunque sea solamente una vez, quiero volver a sentir el pelo largo acariciándome los muslos mientras unos labios de purpurina y sabor a fresa se atragantan con mi polla. Un coño escrupulosamente rasurado, joven y fragante, húmedo. Una cinturita bien bronceada que casi pueda abarcar con las dos manos. Cuando era más joven pensaba que mi apetito sexual menguaría con los años, pero no se ha reducido un ápice. Sigo arrastrándome febril por el mundo, preso de un impulso que me lleva a desear a todas y cada una de las mujeres hermosas que se cruzan en mi camino. Un veneno que se gesta en mis entrañas y expulso viscoso, perlado, cada vez más maloliente y, en ocasiones, amarillento. Recorre mi cuerpo, y así, si no puedo escupirlo, ando intranquilo de un lado a otro con la sangre emponzoñada, caminando con paso ligero por delante de las putas, el cuello subido y las manos en los bolsillos para que nadie pueda reconocerme. ¿Por qué haces esto, Didier? Sabes lo peligroso que es: un hombre de cierta edad y pinta de tener dinero merodeando a solas por barrios de mierda, dando vueltas como un buitre en torno a las calles en las que se exhiben las putas. No deberías, pero piensas en hacerlo porque, además de la necesidad física de liberarte del veneno, sientes curiosidad por inspeccionar lo que podría ser tuyo a cambio de

un billete o dos. Puede que la mayoría sean mujeres horrendas, negras obesas o heroinómanas desdentadas con tatuajes desdibujados en los antebrazos y en el lomo: letras chinas, tribales, duendes. Motivos pasados de moda que apenas se adivinan sobre la piel oscura mal iluminada por la luz de las farolas. Sin embargo, de vez en cuando aparece una moldava, o una rusa, o una ucraniana, bellas jovencitas con zapatillas de deporte doradas, pantalones prietos, haciendo girar el paraguas tricolor con el que se protegen de la llovizna. ¿Serán ciertas esas historias de chicas engañadas con la promesa de convertirse en modelos, despojadas de sus pasaportes, vigiladas desde los cristales tintados de un BMW de segunda mano para que no se muevan de sus esquinas y capten clientes toda la noche? ¿Cómo se resignan a ello? ¿Será verdad que si una de ellas intenta rebelarse contra sus dueños termina degollada, desmembrada y sepultada con cal viva en los alrededores de algún vertedero? Tal vez sean exageraciones. Prefiero formarme la impresión de que tienen la cabeza en blanco, aceptan su destino. Cuerpos sin alma que cumplen funciones fisiológicas básicas: respiran, comen, defecan, duermen y se abren de piernas para que otros purguemos de nuestro organismo el veneno que nos hace babear, nos llena el cuerpo de fiebre y nos urge a usar su carne, que es receptáculo de nuestro esperma y nada más. No son ni lo bastante hermosas como para convertirse en modelos o actrices y escapar de su irremediable tragedia, ni lo bastante inteligentes como para engañar a un pobre diablo que se apiade de ellas e intente sacarlas de allí. Asumen su destino mansamente. Y si son lo bastante estúpidas como para dejarse robar la documentación y verse obligadas a follar con desconocidos por calderilla, a lo mejor están bien ahí, muriendo jóvenes, de hipotermia o sobredosis, tras unos años pasando frío en las calles de ciudades prósperas y clima hostil (París, Londres, Bruselas,

Berlín, Copenhague) o, si intentan hacer algo estúpido, descomponiéndose en el fondo de un pantano, atadas a una batería de coche, los pechos apuñalados y la espalda flagelada, pero aún con algo de purpurina en las uñas. Selección natural. Unos disponemos de la carne de quienes no son capaces de ofrecer nada mejor a la humanidad. Las que son un poco más listas, en vez de saltar a los brazos de una banda de rudos traficantes de mujeres prefieren hacer el viaje a Europa (la Europa de verdad, la que es próspera) a solas o, mejor aún, con una amiga, con un puñado de vestidos de imitación y un par de zapatos de tacón en la bolsa de deporte, pasando hambre en un interminable viaje en autobús, atravesando las ciudades grises y suicidas, los bosques imponentes y las autopistas agrietadas del Este. O eso me dijo Alina que había hecho. Me costó mucho trabajo imaginármela con una sudadera y un pantalón de deporte, sentada en un autobús lleno de gentes lamentables, malolientes, las caras agrietadas, con garrafas de licor en el regazo. Primero de Guliaipole a Kiev, y de Kiev a Berlín, atravesando el sur de Polonia: Rzeszów, Cracovia, Katowice, Breslavia, Legnica... Luego de Berlín a Frankfurt, recorriendo Alemania en un viaje interminable por Hamburgo, Bremen, Dortmund, Dusseldorf y tantas otras. Alina en las últimas filas del autobús, la rodilla derecha contra la ventana y las manos entrelazadas, sujetando el tobillo. Siguiendo con la mirada el recorrido del tendido eléctrico: cables negros dibujando parábolas suspendidas en el aire de poste en poste. De fondo, el verde de un campo infinito o una muralla de árboles escondiendo pueblos miserables llenos de gente miserable. Paradas de quince minutos en estaciones de servicio para fumar un cigarrillo y comer algo de la máquina expendedora. Visitas rápidas a letrinas repugnantes con las paredes de yeso desconchadas, abarrotadas de nombres grabados en cirílico y números de teléfono apuntados con rotuladores negros, rojos y

azules: invitaciones a la sodomía y al sexo oral. Alina sale del baño empujando la puerta con un solo dedo, que limpia a continuación frotándolo contra su pernera de algodón, y se acerca al conductor del autobús, que descansa con un cigarrillo en la mano. Alina pregunta cuánto falta para llegar a Frankfurt y el conductor, tras dar una calada, dice: Llevamos dos horas de retraso entre el atasco de Kiev y el accidente que colapsó la carretera de Leópolis, pero si no hay problemas en la radial de Berlín, no deberíamos tardar más de diez horas. El conductor titubea, piensa en preguntarle algo a Alina, pero ella ya ha vuelto sus ojos verdes hacia el autobús, al que se dirige con impaciencia. Como ya tiene la boca abierta, el conductor chupa el cigarrillo que tiene en la mano y se da cuenta de que no es más que un filtro quemado con el humo amarilleándole las puntas de los dedos. Tira la colilla al suelo, se sorbe la nariz y vuelve a su puesto. Cuando el vehículo arranca, Alina ya casi se ha dormido. El viaje, entre paradas y siestas, se vuelve insoportable cuando ya sólo quedan un par de horas para llegar a Frankfurt. Alina ya no puede dormir ni leer la revista que alguien dejó en el asiento de su izquierda y que ya ha hojeado demasiadas veces a pesar de estar en polaco. Lo único que puede hacer es mirar por la ventana con impaciencia. Cuando por fin llega a Frankfurt, respira el aire fresco de la noche y nota la llovizna en las mejillas. Decide regalarse un paseo y una noche en algún hostal antes de cubrir el último tramo que le separa de su destino: Luxemburgo, uno de los países más ricos del mundo. Minúsculo y desconocido para muchos, en él trabajan banqueros, empresarios y abogados. Allí acuden las fortunas de toda Europa a depositar sus ahorros. Luxemburgo, piensa Alina, es buen lugar para empezar una vida nueva. No sé exactamente cuánto tiempo llevaba ella en la ciudad cuando la conocí, pero ya solía aparecer en eventos sociales de cierta importancia sin quedarse con una copa vacía en la mano.

Merodeaba por el Clubhouse, un restaurante con terraza y pista de baile a las afueras de Luxemburgo, con el aparcamiento lleno de Porsches, BMWs, Bentleys y Maseratis. El local estaba abarrotado de cuarentones con camisas blancas y zapatillas de deporte, de gente con dinero aparentando informalidad y desenfado. Los directivos se aflojan la corbata y los abogados se enfundan unos vaqueros. Imagino que Alina se sentiría cómoda allí, pues aún no dominaba las formas en eventos más elegantes, donde a veces llamaba la atención con vestidos demasiado cortos y ceñidos, de escotes excesivos. En el Clubhouse se podía mezclar con facilidad y dejarse invitar, escuchar sonriente a los hombres de piel flácida, pelo cano y conversación aburrida. Chistes sobre negocios que Alina recibía con una sonrisa en la boca. Recuerdo que Steve, uno de nuestros clientes estadounidenses, alto cargo de una importante farmacéutica que estaba ultimando los detalles para trasladar su domicilio fiscal de Estados Unidos a Irlanda, empezó a hablar con ella. Gordo, calvo y sudoroso, Alina lo escuchaba pacientemente, asintiendo con una sonrisa. Que si mi casa en la playa, que si mis viajes por Europa. Al final metí a Steve, borracho como una cuba, de cabeza en un taxi de vuelta al Hilton y ofrecí llevar a Alina de vuelta al centro. Declinó la oferta, pero me propuso tomar algo (es decir, que yo la invitara a tomar algo), y allí empezamos a conocernos. Alina tenía habilidad para dejar hablar, para hacerle a uno sentirse con la iniciativa. Poseía un talento, no sé si natural o cuidadosamente ensayado, que consistía en algo tan sencillo como hacer preguntas abiertas y escuchar, siendo dulce al mismo tiempo. Dejaba caer con mucha sutileza las preguntas que le llevaban a uno a descubrir irremediablemente su posición social, su trabajo, dónde vivía, dónde pasaba sus vacaciones y toda esa información tan importante para ella. Y yo, que por aquella época empezaba a ganar dinero de verdad (acababa de

ascender a socio y había sido un año excelente para la asesoría: nuestras estructuras gozaban de muy buena reputación y todas las multinacionales deseaban optimizar sus impuestos con nosotros), intentaba ser cauto con este tipo de mujeres, pero con Alina me dejé llevar. Por un lado porque esa noche estaba solo, y no había nadie que pudiese vernos en el local ya casi vacío. Por otro lado, las busconas que se habían cruzado conmigo solían ser demasiado vulgares. No me interesaban. Hablamos largo y tendido sobre mi trabajo, que simuló encontrar verdaderamente interesante, preguntándome con los ojos abiertos y una sonrisa brillante, húmeda, con un pintalabios que se iba dejando en la copa de pinot gris que bebía a pequeños sorbos, mientras yo me esforzaba por explicar mi función de la forma más sencilla posible: Me dedico a los impuestos, pero no te quiero aburrir con los detalles. Y ella: No, cuéntame qué haces exactamente, ¿trabajas para el Gobierno? Y yo: En realidad trabajo contra el Gobierno, ellos suben los impuestos y yo intento que mis clientes no los paguen. Y ella: ¿Es legal lo que haces? Y yo: Si no, no estaría hablando aquí contigo. Alina reía de forma controlada, casi susurrante. La conversación siguió, los dos sentados en un sofá blanco en una de esas escasas noches de verano de Luxemburgo en las que ni llueve ni hace demasiado frío como para sentarse en una terraza, mientras yo hacía señas al camarero para que nos rellenara las copas. El local se fue vaciando y Alina se acercaba más a mí, empezaba a toquetearme los hombros o el pecho con cada broma: le contaba chismes de la oficina, deslealtades y traiciones que parecían fascinarla. Desviaba la conversación rápidamente cada vez que preguntaba algo sobre ella. Descarté que se tratase de una prostituta por su misteriosa elegancia, su ropa provocativa pero a la vez sorprendentemente neutra: colores apagados, líneas simples, ausencia de estampados o combinaciones estridentes. Las pocas prendas y

accesorios que llevaba eran de cierta calidad: algodón, cuero, plata. Su perfume, que jamás olvidaré, era el mismo que usa Michelle, la novia de mi hijo Mathieu, y por el que le pregunté un día aparentando una curiosidad despreocupada: Chloé. Su cara era pálida, delicada, inusualmente dulce para una chica de esas características, y uno podía adivinar que sus rasgos no habían cambiado mucho desde su infancia; no así su cuerpo, concienzudamente trabajado en el gimnasio con sentadillas, estiramientos, yoga, elíptica. Su piel suave, depilada escrupulosamente en su totalidad. Tenía en la mirada una ternura infantil que obligaba a ser condescendiente, a tener paciencia con ella. Le expliqué los pormenores de mi vida, cómo había llegado hasta allí, qué había estudiado. Le hablé de mis días en la Universidad Libre de Bruselas como estudiante de contabilidad, aunque me centré precisamente en aquello que no abundó: las fiestas, las mujeres, las actividades al aire libre. Realmente, lo que más recuerdo de mis años de estudiante son las estrecheces de mi kot, en el que procuraba pasar el menor tiempo posible. Los días interminables en la biblioteca, los conos de patatas fritas a media tarde, los viajes en tren a Charleroi los domingos para ir a comer a casa de mis padres. Le hablé por encima de mi progresivo ascenso profesional, aunque omití las larguísimas horas de trabajo, la inmensa soledad que me inundaba en mi tiempo libre hasta que, ya casi con cuarenta años, pude casarme con Lara. No le hablé de ella, por supuesto, ni de Mathieu. Ella tampoco me preguntó sobre mi familia, un asunto del que sin duda ella prefería no conocer nada. El Clubhouse cerró cuando empezaba a refrescar. Estaba tan animado que me ofrecí a dejarle mi chaqueta para que se abrigase. Sonreí al verla con mi americana cubriendo su cuerpecito torneado. Ella siempre claudicaba ante este tipo de gestos, que sabía que me hacían muy feliz y que a ella no le costaban nada. Cuando el camarero empezó a limpiar nuestra

mesita, volví a ofrecerme para llevarla de vuelta al centro de la ciudad. Esta vez accedió. El aparcacoches acercó mi BMW a la puerta, entramos y cuando estaba abrochándome el cinturón ella se acercó para besarme en la boca. Permanecimos varios minutos besándonos dentro del coche, como adolescentes. Su perfume me confundía y el sabor de sus labios me volvía loco. Ella se dejó tocar mientras yo pasaba mis manos por encima de su vestido. Cuando el aparcacoches nos pitó desde atrás al volante de un Jaguar, arranqué el coche y me dirigí al centro, eufórico. El viaje fue corto, lo hice a toda velocidad. Entramos en el centro por la route d'Arlon y de ahí al boulevard Prince Henri. Antes de llegar al puente Adolphe giré a la izquierda y aparqué delante del Hotel Cravat, un sitio pasado de moda, pero lo bastante elegante como para impresionarla. Pedí una botella de champán al conserje de guardia y nos metimos en la habitación. Tras un par de horas, dejé a Alina en la habitación, me vestí, pagué por la noche y regresé a mi casa. Mientras volvía a casa de madrugada, recorriendo la autopista vacía con mi BMW, me volvió a asaltar el dilema: Didier, siempre has valorado la sinceridad por encima de todo, pero aquí estás otra vez haciendo cosas que has de ocultar a los demás. ¿Por qué haces esto, Didier? Pocas cosas valoro más que la sinceridad. ¿Qué hay peor que una sabandija que miente y engaña? Aprecio a la gente que no se habla con la gente a la que no soporta. A quienes ignoran a los que no les son útiles. No entiendo a personas como Harm, siempre con una sonrisa falsa para todo el mundo, una palabra educada preparada para quien se cruce en su camino. ¿Qué valor tienen la corrección, los modales y la atención cuando los regalas a cualquiera? Prefiero ignorar a los becarios que intentan saludarme amablemente por los pasillos y trato a las mujeres de la limpieza como si fuesen parte del mobiliario. ¿Para qué voy a fingir que me importan? Sé que muchos pensarán que se trata de una actitud

desagradable, pero estoy convencido de que, si tuviesen pelotas, harían lo mismo que yo. Hay que ser honesto. Pero lo de las mujeres es otra historia. Si bien me puedo permitir pequeñas licencias en otros ámbitos, guardar las apariencias en el matrimonio es vital para que no salte todo por los aires. Un escándalo relacionado con veinteañeras del Este de Europa no sólo me dejaría sin familia y sin la mitad de mis ahorros. A la larga también repercutiría negativamente en mi trabajo. Y sé que todos aparentan separar los negocios de la vida personal, pero no es así. Sé que todos hablan. Esos deshonestos hijos de puta dicen no juzgar a nadie: es mentira. Cómo detesto la falta de honestidad. Si un desliz en el matrimonio va a repercutir de forma negativa en tu futuro profesional, ¿por qué no ser claros desde el primer momento? Ya he visto caer a varios. A buenos profesionales verse obligados a cambiar de empresa e incluso de línea de negocio, agobiados por la presión social. Por los comentarios. Por haberla metido donde no debían. A esos réprobos yo sí que les dedico una sonrisa y una palabra cálida. Por pena, pero también por justicia. Yo también he sido infiel, y aunque siempre he sido lo bastante cauto como para no dejarme pillar, agradecería que alguien tuviese los huevos de dirigirse a mí y decirme: Didier, qué envidia me das por haberte acostado con una chavala de veinticinco años a tus sesenta, puede que hayas cometido adulterio, pero qué le vamos a hacer, sólo se vive una vez, y en tu lugar yo hubiera hecho lo mismo. Todos queremos pecar, pero nos encanta señalar al que lo hace peor que nosotros o, más bien, al que parece que lo ha hecho peor que nosotros a ojos de los demás. La noche en el Cravat fue el inicio de una serie de encuentros en lugares más o menos recogidos, generalmente a las afueras de Luxemburgo o en Alemania: fines de semana, noches de hotel al regreso de mis viajes de negocios, que alargaba un par de días cuando anunciaba a mi familia las fechas durante las

cuales estaría ausente. En una ocasión fuimos en avión hasta Malta, en un jet de alquiler con hermosas azafatas bálticas y personal discreto. Íbamos cuatro en el avión: Alina, una amiga suya que se llamaba Yelena, su novio (un directivo de una aseguradora al que no había visto en mi vida ni volvería a ver) y yo. Durante el vuelo, Alina y Yelena gritaron entusiasmadas, se descalzaron, bailaron, tomaron bebidas de colores en copas altas y se dieron besitos en la boca con la música muy alta. El directivo, un tipo algo más viejo y gordo, miraba a las chicas a través de sus gafas de cristales gruesos y rectangulares con unos ojos vaciados por dentro, resecos. La boca abierta, a punto de gotearle la baba. Al llegar a Malta, champán, marisco y el cuerpo hermoso de Alina junto a mi piel corrupta y gris. No salimos del hotel, enredados en el aire acondicionado y las finas sábanas, pidiendo comida del servicio de habitaciones y dejando en el pasillo las botellas vacías de Moët & Chandon boca abajo en la cubitera. A la vuelta, mi hijo, todavía un chaval, ni se dio cuenta, la cabeza pegada a su teléfono móvil de concha. Pero mi mujer apuntó perspicaz: Te ha dado el sol en Malta, se ve que te has divertido. Y yo: Sólo el sol que entraba por la ventana de mi habitación de hotel. Y era verdad. Porque cuando no follábamos, ¿qué hacíamos? No recuerdo las conversaciones más allá de la explicación que me dio de su tatuaje, por debajo del ombligo, cerca del pubis, en el lado izquierdo, de una calavera con un pequeño lema en cirílico que me tradujo y que he olvidado; algo así como: Muerte a mis enemigos. Un recuerdo de su familia, que luchaba contra la represión y por la libertad, el ejército negro contra el ejército blanco. ¿O era el rojo? En su familia le hablaban del abuelo, un revolucionario radical al que ni los bolcheviques querían ver. Demasiado primitivo, un anarquista de los del cambio de siglo que lanzaban ramos de flores a la multitud con cartuchos de dinamita escondidos entre los tallos, tan distinto a los

revolucionarios de salón de mi época de universidad, niños de papá, qué sabrán ellos lo que es pasar hambre, que se iban al cine a ver la última de Godard o a hablar de las posibilidades del sesenta y ocho, aún caliente pero cada vez más lejano. Supongo que hablaríamos de muchas vaguedades, como en todos los hoteles: una vez intenté explicarle el funcionamiento de un préstamo híbrido sobre los derechos de propiedad intelectual de una cadena de restaurantes de comida rápida. Ella asentía, se hacía la interesada, educada y agradable, sonriente como siempre. Sus ojos azules, preciosos, siempre bien abiertos como cuando me clavaba la mirada, arrodillada, trabajando con sus preciosos labios, finos y suaves, dulces de frambuesa y brillo labial, cálidos y húmedos. Nunca le hablé de mi mujer y nunca me preguntó (ni siquiera miraba el anillo; los dos sabíamos que estaba ahí, quemándome el anular cuando le pasaba la palma por las caderas, cuando le azotaba suavemente las nalgas), aunque sí le hablé de mi hijo un par de veces. Mi preocupación por las notas que sacaba en el colegio, demasiado bajas, o por la obsesión que le había entrado por estudiar Filosofía, Periodismo, Historia, o una pérdida de tiempo similar. Al menos pude conducirlo a Derecho, término medio entre los charlatanes con ínfulas de artista y los ambiciosos que realmente aspiran a algo, a forjarse una carrera decente, con futuro. ¿Por qué haces esto, Didier? Sabes que no debes encariñarte ni contarle intimidades. Tú le das dinero, le compras joyas, la llevas a buenos hoteles, pero no le cuentas tus intimidades. Por supuesto que me contestó con amabilidad, dejando morir la conversación con gracia, suavemente, como quien deja apagar una vela, pero no era la información lo que le preocupaba, sino lo que mi valentía al compartir con ella algo tan íntimo significaba. Era lista para lo que necesitaba: complacer, conocer, seducir, recibir. Lo demás no le importaba y no ocupaba su mente más de lo estrictamente indispensable

para pasar con estilo de un asunto a otro, de un hombre a otro, porque claro está que pasados unos meses ascendió, recibió una promoción en la forma de otro hombre más próspero, supongo que un empresario o un banquero con avión propio en vez de alquilado. Pese a todo, la relación fue perfecta. Sólo en una ocasión pude haber tenido mala suerte: uno de mis clientes, un alemán con traje sintético y maneras hieráticas, fiel al estereotipo, que nos vio entrar al hotel en el que él mismo se alojaba, y eso que yo siempre me preocupaba de reservar habitación en hoteles con los que no trabajábamos ni recomendábamos. Supongo que iría ahí por elección personal, por recomendación de terceros. Nos vimos en la recepción, clavó sus ojos en los míos y ni siquiera se atrevió a saludar, pero sabía quién era: le había explicado los diecisiete pasos que su fondo de inversión debía seguir para establecer su estructura de financiación en el Gran Ducado. Al día siguiente, en el desayuno de empresa, con los papeles delante para firmarlos, no dijo nada: me miró, la cara seria, ni un atisbo de sonrisa en sus labios. Profesional. Podría haber sido uno de nuestros mejores clientes, pero cambié el equipo encargado de su estructura al grupo más incompetente de griegos, italianos y españoles menos fiables de los que disponíamos entonces. No lo hacían mal, pero estaban desbordados. Un par de años después, se llevaron nuestra primorosa estructura a la competencia, pero ni lo notamos en nuestros beneficios anuales, que no paraban de crecer, y no han parado hasta ahora. ¿Tendrá esta filtración impacto en nuestros beneficios? Harm dice que no hay de qué preocuparse, que en unos meses, un año y medio a más tardar, las aguas volverán a su cauce. Soy escéptico, teniendo en cuenta el cariz político que parecen haber tomado los acontecimientos. Los políticos, los periodistas, las oenegés y la sociedad civil, todos contra nosotros de repente. Después de medio siglo estructurando multinacionales, parece que se

acaban de dar cuenta de que existimos. ¿Por qué ahora? Durante mi época con Alina, la felicidad, el crecimiento, la prosperidad, parecían no tener fin ni atisbo de desacelerar. No así nuestra relación, que, pese al beneficio mutuo, no podía durar. Me forcé a endurecer mis sentimientos. Recordándome lo que era ella y, más importante, lo que soy yo. Un padre de familia, un respetable tributarista y un experto contable. Un estratega de la planificación fiscal. En cierto modo, la separación nos hizo bien. Yo volvía al redil de mi familia rejuvenecido, con un buen humor que me faltaba a causa del exceso de trabajo que daba el crecimiento desembridado de la empresa: cada vez más incorporaciones, las estructuras de nuestros clientes creciendo sin parar. Todos quieren que hagamos nuestros trucos de magia para ellos, nuestro juego de trileros de empresas de papel, de cajas vacías que se van prestando dinero unas a otras para, al final, escupirlo de vuelta a los accionistas inmaculado, sin un solo impuesto que pagar. Me encanta mi trabajo, adoro perderme en las estructuras y los balances, las cuentas anuales y los legajos con todos los documentos legales de las sociedades que incorporamos para nuestros clientes: el desafío intelectual y la sensación de estar contribuyendo a la grandeza, a la riqueza y al desarrollo de las grandes empresas que hacen que el mundo gire, con toda la humanidad en las palmas de sus manos. ¿Existe algo más excitante que abrir la sección salmón de un periódico de gran tirada internacional y leer el asombro ante una audaz adquisición, del cambio de estrategia o la nueva residencia fiscal de una compañía cuyos productos son disfrutados alrededor del planeta? Ser un engranaje decisivo de la maquinaria que hace girar la Tierra. Una pieza indispensable en el juego empresarial que moldea el destino de la humanidad, proveyéndola de todo lo que necesita: dinero, comida, medios de transporte, telecomunicaciones,

combustible.

DOMINGO

1

Los domingos, Henri Digiacomo acostumbraba a dar un paseo con su padre por el centro de Lieja, llegar hasta la plaza de la catedral y desayunar un gofre. Cuando hacía buen tiempo, como hoy, se sentaban en la terraza y lo saboreaban con un café *à la liégeoise* mientras se reían de las viejas beatas que subían y bajaban por la calle.

A las nueve de la mañana, la plaza bullía de gente. Hicieron una larga cola en la gofrería de la esquina y se sentaron al sol en silencio, masticando sus gofres, saboreando el rico chocolate negro que la dependienta insertaba en delgadas barritas para que se fundieran dentro de la masa recién cocinada. El padre y el hijo eran dos hombres gruesos de movimientos lentos y manazas hinchadas, las uñas demasiado cortas de habérselas mordisqueado con desidia. El hijo vestía una camiseta negra y los vaqueros del día anterior, y mientras daba un mordisco generoso a su gofre recordó que aún no había hecho el encargo de Harm Hillen, a pesar de la charla que había tenido con su amigo Renaud la noche anterior. Más o menos le había convencido de que no sólo no había nada malo en lo que tenía que hacer, sino que era su obligación y de poco servían sus acrobacias mentales por calzar un punto de vista moral en el asunto. Sin embargo, veía a su padre, dando sorbos al café espeso por el sirope y disfrutando con felicidad infantil de su

desayuno, y no podía dejar de pensar en lo diferentes que habían resultado sus vidas y lo mucho que él le debía a los esfuerzos del viejo. No era capaz de establecer una conexión directa entre el trabajo que tenía asignado y la historia de su padre, pero tenía la sensación de que había algo que fallaba. Sabía, eso sí, que si su padre supiera que éldebía desvelar la identidad del ladrón de documentos tendría que enfrentarse a un largo discurso salpicado de plúmbeas e imprecisas referencias marxistas. La traición entre empleados, el nulo sentido del deber que debía profesar hacia su patrón y, tal vez, incluso la obligación moral que tenía de rebelarse contra él, decirle que no era un chivato, que si el tipo había publicado los documentos tendría sus razones, pero no era asunto suyo salvar el culo de un puñado de capitalistas que se lucraban a costa de la desigualdad y el sufrimiento del resto de la humanidad.

Con todo eso en la cabeza, Digiacomo tenía un gesto grave y apenas era capaz de registrar el intenso sabor de su gofre, tan empalagoso, un sabor al que estaba acostumbrado desde la infancia. Sin embargo, el padre advirtió el ensimismamiento del hijo y le preguntó:

—¿Ocurre algo?

—No —respondió Digiacomo suavemente, la ene del «no» sonando como una *d* y, excesivamente consciente de sus actos, dejó el gofre sobre la servilleta de papel y alzó la taza de café para dar un sorbo largo.

—Te veo un poco perdido.

Y entonces el padre, que se había levantado a las seis de la mañana y había dado vueltas a la conversación del otro día, decidió que lo mejor era hacer las paces con su hijo.

—Siento lo que dije ayer sobre tu trabajo, pero entiende que estas cosas me preocupan, aunque ya esté viejo y jubilado y no tenga nada que ver con las decisiones que tomas como adulto.

—El viernes, papá. Lo que dices fue el viernes, no ayer.

Carlo se quedó en silencio unos instantes, pensando si debía hacer algún comentario al respecto, pero decidió seguir con su disculpa.

—Entiendo que trabajas para quien trabajas y tienes que ganarte la vida, pero me da pena que te dediques a una empresa que hace cosas como las que vi en la televisión. Manolo no te dijo nada, pero hizo unos comentarios que me molestaron y a lo mejor mi tono no fue el adecuado. Sé que haces lo que tienes que hacer y sé que estamos en el mismo bando. No te tomes a mal lo que te digo.

—Ya.

—Con mi experiencia estas cosas me molestan, pero estoy convencido de que nunca harás nada que yo no haría.

—Bueno, pero tú tampoco tenías un trabajo completamente moral. También llenabas los bolsillos de tu patrón, así que no sé por qué tienes que ser tan duro con lo que hago.

—No soy duro. Sólo procuro que no olvides de dónde vienes, la educación que te hemos intentado dar. Pero eso ya lo sabes. Espero que lo tengas en cuenta.

—Lo tengo en cuenta, no te preocupes —respondió el hijo con cierto desdén.

El padre forzó una sonrisa conciliadora, dando por liquidado el asunto. Terminaron el desayuno en silencio y en silencio hicieron el camino de vuelta a casa, respirando el aire fresco.

2

Rodrigo despertó a mediodía acosado por el dolor de cabeza y por la luz que entraba por la ventana. Se levantó perezoso, bajó la persiana y volvió a meterse en la cama, pero no pudo volver a dormir, acribillado por el hambre. Fue al frigorífico: vacío. Se sirvió un vaso de agua y se puso a mordisquear la última

manzana del frutero, de carne blanda y oxidada.

Se sentó en el salón con el teléfono móvil: revisó los mensajes y leyó que el grupo de españoles en Luxemburgo había quedado a las dos para comer en el Bosso, uno de los pocos restaurantes de la ciudad que no cerraban la cocina durante el día, lo que permitía a los españoles preservar su horario de comidas. Rodrigo se apuntó a lo que parecía una comida agradable con siete u ocho personas. Se imaginó devorando un plato abundante y grasiento, bebiendo un gran vaso de CocaCola.

Encendió el enorme televisor y jugó a la PlayStation durante una hora. Vació la mente cansada y evitó pensar en Claudia y en todo lo que había hecho el sábado, que le llegaba en imágenes difusas e inconexas: se acordó en primer lugar de Giulia, con la que había intentado entablar conversación, pero la conexión entre ellos había sido nula. Se acordó de Pablo bebiendo, de Pablo fumando, de Pablo riendo como un loco en los bajos de la discoteca, acariciándole las piernas a la amiga de Claudia. ¿Cómo se llamaba? Volvió a pensar en Claudia y en los besos que daba, mordisqueándole el labio inferior. Su flequillito pelirrojo tapándole la frente, recto a ras de los ojos. Se preguntó dónde estaría y pausó el juego para escribirle un mensaje.

buenos días

Tras unos minutos mirando la pantalla del teléfono sin recibir respuesta («Estará durmiendo», se dijo), apagó la tele y se metió en la ducha. Estuvo veinte minutos bajo el agua caliente, y sólo la certeza de que iba a llegar indecentemente tarde al restaurante le hizo cerrar el grifo, secarse con una toalla que no había lavado en tres semanas y vestirse con lo primero que encontró: los pantalones de la noche anterior, que

descansaban en el suelo del salón y apestaban a tabaco y a sudor, una camiseta arrugada que encontró en la cómoda y unas zapatillas blancas con las suelas ligeramente levantadas, muy desgastadas y con rastros de las quemaduras de las colillas que Pablo iba tirando al suelo y que Rodrigo apagaba tras él. Se palpó los bolsillos y encontró la cartera, pero las llaves estaban en el suelo, debajo del sofá. Recogió el móvil del cuarto de baño, se puso la chaqueta y se dirigió a pie al Bosso, en la zona baja de la ciudad.

Luxemburgo es una ciudad de colinas y el centro histórico tiene dos partes diferenciadas: la alta, con sus tiendas de lujo, el Ayuntamiento, la ciudad de la justicia y los edificios de oficinas; y la baja, con casas viejas, el río Alzette serpenteando de Grund a Clausen, y entre ellos una maraña de cuestas y barrancos. El Bosso está en la zona baja, conocida como Grund, y es fácil llegar allí a pie desde la estación central: apenas veinte minutos de paseo, bajando por la pintoresca Montée de la Petrusse, de suelo adoquinado y casitas de colores, vigilada por el altísimo puente de La Passerelle, que conecta el barrio de la estación con la ciudad alta.

Rodrigo bajó por la Montée, tropezándose con los adoquines y refrescándose la cara con el viento que soplaba del este inflándole la chaqueta, que llevaba abierta para sentir el frío y despejarse. El cielo azul estaba manchado de nubes rápidas por las que asomaba un sol plácido y tibio.

Cruzó el puente sobre el río Alzette y giró a la derecha por la rue Munster. Entró en el restaurante y se dejó embriagar por el griterío de una muchedumbre que bebía y comía. Todas las mesas estaban llenas y los camareros no daban abasto. Uno de ellos reconoció a Rodrigo y le saludó con un gesto, alzando la barbilla, y le dijo en un español con acento portugués:

—Están arriba.

Subió las escaleras, y en la primera planta todo estaba más

silencioso. El grupo de españoles miraba la carta en silencio. Todo hombres. Allí estaban Alberto, Miguel, José Luis y Marc en tres mesas cuadradas dispuestas en fila, la central unos centímetros más alta que las laterales, recién pintadas de negro. Rodrigo se sentó junto a Miguel en el extremo libre.

—Vaya cara traes —dijo José Luis.

—Sí...

—¿Qué hiciste ayer?

—Salí con Pablo. ¿Vosotros?

—Estuvimos de copas en casa de María.

—¿No salisteis?

—Estábamos muy apalancados. Al final nos fuimos a dormir.

—Ya. ¿Habéis pedido algo de beber?

—Estamos mirando.

En ese instante el camarero subió por las escaleras con una bandeja vacía, dispuesto a recoger platos y vasos de las mesas vacías que había junto a la de los españoles. Además de ellos, en la primera planta había una familia francesa con tres niños de entre tres y diez años que jugueteaban bajo la mesa mientras los padres terminaban el café. José Luis llamó la atención del camarero con la mano gritando:

—Disculpa.

El camarero acudió con rapidez.

—Dime.

—Queríamos pedirte para beber.

—Claro, ¿qué vais a tomar?

—Para mí una Orval.

—Yo también —dijo Miguel.

—Para mí una Battin —contestó Alberto.

—Venga, otra —dijo Marc.

—¿Y para ti? —preguntó el camarero a Rodrigo.

—Una Coca-Cola.

El camarero bajó por la escalera, haciendo fuerza con ambos

brazos para sostener una bandeja abarrotada de platos, cubiertos y vasos. Los españoles empezaron a alzar la voz.

—¡Bueno, bueno, Rodrigo! —exclamó José Luis con dedo acusador señalándole el cuello—. ¿Y esto?

Rodrigo se llevó la mano al cuello, y recordó que ahí tenía un chupetón que le había hecho Claudia la noche anterior. Se sonrojó, rio y optó por hacerse el humilde.

—Bueno, cosas que pasan.

—¡Qué cabrón!

—¡Mírale! —exclamó uno de los madrileños.

—¿Qué pasó anoche, bribón?

—Nada, que Pablo y yo tuvimos suerte.

—Ya, suerte. ¿Quién era?

—Una española que conocimos a las tantas de la mañana, cuando estábamos a punto de irnos.

—¿La conocemos?

—No, es una *au pair* de Barcelona, no creo que nadie del grupo la conozca.

—¿De Barcelona? ¿Cómo se llama? —preguntó Marc.

—Claudia nosequé.

—No me suena. ¿Acaba de llegar?

—Creo que lleva poco.

—Bueno, pero si es *au pair* dudo que la conozcamos. Al final esta gente tiene sus horarios y sus grupos de amigos, así que no hay manera de que coincidamos.

—Pues bien que invitabas a la chica esa de Cuenca, ¿cómo se llamaba?

—Claudia.

—Joder, qué buena estaba.

—Las mejores tetas de Luxemburgo.

—Operadísimas.

—Ya ves tú qué problema.

—El cabrón de Marc se la quería tirar.

—Oye, yo y todos los demás —se defendió Marc.

En ese momento, apareció el camarero con las bebidas y las cartas bajo el sobaco.

—Chicos, aquí os traigo las cartas.

—Yo ya sé lo que quiero —dijo Alberto.

—Sí, pero yo no —protestó José Luis.

El camarero dejó las cervezas y la Coca-Cola frente a cada uno y depositó el taco de cartas en el borde de la mesa.

—Rodrigo, tú no conociste a Claudia, ¿verdad? —preguntó Miguel.

—No, la verdad, aunque ya me dijeron que estaba muy buena.

—Buenísima. De los mayores pibones que han pasado por aquí.

—Sí, pero era un poco chacha.

—¿Un poco? Como dice mi abuela, parecía una huida del fregadero. Pero da igual, yo me la follaba igualmente.

Con esa reflexión, los chicos se callaron y comenzaron a leer la carta durante unos minutos: en un extremo de la mesa, Rodrigo, con su camiseta arrugada y sus pantalones apestando a nicotina, se esforzaba por mantener los ojos abiertos y por retener la información de la carta, que presentaba todos los platos en tres idiomas: francés, alemán e inglés. Se encorvó hacia delante, los codos apoyados en la mesa, y sintió una ráfaga de dolor en la cabeza, un dolor que anunciaba una resaca no muy dura, pero sí pesada, irritante y larga. Dio un buen trago a su Coca-Cola, que quedó por la mitad.

A su izquierda, Miguel daba sorbos a su cerveza mientras proclamaba:

—Ya sé lo que quiero.

Y dejó caer la carta sobre la mesa.

—Oye, Rodrigo —dijo Alberto—, ¿qué va a pasar con tu empresa? ¿Os vais a pique o no os vais a pique?

—Espero que no...

—No va a pasar nada —vaticinó Marc.

—Pero es un golpe. Vais a perder clientes y reputación.

—Sí, pero seguro que gestionan bien el problema de imagen.

—¿Es eso todo lo que significa para ti? ¿Un problema de imagen?

—Bueno, no, pero es el principal problema ahora. Eso y atrapar al ladrón.

—¿Tienes alguna sospecha?

—Dicen que alguien que ya no trabaja con nosotros. Por eso de cubrirse las espaldas. Seguro que se llevó los documentos hace tiempo y ya lleva años trabajando para la competencia.

—Bueno, pero tendría su gracia que fuese alguien que conocemos. ¿No hay ningún rojo que pueda haberlo hecho?

—La gente es bastante discreta con sus ideas políticas. Al menos conmigo, que soy nuevo. Y si oigo algo suele ser tirando a liberal.

—Ya.

—Dicho esto —prosiguió Rodrigo—, el que más comentarios amargos hace es Jaime, pero creo que es porque está quemado y tiene mucho curro.

—Ya, pero Jaime es superfacha. No robaría los documentos ni de coña.

—A lo mejor podría hacerlo por dinero —sugirió Marc.

—No creo, sus padres están forrados.

—Entonces ¿qué hace en Luxemburgo?

—Su padre le recomendó venir aquí por la experiencia. La verdad es que es un buen sitio para empezar.

—No sé yo.

Los españoles siguieron hablando de política, lo que les mantuvo entretenidos después de que el camarero subiera a tomar sus pedidos, comieran sus *schnitzels* y *cordon bleus* y se bebieran el café.

Volvieron a sus casas caminando.

3

—¿Qué quieres comer? —preguntó Carlo a su hijo mientras deschapaba una cerveza, ya en casa.

—Tengo que volver a Luxemburgo, a hacer cosas.

—¿También trabajas los domingos?

Digiacomo dirigió a su padre una mirada de «No empieces».

—Yo ya no digo nada —concedió Carlo—. Pero si te tienes que ir...

No terminó la frase para darle un buen sorbo a la cerveza.

Digiacomo consultó su teléfono y vio que el mismo tipo que le había llevado el viernes no volvería a Luxemburgo hasta la noche. Decidió tomar el tren de las dos y ocho. Preparó su mochila, puso la ropa de cama en la cesta para lavar y se despidió de su padre, que volvía a ver la televisión con una cerveza en la mano a medio beber.

—¿Cuándo vuelves?

—En dos semanas, creo.

En ese momento, Digiacomo se dio cuenta de que tenía un compromiso en dos semanas, pero no dijo nada.

—Bien. Cuídate, hijo.

—Adiós.

Cerró la puerta con cuidado y bajó por la calle adoquinada. El tiempo era bueno, el sol brillaba y la chaqueta no hacía falta. Decidió ir a pie hasta la estación, un camino de media hora pasando por el boulevard d'Avroy, por el que siempre había sentido una extraña debilidad. Pensó que nunca había dejado de vivir en Lieja, que simplemente vivía en un barrio periférico o un pueblo aledaño que, en vez de llamarse Herstal o Sart-Tilman, se llamaba Luxemburgo. Llegó a la

impresionante estación de tren de Calatrava y, al ver que le faltaba casi una hora para que saliera el tren. entró en el bar de la estación y encendió el ordenador mientras bebía una Orval. Trabajó durante un rato, pero no en la tarea de Harm Hillen. Algo se lo impedía, a pesar de la conversación tranquilizadora que había tenido con Renaud. Mató el tiempo hasta que dieron las dos. Guardó el portátil en la mochila y subió al andén.

El tren, largo y sucio, gris y amarillo y rojo, esperaba allí con todas las puertas abiertas y los revisores paseándose por la plataforma con cigarrillos en la boca. Entró en el primer vagón de segunda y eligió un asiento junto a la ventana, orientado hacia el sur. Salió con cinco minutos de retraso y no tardaron en llegar a Angleur, a las afueras de Lieja, primera parada de casas apretadas al borde de la vía férrea. Sólo cuando reanudaron la marcha volvió a sacar su portátil y, molesto porque no había un enchufe con el que cargar la batería, se dijo que a lo mejor en vez de trabajar podría escuchar música desde su teléfono móvil. Sacó sus enormes cascos y puso una lista de reproducción con canciones de Linkin Park, Kyo, Noir Désir, Limp Bizkit e Indochine.

En Poulseur, el siguiente pueblo encajado en un valle, los jardines de horrendas casas de ladrillo anaranjado también daban a la vía. Frente a una de ellas descansaba, sobre cuatro rocas, una lancha enmohecida, cubierta por una lona hundida por el agua, que formaba un charco sobre ella. Poulseur era más pequeño que Angleur, y Digiacomo pensó en un tipo de su instituto que vivía allí, pero cuyo nombre no lograba recordar.

Rivage fue la siguiente parada, pueblo al abrigo de un peñón enorme, aunque apenas podía decirse que Rivage fuese un pueblo: una veintena de casas de ladrillo oscuro alrededor de la estación. Según fueron saliendo de esa pequeña población, en la que ni se apeó ni subió nadie, vio que en el bosque había enormes torres de palés cubiertos de musgo viejo. Un poco más

allá, vio pequeñas minas grises que parecían abandonadas. El tren siguió el curso de un pequeño río. ¿Cómo se llamaría? Digiacomo no lo sabía. Al salir de Rivage, el revisor de quepis gris y naranja, la americana tres tallas más grande, pidió a Digiacomo el billete.

Pasó por Aywaille, espacioso y luminoso, de iglesia bonita y cementerio enorme. Cruzó Trois-Points, donde un montón de viejas traviesas de madera se pudrían a las afueras de la estación. Advirtió que, en la vía contigua, no todas habían sido sustituidas: cemento y madera convivían frente al andén gracias a un trabajo a medias que llevaba demasiado sin terminar.

El tren siguió traqueteando, lento hasta la desesperación, y llegó a Vielsalm, pueblo grande con río ancho. Mucha gente se apeó, y Digiacomo apreció que realmente no se trataba de una población mucho mayor, sino que los edificios no estaban apiñados al no estar Vielsalm encajado entre peñascos. También era el pueblo más impersonal: parecía una urbanización. A las afueras pudo ver un poco de nieve. Un lugar frío.

La siguiente parada era Gouvy, pueblo precioso, de aspecto próspero y que recordaba a Aywaille. Siguió Troisvierges, el pueblo de nombre más bonito. Digiacomo vio un pequeño cine junto a la estación llamado Orion. ¿Sería por la película *Blade Runner*? Advirtió que estaba en Luxemburgo porque las casas eran más amarillas que grises, los tejados más afrancesados. Clervaux y Drauffelt no le causaron ninguna impresión.

En la estación central de Luxemburgo, Digiacomo decidió volver caminando a la rue Scheller, aprovechando el fresco de la tarde.

Abrió la puerta del edificio, subió al tercer piso sin ascensor y, al dejar su abrigo y su mochila sobre el sofá, resopló brevemente y se dirigió al cuarto de baño. Sentado sobre la

taza del váter advirtió que estaba hambriento, sus tripas crujieron intermitentemente. Tras tirar de la cadena se dirigió a la cocina, abrió la nevera y, tras contemplar el interior con una expresión de tristeza y de soledad, sacó pan, fiambre y queso para preparase unos bocadillos que acompañó con una lata helada de Orangina que descansaba tumbada en la balda de la puerta de la nevera, junto a los huevos, que no estaba seguro de si estarían caducados.

Con el plato a rebosar de bocadillos en una mano y la lata en la otra, regresó al salón, donde abrió la mochila, extrajo con cuidado el portátil y lo conectó a la corriente antes de encenderlo. Una vez en el sofá, comenzó a teclear con diligencia, desatendiendo su cena y quedando absorbido por la pantalla de su portátil. Con la mente en blanco, completó los pasos necesarios para rastrear los usuarios que habían accedido a todos ellos y los habían copiado. Terminada la tarea, dio un sorbo a su bebida y comenzó a devorar los bocadillos, que comió en silencio, la mirada fija en el plato, con la mente igual de vacía que cuando había cumplido las instrucciones de Harm Hillen.

4

Rodrigo regresó a la rue de Strasbourg a paso lento, toqueteando la pantalla de su teléfono móvil, tropezándose con las pocas personas que paseaban a las cuatro de la tarde. Entró en su piso, bajó las persianas del salón, encendió el televisor y conectó su portátil para ver series, con las que se quedaría dormido en el sofá. Al tumbarse, introdujo los dedos en el borde del respaldo y se encontró una goma de pelo roja que Claudia había olvidado. Volvió a sacar su teléfono móvil y revisó una vez más que aún no había contestado a sus «Buenos

días», a pesar de haber leído el mensaje, algo que el WhatsApp revelaba con dos uves de un azul claro y brillante que resultaba desesperante, hacía escocer los ojos con su luminosidad y llenaban a Rodrigo de nerviosismo. Dejó el teléfono sobre la mesita del salón y se quedó dormido con el ruido de fondo del televisor, que reproducía la baja calidad del audio, los distorsionados píxeles de un capítulo en *streaming* de alguna página pirata que inundaba su portátil de publicidad.

En su siesta, alimentada por el pesado *schnitzel* y las patatas gratinadas del Bosso, soñó con las montañas de papel de la oficina, angustiándole con la urgencia de un trabajo desbordante, infinito. Imaginó a uno de sus jefes, Didier Dubois, con el que no había cruzado más de dos o tres palabras en su vida, chillándole con su voz aguda, exigiéndole una irrealizable cantidad de trabajo. Podía sentir las gotas de saliva saliendo disparadas de la boca de Didier e impactando en su frente. Podía ver las venas enrojecidas de los ojos amarillentos por la nicotina y los problemas hepáticos de su jefe, que gritaba fuera de sí y daba órdenes como el dictador enfurecido de alguna república bananera, pero con un acento francés ridículo que, si bien podría resultar cómico, en el sueño de Rodrigo sonaba amenazante. Justo cuando, en el clímax de la bronca de Didier, el jefe alzaba el dedo y aún más la voz para señalar a Rodrigo y comenzar a pronunciar las dos palabras que más temía («Estás despedido»), el seco zumbido de su teléfono móvil contra la mesita barata de IKEA reverberó dos veces, ambas breves, y luego una tercera, después una cuarta, y ya no volvió a zumbar. El aparato había rotado unos milímetros con las vibraciones y ya no descansaba paralelo a los bordes de la mesa. Perezoso, Rodrigo se incorporó parcialmente y, alargando el brazo, recogió el teléfono y lo ubicó a diez centímetros de su cara. Al deslizar los dedos sobre la pantalla para desbloquearla, la luz azulada, al principio brillante, se

autorreguló para adaptarse a la oscuridad de la habitación.

buenas tardea
**buenas tardes*
qué tal?
has dormido bien?

Rodrigo sonrió y contestó rápido, impulsivo, lo primero que se le pasó por la cabeza. En la pantalla del televisor, el último fotograma congelado del episodio; el silencio en la habitación era total: por la rue Strasbourg no pasaban coches, no soplaba el viento, no arrullaban las palomas.

buenas tardes
sí
y tú?
te has olvidado algo

Claudia vio la rápida contestación de Rodrigo, comenzó a escribir pero un segundo después se detuvo y se desconectó. Rodrigo contempló la pantalla durante cuatro minutos seguidos, resopló y, con desgana, volvio a dejar el teléfono sobre la mesita. Intentó dormirse otra vez, pero no fue capaz. Ante la insoportable quietud del teléfono móvil, decidió levantarse y hacer algo productivo, algo útil, algo que diera sentido a su vida: puso una lavadora. A continuación, se dirigió de nuevo al salón y buscó en el ordenador la página web de la COPE, encendió la radio y procedió a ordenar un poco el piso con el ruido del fútbol de fondo: recogió la ropa que quedaba en el salón, puso los platos y cubiertos sucios en la pica, sacó la basura y colocó una bolsa nueva en el cubo, hizo la cama, recogió su habitación, pero Claudia seguía sin contestar. No fregó ni pasó un trapo al polvo. Le dio pereza.

HARM HILLEN

Existen dos motivos que pueden llevar a un empleado a filtrar documentos sensibles: un motivo político o uno económico. Según el primero, el filtrador perseguirá fines distintos en función de su procedencia, ya sea un gobierno estatal o una organización internacional. De ser un gobierno estatal, presumiblemente el de un país que compite con Luxemburgo por atraer a las multinacionales con un sistema fiscal favorable a los grandes inversores como Irlanda, Países Bajos o Suiza, el filtrador se propondrá desprestigiar a Luxemburgo como país serio, discreto y estable en el que hacer negocios y desde el que estructurar una multinacional en base a criterios de eficiencia tributaria; si, por el contrario, proviene de una organización internacional, ésta sería con toda probabilidad una institución interesada en limitar las prácticas de Luxemburgo y sus asesores tributarios, atenuar el impacto de la ingeniería fiscal que éstos ponen en práctica y así someter a Luxemburgo a los nuevos estándares internacionales de lucha contra la erosión de las bases imponibles y el desvío de beneficios a jurisdicciones de liviana presión fiscal. Descarto que un Estado u organización internacional estén detrás de la sustracción de documentos por una cuestión meramente práctica: si existe la sospecha de que una empresa tiene información que puede perjudicar a un país como Luxemburgo, ¿no sería más lógico servirse de los recursos que posee dicho Estado u organización internacional (policía, sistema judicial, presión política, etcétera) para obtener los

documentos? ¿Qué clase de razonamiento llevaría a un empleado público a robar documentos y publicarlos en la prensa de forma espectacular? Yendo más allá, dudo que exista en el mundo una organización pública tan desesperada como para urdir una trama semejante: Luxemburgo, pese a que los más osados podrían considerarlo un paraíso fiscal o incluso un Estado parásito que aprovecha las tasas impositivas inevitablemente más altas de sus vecinos para atraer el capital de las multinacionales que operan en suelo europeo, no supone una amenaza para los intereses de nadie; además, el Gobierno luxemburgués siempre se ha caracterizado por su disposición a negociar. En suma, el motivo político, entendido como motivo de interés público, queda descartado. Por el contrario, si el filtrador persiguiese un motivo económico, el objetivo consistiría, evidentemente, en recibir una contraprestación a cambio de entregar el material para su publicación. Bajo este supuesto, la recompensa puede ser entregada por tres tipos de pagadores, que desempeñarían el papel de instigadores: el competidor, el político (que ya hemos descartado) o el periodista. El primero, un asesor fiscal de la competencia, tendría un propósito claro: minar la reputación de su adversario y poner en entredicho su fiabilidad a la hora de guardar el secreto profesional. Si el instigador hubiese sido alguien de la competencia, me sentiría francamente decepcionado. Entiendo la ambición y el deseo de superar al rival, pero dudo que las ventajas de minar nuestra reputación y cuestionar nuestra fiabilidad como empresa sobrepasen los inconvenientes de dar una mala imagen de Luxemburgo y su sector de servicios financieros. Es cierto que la prensa se ha centrado en nuestra empresa, pero también se ha querido ver en este caso la punta de un iceberg del tamaño del país, un problema que va más allá de una manzana podrida, enfangando a todos los competidores del sector. Competimos

hasta cierto punto, pero con conciencia de clase. En resumen, de los tres posibles instigadores, el más plausible es el periodista, que cuenta con poderosas razones (tanto económicas como informativas, si es que podemos disociarlas), además de ser el único actor que ha desempeñado un papel públicamente reconocido en esta, digamos, trama. El rol del periodista puede ser de importancia variable, ya que puede funcionar como intermediario o como instigador. La primera opción, esto es, que actúe como enlace entre el filtrador y el verdadero pagador (que sería un ente público o la competencia, cosa que ya hemos descartado), implicaría una interesante connivencia entre poder público o poder económico y medios de comunicación, connivencia que, al menos en este caso, no se da. Si el periodista actúa, por el contrario, como instigador de la filtración, entonces el fin último de publicar los documentos sería simplemente satisfacer los objetivos económicos del medio de comunicación para el que trabaje el periodista, un profesional de perfil inquisitivo, capaz de persuadir o manipular a algún empleado, o incluso de llegar al extremo de sustraer los documentos él mismo. Didier incluso llegó a plantear una teoría rocambolesca según la cual algún medio de comunicación o asociación de periodistas habría persuadido a un estudiante para que entrase de becario en nuestro departamento y así lograra acceder a los documentos en calidad de becario. A raíz de esta hipótesis, imaginé otras opciones más exóticas, como un periodista disfrazado de limpiacristales, vestido con un mono azul, saltando a un despacho desde su andamio colgante, colándose por una ventana abierta. Descarto ambas, ya que, aunque me apene desechar teorías con un aroma tan cinematográfico, los hechos y mi experiencia me llevan a creer que el robo se hizo de una forma mucho menos espectacular. De haber intervenido un periodista, lo más probable es que se hubiera servido de alguno

de nuestros empleados, que podría trabajar en cualquier departamento: podría haber sido un auditor, un asesor fiscal, un informático, incluso una secretaria. Lo lógico sería decantarse por un asesor fiscal, ya que podría explicar los documentos al periodista con más facilidad (realmente, es el único que podría explicar en profundidad el contenido de los documentos). A la espera de descubrir desde qué ordenador se ha sustraído la información, urge poner en marcha un ambicioso plan de choque para evitar que la marca de nuestra asesoría pierda valor. En primer lugar, es preciso no hacer mención alguna al incidente más allá de nuestro comunicado oficial, que es conciso e incide sobre el elemento clave para que podamos salir airosos del atolladero: no hemos hecho nada ilegal, luego no hemos hecho nada inmoral. Este mantra ya lo están repitiendo en todos los departamentos de la oficina. En cada mesa, en cada cubículo, en cada rincón para tomar el café, en cada balcón para fumar, la idea se extiende como la pólvora, un bálsamo que tranquiliza la irritada conciencia de los empleados más escépticos: nada ilegal, nada inmoral. Nada ilegal, nada inmoral. Desde luego, se trata de una afirmación completamente falsa, una idea que un niño de doce años podría desmontar, pero necesitamos este tipo de eslóganes para mantener unido al equipo y seguir adelante. Porque ¿qué ganaríamos si hiciésemos verdadera autocrítica? Supongamos por un momento que nos dejamos engullir por el revuelo mediático y hacemos un profundo examen de conciencia. ¿Realmente podríamos llevarlo hasta sus últimas consecuencias? En primer lugar, saldríamos Marie, Didier y yo en una rueda de prensa ante los medios luxemburgueses reconociendo públicamente que nos hemos aprovechado del sistema creando estructuras fiscales absolutamente artificiales y que, con el objetivo de no seguir torpedeando la libertad de mercado en la Unión Europea y en el resto del mundo mediante

la explotación de desajustes fiscales de los que sólo se pueden beneficiar las multinacionales (haciendo imposible competir contra ellas), nos comprometemos a firmar un código de conducta para ofrecer asesoría fiscal «responsable», signifique eso lo que signifique. A los pocos meses, y en el improbable caso de que no nos hubiésemos visto forzados a dimitir por haber reconocido tan flagrante error de estrategia, nuestros clientes empezarían a lamentar ser parte de nuestra cartera: su tipo impositivo real ascendería acusadamente, lo que supondría una desventaja competitiva con respecto a sus rivales, que, al abrigo de las ventajosas estructuras fiscales labradas con precisión científica por otras asesorías, acapararían gradualmente una mayor cuota de mercado. Ante la imposibilidad de contravenir nuestro nuevo código de responsabilidad social corporativa, iríamos perdiendo clientes que, además de huir de las desorbitadas tarifas que deberíamos cobrarles para reorganizar sus estructuras con arreglo a nuestras nuevas exigencias deontológicas, serían atraídos por otras asesorías sin reparos a la hora de optimizar sus impuestos. Así, la única diferencia que se produciría por nuestra supuesta buena acción sería nuestra desaparición. El sistema seguiría, no se eludirían menos impuestos, y nuestros competidores, por seguir haciendo exactamente lo mismo, recibirían el premio de hacerse cargo de nuestros clientes. Más aún: nuestros empleados, que ya contamos por cientos sólo en Luxemburgo, perderían sus puestos de trabajo, viéndose muchos de ellos forzados a regresar a los países económicamente deprimidos de los que huyeron en busca de un futuro acorde con sus expectativas y su talento. Por lo tanto, no tenemos ningún incentivo para hacer algo supuestamente correcto, ya que las consecuencias serían nulas, más allá de calmar un hipotético cargo de conciencia. Sin embargo, más cargo de conciencia tendría si cometiese semejante estupidez,

probablemente sería el momento más bajo y más estúpido de mi carrera profesional, que hasta ahora, y salvo el pequeño desliz de mi inicio del doctorado (que al final incluso pude utilizar a mi favor), ha transcurrido de forma impecable. Harm Hillen, el holandés. Harm Hillen, el hijo de la maestra. Harm Hillen, el huérfano de padre. Harm Hillen, el hombre hecho a sí mismo: de pasar los veranos de mi adolescencia en la isla de Texel trabajando en una heladería a gestionar el impacto fiscal de transacciones por valor de miles de millones de euros. De ir corriendo a la biblioteca para no pagar la multa por devolver un libro fuera de plazo a tener estanterías de caoba con libros encuadernados en cuero. De un instituto en una provincia en mitad de la nada, malexpresándome en un dialecto agreste, a explicar en un inglés fluido o en un francés primoroso complicadas transacciones por videoconferencia. De chaval tímido y nervioso a hombre trajeado, gris el cabello y robusta la confianza, llenando una sala de reuniones con los gestos de una mano. Escogiendo cada palabra, midiendo su peso, cuando antes no era capaz sino de balbucear malamente dos de las diez ideas que rondaban mi cabeza. Del acné rosado que trepaba por mi garganta al afeitado preciso y el aftershave de aroma recio. De las camisas de manga corta a los trajes entallados. El camino ha sido largo, interesante y siempre hacia arriba. Puedo decir que me he divertido con los obstáculos que he ido sorteando, y me divierte aún más la perspectiva de ascenso que me depara el futuro. Luxemburgo es destino final para la mayoría de mis pares, he conquistado las cotas más altas de éxito que se pueden alcanzar en esta empresa, y sólo tengo a Didier por encima de mí, probablemente por poco tiempo. Tras el escándalo del robo de documentos, lo más probable es que acaben pidiendo su cabeza como máximo responsable del departamento. Por antigüedad, entiendo que Marie sería la sucesora más evidente, aunque ninguno de los dos recibirá un

premio, ya que tenemos parte de responsabilidad en el escándalo. Lo más lógico es que elijan a un candidato externo, tal vez algún británico o algún estadounidense que ponga orden y, sobre todo, mejore la imagen de la empresa: ya me imagino sus medidas para, digamos, «modernizar» la oficina, eliminando corbatas e instaurando el uso obligatorio de pantalones vaqueros. Al fin y al cabo, y a pesar de su elegancia, el traje está obsoleto y ya no es un símbolo de estatus. Cualquier perdedor va con traje, y los nuevos triunfadores llevan camiseta y manejan sus empresas desde una cafetería con sus teléfonos móviles, desdeñan la alta costura como lo que es, una frivolidad, y prefieren usar otros indicadores para reconocer a sus pares: los contactos, tan a la vista y a golpe de clic a día de hoy, son uno de esos indicadores. Por supuesto, los modales y la preparación, el currículum y los apellidos, todos siguen siendo indispensables, pero no basta con ver el tipo de zapato, el color de la corbata o el corte del traje: hay que fijarse en otras combinaciones, como la tela de la camisa, los complementos, el teléfono móvil, el color y la marca de cada prenda, etcétera. Pero siempre ha sido así: existe un proceso de ajuste en el que la nueva generación de poderosos adopta nuevos códigos para identificarse, para dar señales que resultan invisibles o difíciles de advertir para los que se sitúan por debajo de ellos, pero que para sus pares son signos inequívocos de su condición superior. Por suerte para mí, Luxemburgo es un lugar donde se puede ascender sin pertenecer a ninguna élite. Existe una élite en Luxemburgo, por supuesto, pero es relativamente ajena a las empresas que trabajamos el asunto de la fiscalidad. Aquí muchos somos extranjeros, mano de obra importada y necesaria que con seguridad nunca accederemos a ciertas posiciones ni entraremos en determinados círculos, pero que hemos podido alcanzar un estatus inimaginable en nuestros lugares de origen. Luxemburgo es un trampolín. Yo, por

ejemplo, lo tuve complicado, pese a mi brillante expediente académico, para entrar en una gran firma de abogados de Ámsterdam, por lo que me decanté por la opción más lógica para un estudiante dotado pero sin contactos ni buena posición social: la universidad. Recuerdo el tedio, las horas muertas y, sobre todo, la insoportable mediocridad que impregnaba los corazones de la mayoría de mis colegas, anestesiados por una desidia absoluta, hipnotizados por la ausencia total de ambición, narcotizados, la sangre drenada de sus venas. Aguanté un año, aunque siempre fui un estudiante aplicado, orgullo de mi madre. Supongo que es algo normal cuando lo que uno tiene en mente es la ambición. Pero no es sólo eso. También hay mucho de querer vivir bien. ¿Qué empuja a uno a querer ganar dinero, mucho dinero? Las ganas de vivir mejor. Las camisas planchadas en el armario, los viajes exóticos y las comidas elegantes, las buenas botellas de vino y los coches alemanes, la ropa suave, las gafas de diseño y los muebles caros, la madera, el cuero y el acero, la alta calidad, la buena calidad, la mejor calidad. Pero, por encima de todo, la sensación de paz que transmite una cuenta bancaria con muchas cifras, el capital diversificado, generando rentas, los pisos alquilados, los paquetes de acciones, las participaciones en fondos de inversión, los dividendos anuales, los bonos y sus intereses. Esa placentera sensación de saber que, pase lo que pase, tienes la vida resuelta. Podría parar. Podría vender mi parte de la empresa, retirarme, desanudarme la corbata y volver a casa, seguir llevando una vida cómoda sin necesidad de trabajar un solo día, pero no se trata de eso (aunque para muchos sí se trate de eso). La sensación, esa sensación, es ya una gran victoria, pero quedan muchas más. Es necesario ver hasta dónde soy capaz de llegar, ya que no se trata sólo de dinero, aunque también se sigue tratando de dinero: vivo holgadamente, aunque no soy ni por asomo un multimillonario.

Clase alta. Ya ni siquiera clase media-alta. Pero no élite. Aún no. Todo lleva su tiempo, y tal vez llegue, tal vez no, pero, pase lo que pase, no me voy a quedar con una mano delante y otra detrás, esa posibilidad la dejé atrás hace tiempo. Pero ¿es esta sensación el único motivo de que haya decidido ser asesor fiscal, desoyendo las normas más elementales de la ética, y lanzarme a por una fortuna culpable? No hay fortuna inocente, dicen, o al menos no hay grandes fortunas inocentes. Uno siempre puede tener suerte, conseguir un capitalito y administrarlo con mano diestra, pero la clase de dinero que tengo en mente, o al menos la vía que tengo disponible para alcanzarlo... No veo la inocencia por ningún lado. He tomado una gran decisión moral y tengo que vivir con ello: sé que lo que hago es injusto, sé que, si bien no soy responsable del juego de suma cero que crea la competencia entre multinacionales y las obliga a optimizar sus bases imponibles, así como tampoco tengo culpa de la ineficiencia de los Estados que no pueden gestionar sus recursos sin exprimir a sus ciudadanos mediante una carga fiscal insoportable, sí tengo cierta responsabilidad por ser un engranaje más del sistema. No soy imprescindible (¡estoy muy lejos de ser imprescindible!), pero la alternativa me aterra. ¿Acaso iba a desperdiciar mis conocimientos y mi talento por una postura moral? ¿Renunciar a mi vida holgada, a la paz infinita, a mi estatus, a mis bienes y a la tranquilidad que me da llevar una vida cómoda porque algún tipo pueda decirme de vez en cuando que lo que hago está mal? ¿Voy a castigarme y condenarme a una vida mediocre en un departamento de Derecho Tributario en alguna facultad de Europa, con mi hipoteca y mis trajes baratos, sólo porque exista una postura moral que vea con malos ojos que guíe a las compañías del mundo por el laberinto legal de la normativa tributaria internacional y les lleve a un atajo, a un truco, a una laguna? No tiene sentido regalar una vida cómoda

a cambio del beneplácito de un puñado de intelectuales que sólo encuentran inmoral lo que no están en condiciones de llevar a cabo. Uno sólo es moral cuando puede permitírselo. Uno sólo señala la inmoralidad cuando es libre de no cometerla. Uno siempre puede, de un modo u otro, justificar sus actos reprobables. Nadie es un héroe si tiene la posibilidad de no serlo. Uno sólo se rebela contra el sistema cuando no tiene más remedio. Apuesto a que el filtrador, independientemente de lo que considere correcto o incorrecto, se ha visto de alguna forma obligado a publicar los documentos. Dicho de otro modo, intuyo que su moral, su noción de lo que es correcto, ha jugado un papel muy importante a la hora de formarse una opinión, pero que el detonante ha sido la imposibilidad de hacer otra cosa. Tiene que haber o un beneficio o nada que perder, nadie comete semejante suicidio profesional teniendo algo que perder. ¿Acaso un padre de familia, por ejemplo, con varios años de experiencia y un rendimiento aceptable va a hacer semejante cosa por tener la conciencia tranquila? No, porque es posible anestesiar esa conciencia con fórmulas mucho menos radicales, más cómodas, más convenientes. Nada ilegal, nada inmoral. Yo mismo, siendo plenamente consciente de la inmoralidad de mi trabajo, soy capaz de arrinconar esa certeza con miles de distracciones, empezando por la carga de trabajo, el descanso, la rutina y, sobre todo, el interés que despierta en mí todo lo relacionado con mi empleo: las grandes operaciones, los contactos con directivos de multinacionales, los viajes, las cenas, las charlas de negocios, la toma rápida de decisiones, el constante batallar contra los cambios legislativos e, incluso, las sutiles relaciones con el gobierno luxemburgués, empezando con las reuniones mensuales con el ministro de Finanzas. Tejer una red de influencia, construir una elevada posición de poder y parapetarme tras un muro de seguridad, de certidumbre,

porque todo en este negocio gira en torno a la certidumbre: la certidumbre de un tipo impositivo, a poder ser de un dígito, o de una fracción de unidad. Y, sobre todo, la felicidad del trabajo bien hecho, el orgullo del artesano ante su obra, que en nuestro caso son las estructuras fiscales cuidadosamente monitorizadas, engrasadas, retocadas por expertos contables y fiscalistas de todo el mundo: videoconferencias con islas caribeñas y con paraísos fiscales asiáticos, largas cadenas de correos con Nueva York, cumplimiento de las obligaciones administrativas en Delaware, Gibraltar, Guernsey, Hong Kong, Liechtenstein. La felicidad que proporciona el trabajo es difícil de igualar: ni siquiera los placeres que con más cariño atesoro en mi memoria, como cruzar los canales de Ámsterdam por las cuestecitas de sus puentes subido a una bicicleta con Julia Daalder en la parte de atrás, sentada de lado, sus brazos abrazados a mi vientre, sus dedos buscándome las cosquillas y haciéndome reír. Cuidado, Julia, que nos vamos al agua. Julia, con su pelo rubio, sus ojos azules y su naricita, sus faldas cortas y ceñidas, sus zapatos de tacón los viernes por la noche. Toda una rareza para Ámsterdam, que en los noventa sólo tenía chicas con camisas de franela, chicas con pantalones anchos, caídos, sin maquillaje, chicas que se comportaban como hombres porque eran libres, pero no Julia, que también era libre pero se comportaba de una forma muy femenina, gracias a una familia que le había inculcado la importancia de ir bien vestida, de un pintalabios discreto, de los zapatos adecuados. Julia, la estudiante de Derecho que tomaba apuntes como la niña buena que era, apuntándolo todo con una letra primorosa en un azul de pluma que recargaba con unos cartuchitos que había aprendido a usar en Francia, y cuando se equivocaba fruncía dulcemente el ceño y sacaba el corrector blanco con ese químico que volvía la tinta invisible y seguía escribiendo sobre el papel pautado que troquelaba, perforaba y guardaba en

clasificadores con anillas plateadas, uno por asignatura: Derecho Civil, Derecho Internacional, Derecho Mercantil. El Derecho Tributario era otra cosa: dos clasificadores en los que archivar todo el material complementario (artículos, sentencias, resúmenes de todo lo anterior). De no ser por Julia, ni me habría molestado en prestar más atención al Derecho Tributario que el mínimo imprescindible para aprobar. Las primeras nociones de normativa tributaria, la diferencia entre una exención y una deducción, la lógica de la progresividad, la elasticidad y los impuestos pigouvianos, todo aprendido en largas sesiones con Julia Daalder en la biblioteca de la Universidad de Ámsterdam, precioso edificio en pleno centro de la ciudad, desde el que pedaleábamos hasta mi humilde piso de estudiante en el Oost, que compartía con otros tres perdedores. Hice bien en echarme novia tan pronto, pese a las evidentes tentaciones y las proposiciones descaradas que tuve a mi alcance en mi época universitaria, tan dura pero a la vez tan dulce. No recuerdo las noches cenando la misma sopa con la que me alimentaba toda la semana, o las tardes sirviendo copas y cafés en un bar, pero sí recuerdo las mañanas con Julia bajo el edredón, la ventana entreabierta enfriando la habitación, pero nosotros bien protegidos, bien abrazados, bien contentos. Recuerdo lo mucho que me aterraba su padre, que con tanta suspicacia me recibió la primera vez que fuimos de visita a su casoplón de Edam, a orillas del canal, con césped, árboles, hasta un perrito ridículo al que trataban como a un hijo. Creo que esa casa y todo lo que contenía (los libros, las joyas, la plata, la propia Julia) empezaron a alimentar, aunque al principio sólo de forma inconsciente, una ambición que permaneció aún anestesiada durante mi etapa universitaria, o más bien paralizada, aterida ante la ignorancia de cómo abordar la difícil empresa de hacer fortuna. Los impuestos, decía Julia. Hazte fiscalista, y con tu inteligencia te harás de

oro. Pero la competencia era feroz, y los mejores despachos, terreno vedado para un chico de pueblo con acento del norte que se presentaba a las entrevista con un traje con los bajos sin cortar, las mangas demasiado largas, ocultando los puños de una camisa demasiado pequeña. Ahí empecé a advertir esos pequeños códigos que los hombres de posición utilizaban para distinguirse de patéticos aspirantes como yo. Con un título bajo el brazo y los consejos de una madre profesora de instituto, ¿qué otra cosa iba a hacer sino probar suerte en el ámbito académico y doctorarme? Mis notas eran bastante buenas gracias al empuje de Julia y mis relaciones con los profesores, excelentes. Fue en esa época cuando Julia consiguió un buen trabajo en un excelente despacho internacional y empezó a trabajar sin descanso y a relacionarse con verdaderos triunfadores: aún no se me ha olvidado el porte de uno de sus jefes, con el que, según me contaron, acabó teniendo una aventura, pero eso fue cuando ya no salíamos juntos. Julia Daalder siempre fue una novia fiel, correcta, pero, después de jugar a sacar a un pobre muchacho de las garras de la clase trabajadora, era hora de volver con los de su especie, echarse un novio serio y frecuentar los ambientes para los que había sido educada. No le guardo rencor por ello: hizo lo que debía. Yo, mientras tanto, me centraba en mi propuesta de tesis, que me aceptaron en la Universidad de Tilburg: la separación física, detonante definitivo del final de una relación que había perdido todo el sentido. Ella a por el dinero, yo a por el conocimiento. No concebía más alternativas: libros o billetes. En mi casa siempre abundó lo primero y escaseó lo segundo. En casa de Julia Daalder sólo hubo tiempo para lo primero una vez que el dinero ya no era problema. Cuestión de prioridades, aunque ahora no entiendo por qué hay que elegir. Los académicos de vida holgada no abundan, pero ahí están: es posible organizarse bien la vida. Del mismo modo, empresarios

bien leídos, con inquietudes intelectuales y culturales, los habrá siempre, pese a las caricaturas que se suelen hacer de ellos. ¡Qué mal hice en fiarme de Multatuli y pensar que todos seguirían la máxima de *Max Havelaar*!: «No es sólo que nunca haya escrito nada que se parezca a una novela, sino que ni siquiera me gusta leer esas cosas, puesto que soy un hombre de negocios». Nunca entenderé esa actitud, pese a que es cierto que el desempeño de cualquier actividad, si se quiere hacer con cierto éxito, requiere un monopolio casi absoluto del tiempo productivo. Sin embargo, siempre hay tiempo para abrir un libro antes de dormir, para escuchar un disco en el coche, de camino al trabajo, o para ver una buena película. Todas estas experiencias enriquecen, pueden aportar matices a la ética de trabajo de uno, mucho más allá de soltar gas y desahogarse en un bar o embrutecerse ante el televisor y devorar cualquier basura. Lo cultural no tiene por qué estar reñido con lo productivo, y así lo he podido comprobar a lo largo de mi carrera profesional en Luxemburgo. Ayuda a ver las cosas desde otro punto de vista, a entender al compañero y al rival, a tener la mente despejada y las ideas claras. No se puede vivir consumido por un monotema. El escapismo no basta para calmar una mente en carne viva tras largas horas ante el ordenador leyendo correos, organizando estructuras fiscales, preparando interminables presentaciones para los clientes. El mundo es mucho más grande que todo eso. La cultura, una ventana. El mundo me fascina. Por eso me fascina también la fiscalidad internacional, una disciplina que explica el mundo, un ojo de buey con vistas a las profundidades abisales del sistema y también de la condición humana; una rendija iluminada a la que asomarse y desde la que se pueden ver sus costuras y el engranaje que acciona el funcionamiento de las multinacionales, pero también de los gobiernos, sus complejos mecanismos de poder y sus delicadas relaciones

internacionales, todo eso cabe en una estructura fiscal, con sus trampas, sus empresas transparentes y sus préstamos que no son tales, las matrices y las subsidiarias, organizadas jerárquicamente, o al menos en apariencia, pues tal es la jerarquía, también, de los agentes del poder: siempre estará, arriba del todo, una empresa americana, y por mucho que se interpongan holdings irlandeses u holandeses, no son más que títeres, pequeños aspirantes al verdadero poder que detentan los invencibles directivos americanos de pelo gris, sonrisa amable y mente prodigiosa, esos mismos titanes que ahora se reúnen incansables para buscar una solución al gran problema que un empleado díscolo nos ha creado: ha encendido una luz en mitad de nuestros planes y ha apuntado con el dedo para que todo el mundo lo vea. Y eso no se puede tolerar. Porque nos gusta la calma, la discreción, la tranquilidad. Operamos mejor entre las tinieblas de una disciplina que sabemos aburrida para los profanos: la fiscalidad, los números, los balances y las cuentas de resultados no son para todo el mundo y requieren años de estudio para poder entender lo que significan en su conjunto. De ahí que las explicaciones que han salido en los diarios sobre las estructuras reveladas sean tan maniqueas, tan incompletas, tan sensacionalistas. Algo de verdad hay en ellas, sí, pero falta mucho por explicar, muchos matices y sutilezas que se han pasado por alto para llegar atropelladamente a la conclusión de que ayudamos a las multinacionales a pagar menos impuestos. Es cierto, a grandes rasgos. De ahí la decepción de mi supervisor de tesis cuando acepté trabajar en Luxemburgo. Te vendes al lado oscuro, me dijo con sorna y un poquito de tristeza. Me agasajó: Una mente como la tuya haría mejor en quedarse en la academia en vez de dedicar todos sus esfuerzos a llenar los bolsillos de unos pocos. Y supongo que eso es lo que más apena a quienes se guían por grandes ideas y quieren hacer del mundo un lugar mejor: la

cantidad de materia gris puesta al servicio de la codicia. Es verdad, tenemos las mentes más brillantes del mundo trabajando para nosotros sin descanso. ¿Cómo competir con eso? ¿Qué pueden hacer un puñado de inspectores de Hacienda y un grupúsculo de académicos, por brillantes que sean? Es una batalla perdida. No tienen nada que hacer.

LUNES

1

A las seis de la mañana, mucho antes de que sonara el despertador, Digiacomo despertó de una pesadilla que unos segundos después de incorporarse en la cama había olvidado por completo. Carraspeó, se rascó el lomo y se dirigió a la ducha, donde se aseó. Desayunó unas galletas de chocolate y un café. Al darse cuenta de lo pronto que era, decidió ir a la oficina temprano para compartir sus resultados con Harm Hillen lo antes posible. En el autobús de camino a la oficina escribió un correo en el que simplemente sugería una reunión rápida a las ocho y media de la mañana, hora estimada a la que llegaría al edificio de metal.

Una vez allí, dejó las cosas en su mesa. Aún había pocos empleados en la oficina. Se sirvió otro café de máquina y, tomando su ordenador portátil, se dirigió a la sala de reuniones, la misma b1.100 que habían utilizado el viernes. Abrió la puerta, las luces se encendieron automáticamente: Hillen aún no había llegado. Se sentó y esperó en silencio. Harm llegó con siete minutos de retraso. Un instante antes de que el holandés abriese la puerta, Digiacomo advirtió que le había enviado un escueto correo, escrito a toda prisa con el teléfono móvil:

estoy saliendo de una reunión, llegaré en un minuto

—Lamento el retraso, estamos desbordados con reuniones. Supongo que te harás una idea. ¿Qué tal estás, Henri?

—Bien, gracias.

Henri se levantó para darle la mano a Harm, que se la estrechó con vigor.

—Bueno, vayamos al grano. ¿Has identificado al usuario?

—Sí. No te he enviado un correo aún por no divulgar el resultado.

Harm sacó una libretita del bolsillo interior de su americana, de la que arrancó una hoja de papel.

—¿Puedes escribir el usuario aquí, por favor?

Henri alcanzó el papel, sacó un bolígrafo Bic de su bolsillo y escribió con letra infantil el usuario que había entrado en las carpetas de los *rulings*, haciendo copias de todos ellos en una memoria externa. Dobló la hoja y se la devolvió a Harm con gesto confidencial. Harm la desdobló, asintió y se la guardó en la americana.

—Tiene sentido.

La hoja de papel, que Harm rompería en pedacitos y tiraría en la papelera de su oficina, contenía cuatro letras y tres cifras que bastaban para identificar a una persona:

JEGA005

2

Los lunes, Rodrigo acostumbraba a dormir hasta más tarde, pues su cuerpo intentaba recuperar las horas de sueño que había acumulado durante el fin de semana. La ropa tirada en el suelo, el plato de la cena en su escritorio junto al portátil. El piso había acumulado otra capa semanal de polvo, con la que se pelearía con sus compañeros de piso en una batalla

silenciosa por no aspirarla. Unas cuantas gotas más de orín junto a la taza del váter, los platos sucios del fin de semana aún por fregar (el lavavajillas estaba lleno y los platos limpios, pero nadie se había molestado en vaciarlo), la ropa tendida en el salón, la tabla de planchar junto al televisor, el suelo sin barrer, los rincones del pasillo llenos de polvo y pelos. Rápidamente se dio una ducha y se vistió: traje y camisa, pero decidió prescindir de la corbata. Cepilló con negligencia sus zapatos castellanos y salió a la rue de Strasbourg, tomó el autobús, entró en el edificio. Los empleados llevaban las caras limpias pero cansadas, los trajes nuevos pero ligeramente arrugados, los dientes cepillados y a la vez amarillentos por el café y por el tabaco. La cola de la cafetería era especialmente larga, y los camareros, previsores, tenían una fila de vasos llenos de zumo de naranja, los cruasanes sobre servilletas, listos para entregar a los oficinistas que habían apurado la mañana como Rodrigo, que esperó impaciente su turno para hacerse con eso mismo: un zumo de naranja y un cruasán. Subió a su mesa, en la que ya estaban todos sus compañeros, tecleando y hablando por teléfono. Saludó, encendió el ordenador y se acercó a la máquina de café, donde hizo cola de nuevo. Con su vasito humeante de cartón, regresó a su puesto y se sentó, llevándose las manos a la cabeza al ver la ingente cantidad de correos sin leer, el interminable flujo de trabajo, el avance de proyectos que no habían descansado durante el fin de semana y sobre los que sus jefes habían escrito correos breves e imperativos. Su compañero Frederick, en vez de escribirle por el chat interno, alzó la cabeza por encima del monitor y le preguntó:

—¿Y Jaime? ¿Sigue en Madrid?

—Me escribió anoche, dice que se tiene que quedar por algo. No me ha dicho por qué.

—Ah.

Los empleados siguieron tecleando durante toda la mañana,

persiguiendo a sus jefes, imprimiendo, grapando, garabateando y guardando las hojas de papel caliente que imprimían sin descanso, una montaña de documentos con complejísimas transacciones que apenas tenían tiempo de leer, y mucho menos de interpretar.

Luxemburgo-Ámsterdam-Luxemburgo
2015-2020

Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

AÑO 2015:
ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre.Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,
Mar Gómez Glez

Sin música,
Chus Fernández

Yosotros,
Raúl Quinto

La vida periférica,
Roxana Villarreal

Fuera de tiempo,
Antonio de Paco

El comensal,
Gabriela Ybarra

Meteoro,
Mireya Hernández

Filtraciones,
Marta Caparrós

AÑO 2017:
LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija del comunista*, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída. Cruzadas en su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,
Aroa Moreno Durán

Hamaca,
Constanza Ternicier

Televisión,
María Cabrera

Animal doméstico,
Mario Hinojos

Madre mía,
Florencia del Campo

En la ciudad líquida,
Marta Rebón

AÑO 2018:
MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de experiencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbra*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,
Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,
Pilar Fraile

Florentina,
Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,
Sara Cordón

Umbra,
Silvia Terrón

Maratón balcánico,
Miguel Roán

AÑO 2019:
LUNA MIGUEL
Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

La selección de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvana el grito generacional de una nueva ola de autoras y pensadoras. Las distintas voces que conforman este Caballo de Troya intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. *Game Boy* y *Cambiar de idea* son reflexiones incómodas y singulares que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos. *Ama* es un ejercicio memorístico que se expande desde la intimidad familiar hasta el vértigo de toda una generación en su paso a la edad adulta; ese que en tres historias completamente distintas, *Había una fiesta*, *Listas, guapas, limpias* y *Cómica*, se explora desde el trauma y las heridas. Todos ellos siempre desde el humor y la ironía, siempre cuestionándose la asunción de los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,
Víctor Parkas

Cambiar de idea,
Aixa de la Cruz

Ama,
José Ignacio Carnero

Había una fiesta,
Marina L. Riudoms

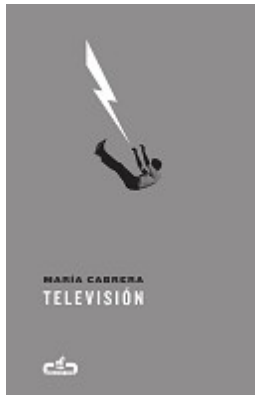
Listas, guapas, limpias,
Anna Pacheco

Cómica,
Abella Cienfuegos

Si te ha gustado ***Nada ilegal, nada inmoral,*** te recomendamos:

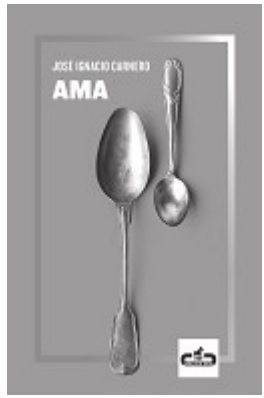
AÑO 2016: ALBERTO OLMOS
LOS PRIMEROS DÍAS DE POMPEYA
María Folguera

María Folguera traza en Los primeros días de Pompeya una suerte de pasadizo histórico entre dos mitos: la Pompeya que sepultó el Vesubio y el Madrid que pudo sepultar EuroVegas. Si la ciudad romana sufrió un volcán, Madrid sufrió a su Presidenta. Por el escenario de esta ucronía política transitan actores, dramaturgos y artistas callejeros; pero también consejeros y correveidiles, falsos terroristas y, sobre todo, una mujer activista, que quizá sea el Segismundo de nuestro tiempo.Todo es teatro; todo, representación. María Folguera se lanza a hablarnos de lo íntimo y de lo público, de la mujer y de sus decisiones cruciales, de precariedad y de empeño artístico; del telón que muchas veces hay que atreverse a bajar.



AÑO 2017: LARA MORENO
TELEVISIÓN
María Cabrera

Esta novela es una ficción de la memoria. La memoria de los novecientos trabajadores despedidos de una televisión autonómica, arrojados a la calle en plena crisis económica. Con la prosa serena y limpia de María Cabrera,Televisión nos introduce en el engranaje de ese ente que habita nuestras casas, haciendo un recorrido por las vidas de los que formaron parte de ella, de los que lucharon por evitar el desmantelamiento, de los pocos que quedaron, aislados, ajenos en la nueva realidad de un edificio que fue de todos. Henar, principal personaje de este mosaico de recuerdos, mostrará sin tapujos el extrañamiento, la confusión, las contradicciones que recorren esta crónica social.



AÑO 2019: LUNA MIGUEL Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ
AMA
Antonio J. Carnero

Ama. Madre en euskera, o quizá la tercera persona del presente del verbo amar. Pero también las memorias de un joven abogado que descubre que la literatura ni siquiera puede embellecer las miserias de la vida —la precariedad, el desamor, o el duelo—. «En el relato de las vidas de las familias humildes no hay nada extraordinario. La vida, sencillamente, sucede». Lleno de momentos descarnados y sinceros, Ama ahonda en los recuerdos de infancia y adolescencia de José Ignacio Carnero, un jovten abogado vasco afincado en Barcelona. Golpeado por la enfermedad de su madre y con una cascada de recuerdos deslizándose por su lengua, Carnero escupe unas veces y maldice otras, también hace uso de la ternura para demostrar que su vida es en realidad como cualquier otra: áspera, sin concesiones, algo que avanza y que le arrolla, pero que inevitablemente debe narrar.

Nada ilegal, nada inmoral es la primera novela de Adrián Grant. Un relato poliédrico de la crisis económica, la migración y los entresijos corporativos

Un trabajador anónimo filtra una serie de documentos que prueban el trato fiscal favorable que la asesoría para la que trabaja en Luxemburgo procura a sus clientes. En ese momento, los tres socios de la compañía cuestionada ponen en marcha una investigación que permita dar con el culpable. Asediados por la presión exterior y por el escándalo desencadenado a causa de las actividades de su empresa, los trabajadores de la asesoría, entre los que se encuentra un grupo de españoles emigrados, intentarán que las noticias no afecten a su rutina, mientras internamente se debaten entre el relato que dan los medios de comunicación, y las explicaciones ofrecidas por sus jefes. Con una trama a veces detectivesca, y un estilo que toma el testigo de las grandes firmas

literarias que se han dedicado a diseccionar el capitalismo contemporáneo, Adrián Grant nos entrega *Nada ilegal, nada inmoral*, un relato poliédrico y holístico de una compañía dedicada a actividades profundamente impopulares, un testimonio alternativo de la experiencia migratoria y, por encima de todo, un excepcional ejercicio de sociología corporativa.

Adrián Grant (Madrid, 1988) estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Autónoma de Madrid. En 2013 se fue al extranjero para estudiar un máster y desde entonces ha vivido entre Ámsterdam y Luxemburgo, compaginando la fiscalidad internacional con la escritura. *Nada ilegal, nada inmoral* es su primera novela.

Twitter: @_adriangrant

Edición a cargo de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez

Edición en formato digital: junio de 2020

© 2020, Adrián Grant Hap
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Fotografía de portada: iStockPhotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-25-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

Nada ilegal, nada inmoral

Viernes

Marie Coussin

Sábado

Didier Dubois

Domingo

Harm Hillen

Lunes

Caballo de Troya

Si te ha gustado *Nada ilegal, nada inmoral*, te recomendamos

Sobre este libro

Sobre Adrián Grant

Créditos